

Barcelona 27 Feb. 75

J U D I S



18304
Key 1844

1870

ESPAÑA
Hs
EDITORES

BRANQUEL SERVAT

1881
April

JUDITH

~~2490~~

JUDITH.

18304
(July 1847)

~~1830
1831
1832
1833
1834
1835
1836
1837
1838
1839
1840~~

JUDITH.

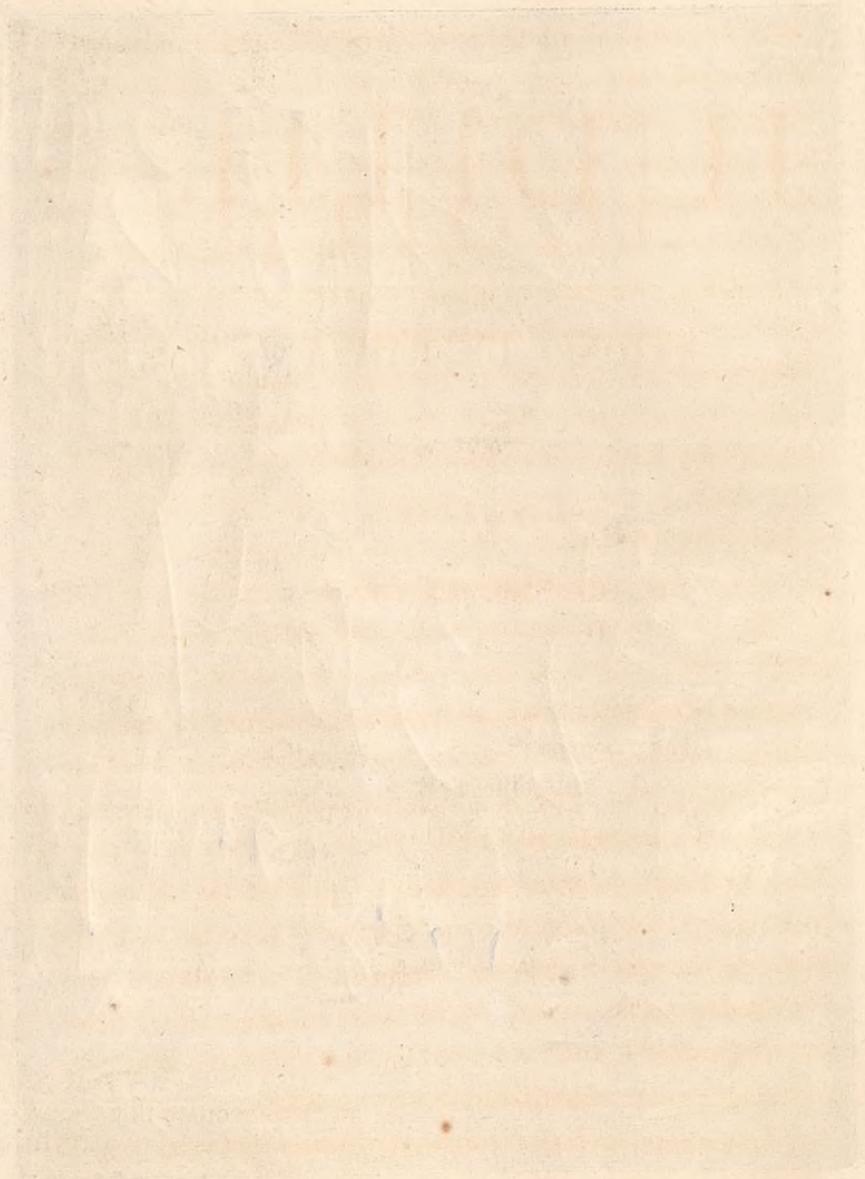
1830
1831
1832
1833
1834
1835
1836
1837
1838
1839
1840

JUDITH.



BIBLIOTECA ILUSTRADA DE ESPASA Y HERMANOS, EDITORES.

1874



THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE ESPASA HERMANOS, EDITORES.

SECCION MORAL-RECREATIVA.

JUDITH.

POR

ANTONIO DE PÁDUA.

OBRA ILUSTRADA CON PROFUSION DE MAGNÍFICAS LÁMINAS DEL

RENOMBRADO ARTISTA

D. EUSEBIO PLANAS.

SEGUNDA EDICION.

1830 4 (Seg 1847)

BARCELONA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO-EDITORIAL DE ESPASA HERMANOS,
CALLE DE ROBADOR, NÚMEROS 39 Y 41.

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES

1820 (1817)

JUDITH.

CAPITULO PRIMERO.

El amor perdido.

Denso manto de negras tinieblas envuelve el delicioso valle en donde se asienta la ciudad de Bethulia.

Negra, tristísima es la noche; completo el silencio en la ciudad y en el valle.

El rayo de la luna no refleja en el limpio cristal del lago, ni el viento balancea la frondosa copa de la gentil palmera, ni mueve el céfiro las hojas de las flores.

Desiertas están las calles; cerradas las puertas de las casas; ni un rayo de luz sale de las celosías de las ventanas.

No duermen, sin embargo, sus moradores.

Hondo afán agita su pecho y aleja de sus párpados el sueño.

El espíritu vela, y el cuerpo se revuelve en el lecho atormentado por las espinas del pensamiento, esperando con medroso afán la luz del nuevo día.

En una de las calles principales se levanta una casa de rica apariencia, rodeada de hermosos jardines.

Numerosos siervos y criados yacen sobre bien acondicionadas camas en el piso bajo.

El principal está desierto.

Solo y abandonado se ve el lecho de marfil, velado por un rico pabellón de vistosa tela de Persia; sin calor sus blandos colchones de plumón de cisne, que fueron dulce nido de puros y castos amores; sin luz la lámpara de bronce colocada sobre el alto candelero que se levanta en medio de la estancia, á cuyo reflejo brillaba la pulimentada madera de cedro que cubre el techo y las paredes; sin perfumes los labrados pebeteros de incienso y mirra, sin flores los vasos de alabastro, sin esencias ni ungüentos y frío y seco el antes tibio y aromado baño.

¿Adónde sonidos los felices moradores de aquella mansión?

Tálamo nupcial fue un día el rico lecho.

¿Por qué huyó el hombre feliz que en él reposaba?

¿Qué fue de la mujer amada que en él dormía regalado sueño?

Sobre el terrado de ladrillo que cubre la casa se ha construido un pequeño aposento que contiene una tarima, un taburete y un candelero, puesto en el suelo, en el que brilla con pálida luz una lámpara de metal.

Sobre la tarima yace una mujer.

Es jóven de veinte años; su rostro de prodigiosa belleza; blanca es su frente y descolorida como la flor de la azucena; negro el cabello y brillante como la pluma del cuervo; negros los largos párpados que caen cerrados sobre su pálida mejilla.

Las huellas de un tormento físico y constante contraen su fisonomía.

Cubre su delicado cuerpo un cilicio, esto es, una vestidura interior hecha de pieles de cabras de Cilicia cuyo pelo áspero y punzante la mortifica sin cesar.

Hondos suspiros que á intervalos levantan su seno, y salen, abrasando el labio, de su hermosa y entreabierta boca, descubren el vivo dolor de un alma cruelmente destrozada.

Duerme el agitado sueño de su tormento y sombrea su hermoso semblante la nube de sus pesares.

Mas poco á poco los tirantes músculos del rostro van perdiendo la rigidez; tíñese de rosa la nieve de las mejillas; deja de suspirar el corazon doliente; deslízase en los labios dulcísima sonrisa, y baña su semblante una luz suave como el albor de una serena mañana de primavera.

Es que su alma sueña, y refleja su rostro hermosas imágenes que se mecen dulcemente entre las ondas de la encantada imaginacion.

El sueño trae á sus oídos una voz amante, apasionada, de timbre sonoro, que hace vibrar las más delicadas cuerdas del corazon; y ella escucha dormida aquel acento dulcísimo y querido que ya no puede oír despierta.

Se halla, en el sueño, transportada á Jerusalem, á la casa de su padre cuando vivía doncella al lado de su madre;

la noche ha cerrado ya; ella aguarda anhelante detrás de la celosía, y oye que dice la voz:

«Abre, hermosa mía, amada mía, que tengo los piés heridos de los brezos del camino, y la garganta seca de fatiga. Oscura es la noche; desierto está el cielo de estrellas; sin luz las calles de la ciudad. Abre la ventana, mi dulcísima, y alumbren las estrellas de tus ojos y den resplandor á tu calle y luz á mi corazón.»

«¿Duermes, amada mía? Angeles protectores de la inocencia, velad el sueño de mi amada. Sus ojos son estrellas de los cielos, de cisne es su garganta, sus labios son rojos como las flores del granado, sus mejillas como las rosas de Jericó. Como el lirio entre violetas, así sobresale mi amada entre las hermosas de Jerusalem.»

«Doscientas doncellas tiene la reina, dos mil siervos tiene el rey.»

«La vieran la reina y las doncellas y envidiaran su belleza; la viera el rey y quedara su esclavo.»

«Abre, hermosa mía, amada mía, que tengo los piés heridos de los brezos del camino y la garganta seca de fatiga.»

De esta suerte soñó la mujer que la voz hablaba.

Sus labios se movieron entónces trémulos de amoroso afán, y respondió:

— ¡Ah! esta es la voz de mi amado. Vedle como viene á mi ventana saltando por riscos y collados, ligero como el cabrito. Ven, amado mio, corro á abrir la celosía. Tienes los piés heridos por los brezos del camino y la garganta seca de fatiga. Ven, mi amado, yo ungiré tus piés con bálsamo de Jericó y te daré para refrescar tu garganta vino

mezclado con jugo de granada. Abierta está mi ventana. ¡Ah! ¿dónde estás, mi amado, que te busco y no te encuentro? A tu voz he saltado del lecho como la golondrina salta del nido al primer albor de la mañana. Ya apunta la aurora. Ya pasa por mi ventana volando y piando la golondrina... ¡Detente, ligera avecilla, y oye mis quejas y mira mis lágrimas y vuela otra vez en busca de mi amado! Mi amado, si no le conoces, es rubio como el oro, sus ojos son brillantes estrellas, su talle esbelto como la palma. ¡Vuela, golondrina, y dile que desfallezco de amor!

Y en tanto que sus labios pronunciaban estas frases con el tiernísimo sentimiento de su alma enamorada, llenábase sus ojos de gruesas lágrimas que como brillantes perlas se detenían en sus párpados.

Al cabo de un rato la mujer volvió á hablar y dijo:

— ¡Ay! la noche avanza... la luna y las estrellas se alejan trasponiendo el monte, como se alejó mi amado... viene la luz de la aurora, y no viene el que me ama!

En aquel instante el fúlgido rayo del sol naciente hirió el rostro de la mujer.

Disipóse la vaporosa nube de su sueño; abrió los ojos despavorida, y girando luego en torno una mirada desolada y de profundísimo dolor, exclamó repitiendo las últimas palabras del sueño:

— ¡Vino la luz de la aurora y no vino mi amado, ni vendrá á consolar el llanto mio!...

Y al pronunciar estas palabras, volvió á posesionarse de su fisonomía la imágen tristísima de su dolor, del eterno desencanto de un alma que había muerto para toda dicha

y que yacia enterrada, digámoslo así, en el sepulcro del cuerpo.

Pasados algunos momentos de profundo abatimiento, levantóse trabajosamente de la tarima, cogió el manto, cubrió con él la cabeza y el rostro, y bajó la escalera silenciosa y muda como una sombra.

Las gentes se agitaban en la calle con inusitado afán.

La impaciencia más viva se pintaba en todos los semblantes.

De boca de los que iban y venían y se paraban formando corrillos salían las mismas preguntas:

—¿Han venido noticias de Jerusalem?

—¿Podemos esperar auxilio?

—¿Avanzan los sitiadores?

Las dos primeras preguntas eran contestadas con el mayor desaliento en sentido negativo; la tercera, con dolor profundo y afirmativamente.

En los corrillos se oían, además, reflexiones como estas:

—¿Cómo es posible que resistamos á un ejército de doscientos mil hombres?

—¿Qué somos nosotros que no tenemos armas ni conocimientos en el arte de la guerra, para unas legiones que han vencido y humillado á los pueblos más fuertes del mundo?

—¿Pero cómo el enemigo tarda tanto en dar el asalto?

—Porque quiere que sucumbamos al hambre y á la sed.

—Presto verá realizado su designio: porque ¿cuántos días más podrá sostenerse Bethulia?

—La escasez de alimento aflige ya á muchas familias,

el agua va faltando á todas: ¿cómo es posible que sea fuerte el espíritu cuando el cuerpo no puede sostenerse?

—¿Por qué el pontífice de Jerusalem pasó por estas tierras y vino á visitarnos y nos excitó á que fortificáramos la ciudad y los collados que la defienden, si todo este plan de resistencia habia de ser inútil? Nosotros hemos cumplido con Jerusalem; pero ¿cumple Jerusalem con Bethulia? De la ciudad debieron venir auxilios, y estos no han venido.

—¿Quién sabe si salieron y los ha cogido el enemigo?

—Pero ¿qué intenta el consejo de los ancianos? ¿qué piensa el príncipe Ozías?

—Por ahora obedecen lo que ha dispuesto Jerusalem.

—¿Y Bethulia sucumbirá al hambre y á la sed, con sus viejos y sus jóvenes y sus mujeres y sus niños?

—¿No sería mejor morir á filo de espada?

—Clamaremos á Ozías y al consejo.

—¡Sí, sí, clamemos para que nos libren de tan horrosa muerte!

En este instante apareció entre las gentes la triste mujer que hemos visto bajar del humilde aposento de aquella casa.

La mujer atravesó las calles sin mirar, mejor dicho, sin ver á nadie ni atender á nada de cuanto se decia.

Ensimismada en su propio pensamiento, caminaba guiada y absorbida completamente por él.

A su presencia el pueblo le abria paso con marcado respeto, y la seguia con miradas de compasion.

Salió de la ciudad y se dirigió á un huerto situado á dos tiros de ballesta de las murallas.

El huerto se hallaba en una hondónada que formaban dos montecillos plantados de olivos, lentiscos y palmeras.

En el fondo habia una gran peña y en la peña un sepulcro abierto á pico.

La mujer llegó al sepulcro, besó la losa, prosternóse en tierra y oró.

Mezelábanse en su oracion lágrimas amargas que vertian sin cesar los ojos y dolorosos suspiros arrancados del fondo del alma.

Su dolorido acento se dirigia al Omnipotente y hablaba tambien al sér querido cuyos restos encerraba la fria sepultura.

— Como tórtola que llora al tierno y perdido compañero en la solitaria rama del sauce de su nido, así te llora mi corazon, amado esposo mio. Ningun consuelo alivia la pena de la triste avecilla que muere al fin del dolor de su viudez; ni hay bálsamo que cierre la herida de mi alma que ha muerto para toda alegría. Irá mi alma en alas del amor que en ella vive, á buscar á tu alma al seno de Abraham nuestro padre; mas no así irán mis huesos á unirse con tus huesos. Gente extranjera que como nube de langosta asola los campos por donde pasa, innumerable manada de tigres carniceros que todo lo devora, invade nuestra tierra; y no escapan á sus garras ni los jóvenes ni los ancianos, ni las mujeres ni los niños del pueblo de Israel! ¿A quién pediré yo que lleve mi cuerpo adonde está tu cuerpo? Ruega, esposo mio, al Señor Dios que abra el camino á mi alma para que pueda unirse á la tuya, como se lo pide mi corazon que quisiera morir para verte!

La mujer, al pronunciar esta última frase, elevó una mirada fervorosa al cielo.

Al levantar los ojos vió en la cumbre del montecillo ve-

cino un grupo de hombres á cuya presencia suspendió la oracion y hasta el aliento.

Vestian el traje de los guerreros asirios y conducian á otro, guerrero tambien, con el vestido y las insignias de jefe de los amonitas.

En el mismo instante apareció en el otro monte del lado opuesto una partida de honderos hebreos, los cuales, al ver á los asirios, y que eran en menor número, empezaron á gritar disparando con sus hondas gruesas piedras contra ellos y acometiéndoles denodadamente.

Los asirios sacaron unas cuerdas, ataron precipitadamente al jefe amonita al tronco de un árbol y se dieron á la fuga.

La mujer presenciaba el extraño suceso sin poder explicarlo.

Tampoco lo comprendian los honderos hebreos.

Llegaron al que quedó atado, y, preguntándole, este les dijo:

—Mi nombre es Achior, príncipe de los amonitas, á quien llevó Holofernes para aumentar sus huestes y venir con mayores fuerzas á hacerse dueño de Palestina. El caso en que me miro es por haberle aconsejado que no haga armas contra el pueblo de Israel, al que protege Dios, y es por lo mismo invencible. Su soberbia se ha irritado, y en castigo me ha hecho conducir aquí, para que sea yo con vosotros alanceado por sus tropas cuando se arrojen á exterminaros.

—¡Mentira dicen tus labios! replicaron los hebreos: tú eres un espía que te finges arrojado por el enojo de Holofernes, cuando vienes en verdad enviado por él para espiar nuestro ánimo y nuestras fuerzas.

Y esto diciendo, desatáronle del árbol y empujándole bruscamente y llenándole de dicterios, le hicieron descender del collado para llevarle á la ciudad.

Al atravesar el huerto en donde estaba todavía la mujer, esta, viendo los malos tratos de que era objeto el prisionero, se dirigió á los hebreos diciendo:

—¿Qué haceis con ese hombre solo, vosotros que le llevais y sois ciento?

Los hebreos se detuvieron, y cesando de maltratar al prisionero, inclinaron la cabeza con respeto á la voz de la mujer.

Achior volvió la mirada hácia ella, y al ver su incomparable hermosura, quedó tan asombrado que tardó un buen espacio de tiempo en poder decirle:

—El Señor tu Dios te pague la merced que me haces, noble y hermosa hija de Israel.

—Llevalle á la ciudad, añadió la mujer hablando á los hebreos, mas no le insulteis ni le maltrateis, ni hagais con él cosa indigna de vuestro valor.

El guerrero, que era valiente y de esforzado y noble corazon, pagó con una mirada llena de admiracion y profunda gratitud estas palabras de la mujer.

Esta siguió á los honderos á la ciudad.

Cuando llegaron se hallaba el pueblo gritando amotinado en una gran plaza.

En una de las casas, la principal, habia en el terrado un hombre en actitud de hablar á la muchedumbre.

Vestia túnica de lana blanca, con manto de la misma tela y color ribeteado de púrpura y con gruesas borlas moradas en los extremos.

Estas borlas en el manto significaban entre los israelitas estar en constante comunicacion con Dios.

Poblaba su venerable rostro una barba larga y blanca como el manto, cubria su cabeza una mitra como la que usaban los antiguos persas.

Se hallaba en el terrado porque era costumbre hablar desde allí al pueblo, además de servir el terrado para otros usos particulares. Por esto le tenían todas las casas de los hebreos.

El hombre era el príncipe Ozías en quien residia la autoridad superior espiritual y temporal de la ciudad.

El pueblo gritaba :

— Abre las puertas de la ciudad, Ozías, y envia embajadores á Holofernes que le digan que Bethulia se humilla á su poder. El hambre nos acosa. Los caminos y veredas están tomados por el enemigo, y no puede entrar en la ciudad ni un saco de harina. Antes de morir extenuados de hambre, ó alanceados por los asirios, sometámonos á ellos. ¡El Señor Dios nos abandona! ¡Entrega la ciudad, Ozías, y sálvanos!

El venerable anciano, llena de turbacion la mente, sudoroso de angustia el rostro y embargada la palabra por el dolor, no acertaba á responder al pueblo.

En este momento llegaba á la plaza la mujer del huerto.

Oír la demanda del pueblo y transformarse su espíritu y su cuerpo fue obra de un instante.

Su rostro antes tan abatido, tomó una expresion enérgica y varonil, sus tristes y apagados ojos brillaron con vivísima luz.

Era que el corazon de la mujer amante, muerto por el

dolor de su amor perdido , renacia inflamado por el fuego del amor á la patria amenazada ; era que el espíritu de la débil hija de Israel , se levantaba abrasado en el amor de su Dios contra el extranjero enemigo de su religion.

Con voz fuerte y sonora que llenó los ámbitos de la plaza, gritó la mujer :

— ¡Calla, pueblo de Israel! A Dios ofendes desconfiando de su proteccion; á Dios insultas humillando la cerviz ante el soberbio que como Dios quiere ser en la tierra adorado!

El pueblo volvió la cabeza, y viendo á la mujer de quien la voz salia, profirió á un tiempo con acento de respeto:

— ¡Judith!

CAPITULO II.

La viuda de Manasés.

Judith que viendo la apurada situacion del pueblo comprendia los terribles efectos del hambre y de la sed, la horrible idea del saqueo de la ciudad, la esclavitud y el martirio de mujeres y niños y ancianos, no podia convenir, sin embargo, en la humillante sumision del pueblo de Israel al idólatra soberano de Babilonia.

Su voz fue oida y escuchada, y el pueblo cesó en sus clamores.

Entónces reparó en el jefe amonita que traian los honderos hebreos.

Achior se hallaba detrás de la hermosa viuda con los hombres que le habian preso.

Por el traje llamó en seguida la atencion del pueblo que se agrupó en torno gritando:

— ¡Un prisionero!

Pero otras voces salieron de la multitud, clamando unas:

— ¡No haya piedad para él!

Y otras:

— ¡Matadle!

Judith intervino tambien en aquel momento, diciendo:

— ¡Pueblo! autoridad superior á la tuya tiene la ciudad en el consejo de sus ancianos, y al consejo y no á tí corresponde juzgar al prisionero.

Achior volvió á mirar con profunda gratitud á su noble intercesora.

El pueblo se contuvo al oír estas palabras, y Achior quedó en breve libre de sus manos, por cuanto el príncipe Ozías reclamó inmediatamente al prisionero.

Judith, al verle libre del furor popular, abandonó la plaza, abriéndole paso la multitud con marcadas muestras de respeto.

Achior quedó mirándola, sin poder apartar los ojos de ella hasta que desapareció de su vista.

La intercesion de la noble viuda en favor suyo inflamó de purísima gratitud el corazon del guerrero amonita; el tono elevado de las palabras de la hermosa hebrea, su majestuoso continente y la visible consideracion con que la miraba todo el pueblo, produjeron en él una admiracion tan grande como su gratitud hácia aquella mujer dotada de tan superiores cualidades.

Achior fué llevado ante el consejo.

El pueblo se hallaba agolpado á las puertas.

En aquellos instantes penetró en la ciudad por la parte opuesta á la que miraba al campamento enemigo, un judío que llamó la atencion de cuantos le vieron, porque conocieron que era forastero y que venia de Jerusalem.

El hombre llegaba lleno de polvo, sudoroso el rostro y

llevando impresas en la fisonomía las señales de la precipitación con que había hecho el camino.

Multitud de preguntas le dirigieron las gentes de la calle, á quienes el judío se limitó á responder:

—No vengo enviado á vosotros, y nada tengo que decir.

—Pero tú llegas de Jerusalem, insistían los de Bethulia, con la viva ansiedad que les dominaba.

—De la ciudad vengo.

—Dinos entónces si llegarán auxilios.

—Nada sé de eso y nada puedo responderos, decia el hombre atravesando las calles y sin pararse un punto en su rápida marcha.

El judío llegó á la casa de Judith y se metió en el portal.

Los que le seguian quedaron agrupados en la calle mirando á la puerta y á las ventanas.

El judío preguntó por la hermosa viuda, y llevado á su presencia se postró á sus piés inclinando la frente hasta el suelo, y dijo:

—Vengo de Jerusalem enviado del rey mi señor á entregarte este pergamino.

El judío sacó uno enrollado y sellado, y lo presentó á Judith.

Esta lo extendió con rapidez, y leyó:

«El Señor Dios permita que estas letras lleguen á tí sin tropiezo, mi muy amada hermana y noble viuda de Manasés mi primo.

«Y quiera asimismo el Señor que te hallen en tu propia casa, sin que la hayan hollado los piés del enemigo que la amenaza.

«Sin fuerzas que enviarte para que te defiendan, te escribo, el ánimo contristado y lleno el corazón de dolor.

«De Ozías he recibido aviso del peligro en que está Bethulia; y aunque quiere la voluntad, faltan los medios de auxiliares.

«Avisale tú de esta triste respuesta mía que doy, lleno el pecho de angustia, á sus letras.

«Informado estoy del numeroso ejército que os tiene sitiados, y bien veo que es inútil la defensa.

«Bethulia sucumbirá, y el asirio vendrá á Jerusalem, y todos pereceremos.

«Bien se ve que con nosotros está el Señor Dios ofendido; cuando apenas volvemos á estar en nuestra tierra, somos otra vez invadidos y amenazados de perpetuo exterminio.

«No sé cuál sea la nueva maldad de este pueblo delante del Señor.

«Su casa es nuevamente reverenciada; su solo nombre se alaba en las sinagogas, y no hay ídolo ni otro Dios que se adore, fuera de su Dios, por el pueblo de Israel.

«Conturba mi cabeza la confusión, como traspasa mi ánima el dolor.

«En medio de esta pena que siento por todo, mi pensamiento te mira á tí.

«Bethulia sucumbirá y también sus moradores, y sucumbirá luego Jerusalem y también sus moradores.

«Pero Bethulia sucumbirá antes que Jerusalem, porque es la primera amenazada, y ya miran á sus casas y al pecho de sus habitantes las puntas de las lanzas de los asirios.

«Que salgas, te ruego, de la ciudad y vengas adonde yo
«estoy.

«El hombre que te envio te servirá de guia y de cus-
«todia.

«Por caminos no transitados ni conocidos del enemigo
«te conducirá á Jerusalem.

«Que te pongas en salvo te ruego.

«El peligro en que está tu ánima cesará por este tiempo.

«Mientras no llega, puede tener remedio el daño que se
«teme; no cuando ya es llegado.

«Abandona, te ruego, la ciudad, y ven adonde te espero,
«yo que soy tu hermano que te ama.»

Este era el escrito del rey de Jerusalem.

Cuando el mensajero vió que Judith habia concluido
dijo:

—Distante media milla he dejado en el bosque un ca-
mello bien aparejado para que te lleve á tí, y provisto de
lo necesario para el camino. Así me ha ordenado el rey que
te lo dijera.

Judith llamó á uno de sus siervos y le mandó:

—Prepara en seguida algo para que coma y aliente sus
fuerzas éste hombre de Jerusalem.

Y despues de dar la órden, Judith se fué á otra habita-
cion.

La llegada de un hombre de la capital corrió con la ra-
pidez del relámpago por todos los ámbitos de la ciudad.

El suceso no podia tener importancia mayor en aquellas
circunstancias.

Ozías al saberlo salió precipitadamente de su casa pa-
sando á la de Judith.

Introducido á su presencia dijo el sacerdote:

—Sé que ha venido á tí un hombre de Jerusalem.

—Enviado del rey.

—Si su comision es para tí sola...

—Es para tí tambien.

Judith estaba escribiendo en una hoja de pergamino.

—Entónces que me digas, te ruego, las nuevas que el rey envia, profirió Ozías con viva ansiedad.

Judith alargó la mano al escrito del rey que estaba sobre la mesa, y entregándolo á Ozías dijo:

—Lee tú mismo.

Miéntras Ozías leia, Judith continuaba escribiendo.

En la fisonomía del venerable anciano se pintaba la dolorosa sensacion que en él hacia el escrito del monarca.

Concluida la lectura dejó caer los brazos con mortal abatimiento, y elevando los tristes ojos al cielo profirió:

—¡El Señor Dios tenga piedad de nosotros!

Judith seguia escribiendo sin interrumpirse.

Ni una vez levantó los ojos del pergamino que tenia delante para ver el efecto que hacia al sacerdote el escrito del rey.

Cuando al concluir su lectura hizo Ozías la dolorosa exclamacion, Judith tampoco levantó la vista para mirarle, y prosiguió escribiendo como si se hallase sola en el aposento.

Ozías permaneció en pié, inmóvil y mudo como una estatua y con la cabeza inclinada sobre el pecho, todo el tiempo que tardó la viuda de Manasés en concluir su escritura.

Cuando hubo terminado dijo al sacerdote:

— Ya has visto lo que escribe el rey.

— ¡Estamos perdidos!

Judith echó á Ozías una mirada que tenia todo el carácter de una reconvencion.

— Yo esperaba algun auxilio de la capital, profirió el sacerdote con el acento del que quiere disculpar una palabra de que se arrepiente.

— Por lo que tú ya sabes de las fuerzas con que cuenta hoy Jerusalem y por lo que dice el rey, puedes considerar cuán débil fuera el auxilio que enviasen á Bethulia; de nada nos serviria; y porque nos falta un socorro tan débil que de nada nos aprovecha, ¿hemos de vernos perdidos y desconfiar de aquello en que ayer confiamos? ¿Qué vale el rey de Jerusalem y toda su ciudad, y aun cien reyes y cien ciudades, para la ayuda del Señor si es servido de darla á su pueblo?

— No quise ofender al Señor.

— Así, pues, se le ofende, poniendo en tan débiles apoyos la esperanza que sólo en su fuerte mano debemos tener. Si Dios auxilia á su pueblo, inútil es toda otra ayuda que nos venga; si el Señor retira la suya, inútil fuera tambien toda fuerza para sostener lo que está dejado de la mano de Dios. A tierra vendrá, y nada bastará levantarlo.

El rostro de Judith tenia en aquellos momentos la varonil expresion del fuerte espíritu que animaba su pecho, y á su influencia cobró nuevo vigor el abatido corazon del anciano sacerdote.

Ozías no se atrevió á preguntarle á Judith acerca de si pensaba ó no poner su persona en salvo, aceptando ó desoyendo la invitacion del rey.

La valerosa viuda le dió el pergamino que acababa de escribir para que lo leyera.

El pergamino decia:

«Llega tu escrito, señor y rey mio, á manos de tu
«sierva, hallándome en esta misma casa en que vivo y ha-
«bité con tu noble primo mi amado esposo que mora con
«Abraham nuestro padre. La mano del Señor Dios mantie-
«ne aun al bárbaro enemigo á distancia de la ciudad, y aun-
«que las puntas de sus lanzas miran al pecho de sus mora-
«dores, ningun pecho de Bethulia ha sido herido por ellas.

«Si llegarán al fin á nosotros y traspasarán nuestros cos-
«tados y será vertida nuestra sangre, eso no puedo saberlo
«yo, ni puedes tú saberlo, y sólo el Señor sabe cómo lo
«tiene dispuesto.

«Ignoras tú si hay maldad del pueblo de Israel delante
«de su Dios, y la buscas y no la encuentras.

«Piensa, te ruego, en lo que á mí me dices, y encontra-
«rás esa maldad delante del Señor en la desconfianza que
«muestras de su bondad para con su pueblo.

«Bethulia está cercada.

«No entra un carnero por sus puertas, ni un saco de
«trigo, ni el grande acueducto ni las fuentes dan agua á
«sus habitantes.

«Del pan y del agua nos ha privado el enemigo que no
«se atreve á atacarnos, y guarda que sucumbamos á la sed
«y al hambre.

«Pero Bethulia no sucumbe, sufre el hambre y la sed y
«ora al Señor.

«Lo que hacen todos sus habitantes, haria, si viviera
«Manasés mi esposo.

«¿Puede su viuda, en cuyo corazón él vive, hacer cosa diferente?

«No venga mala tentacion á inspirarme para que abandone la ciudad.

«Por huir del peligro lo haria, y yo huiria, y el peligro me seguiria adonde fuere.

«Porque si Bethulia y sus moradores han de padecer, padecerán por la voluntad de Dios que así lo habrá dispuesto.

«Y alcanzando la voluntad del Señor á todas partes, á todas partes me alcanzaria el castigo.

«Huir de él seria lo mismo que querer librarse de la luz del sol cuando alumbra la tierra.

«Y aun el sol no penetra en las entrañas de la tierra.

«Mas hasta allí llegan la mirada y la mano del Señor.

«Orando y rogando aquí á su misericordia, por todos los hijos de Bethulia, donde está el sepulcro de mi amado esposo, y por todos los hijos de Israel, quedo yo, tu sierva, en esta casa que es tuya.

«Con esta mi respuesta vuelve á tí el enviado que de tu órden acaba de llegar.

«Ozias sabe lo que ordenaste que le dijera, y aquí queda tambien orando al Señor, y esperando que se cumpla su voluntad.

«Que estas letras de tu sierva te encuentren á tí, mi Señor y rey, en la gracia de Dios.»

Mayor muestra no cabia de la fortaleza nacida de la fe, que la respuesta de Judith al rey.

Ozias á quien ya no debia sorprender, la leyó, sin embargo, asombrado de ver el valor en tan alto grado en un débil corazón de mujer.

—Bendita del Señor diez veces, exclamó Ozías, y bendita de este pueblo que con razon te mira como espejo de todas las virtudes.

Judith llamó al enviado del rey, y entregándole la respuesta le dijo:

—Vuelve adonde está tu camello, y parte á Jerusalem á dar este mi escrito al rey, en respuesta del que ha sido servido de dirigirme á mí su sierva.

—¿Tú quedas en Bethulia? preguntó el enviado.

—Ya no fuera mi escrito á Jerusalem si fuera allá mi ánima.

El enviado se postró en tierra inclinando reverentemente el rostro á los piés de la parienta del rey, y luego partió.

Ozías iba ya á abandonar la casa de Judith; pero le detuvo allí otra especie de motin del pueblo.

La gente agrupada delante de la puerta de la viuda de Manasés iba creciendo en número por instantes, y asimismo crecía su impaciencia por saber las noticias que habian venido de Jerusalem.

Al ver salir al enviado de quien no pudieron recibir la menor explicacion, aumentó más y más el afan del pueblo.

Sabian que Ozías estaba en la casa, y dando grandes gritos le llamaron para que se presentara, y dijera al pueblo lo que contestaba Jerusalem á la peticion de socorro de Bethulia.

Nuevamente se consternó el viejo sacerdote.

—¿Qué hacer ahora? profirió trémulo de angustia y conturbado. ¿Qué se dice al pueblo?

—La verdad.

— ¡La verdad!

— ¿Quieres mentirle?

— La respuesta de Jerusalem abatirá su ánimo.

— Antes abatió el tuyo, y se ha levantado.

— ¿Qué animo por abatido que estuviese no levantaria tu voz? ¿A qué corazon no infundiria el valor que alienta el tuyo? Yo sé lo que han hecho en mí tus palabras, y te ruego que, ya que estás en tu casa y á tu puerta grita el pueblo, salgas conmigo al terrado y conmigo le hables desde allí.

Accedió Judith, y ambos se presentaron al pueblo.

Ozías le habló con inseguro acento, diciéndole la verdad.

De la multitud se levantó un grito de furor contra Jerusalem.

— ¡Esto mismo temia yo! profirió temblando Ozías.

Entónces tomó la palabra Judith.

Repitió lo que ya Ozías habia dicho, y en seguida condenó la indignacion que manifestaba el pueblo contra la capital.

— ¿Por qué insultas á Jerusalem? Sólo porque no tiene para darte lo que tú pides. Si Jerusalem estuviera en tu caso y te pidiera á tí socorro, ¿acudirias á ella? No, porque no podrias dárselo. ¿Qué diria entónces Bethulia si Jerusalem la insultara, convirtiendo en delito su debilidad y su pobreza?

Estas razones fueron suficientes á esclarecer la ofuscada razon del pueblo, que segunda vez inclinó la frente á la inspirada palabra de Judith.

Esta le exhortó de nuevo á la oracion y á la confianza en

Dios, y la muchedumbre se retiró silenciosamente de la calle.

Ozías salió ya de la casa.

Judith se metió en la habitacion que habia hecho construir en el terrado, y que ella ocupaba desde la muerte de su marido, entregada á la oracion y al sufrimiento, y apartada en aquel solitario recinto de toda la magnificencia que tenia en su casa en vida de su marido, cuya fortuna era grande y cuya clase pertenecia á la de príncipes coronados.

Cuando Judith quedó sola, se postró junto á la tarima que le servia de lecho y allí oró nuevamente al Señor.

Su oracion se dirigia ya en favor del pueblo amenazado, pidiendo fortaleza para que soportara las grandes privaciones en que el sitio le tenia, y valor para poder resistir el ataque del enemigo si este se dirigia resueltamente contra la ciudad.

En el momento de concluir Judith la plegaria, oyó el sonido de una trompeta que llamaba al pueblo á la sinagoga.

La viuda volvió á postrarse en tierra.

No quiso dejar de orar cuando el pueblo iba á empezar la oracion.

Miéntas ora el pueblo, veamos rápidamente cómo y por qué habia invadido la Judea y sitiado á Bethulia el ejército de Nabucodonosor.

CAPITULO III.

Babilonia.

La voz del profeta Isaías no había tronado aun sobre la cabeza de los poderosos reyes de Babilonia. La opulenta ciudad reina del Asia, admiración del mundo, que la impúdica Semiramis había ceñido con la formidable muralla sobre la cual podían marchar hasta seis carros de frente; en la que aquella reina, la más poderosa, si la más liviana, habitaba dos palacios, sentándose en un trono de oro al rededor del cual con una sola palabra reunía tres millones de infantes, quinientos mil caballos, cinco mil carros y trescientos mil camellos para hacer la guerra al rey de Indias, Babilonia gozaba todavía de su grandeza y poderío en tiempo del primer Nabucodonosor que intentó la conquista del pueblo hebreo.

El famoso templo de Belo con su torre de ocho pisos, con la estatua del Dios, de oro maciso y de cuarenta piés de altura, se levantaba como orgulloso gigante del centro de la ciudad; sus casas, esmaltadas por fuera, resplandecían á

la luz del sol; sus terrados, coronados de una espesa cabellera de siempre verdes palmas, eran maravillosos jardines que embalsamaban el aire con el aroma de las más hermosas y lozanas flores de los trópicos, regadas por las aguas del Eufrates, que elevaban á su alturas potentes bombas; naves mil, preñadas de ricos tesoros, cruzaban sus canales; acudian de todas partes numerosas caravanas con multitud de camellos yeguaos y rebaños; y miéntras desde las torres los astrónomos observaban el cielo, y nubes de incienso perfumaban el espacio, y predecian los augures mayor grandeza y más alto poder á su soberbio rey, llegaban embajadores de las más apartadas regiones á rendir vasallaje al príncipe, que se creia bastante fuerte para reinar solo en la tierra como Dios en el cielo.

¿Dónde en medio de tanta grandeza, en la embriaguez de tanto poder, encontrar eco la voz del hombre humilde inspirado del Señor que predijo su ruina?

Pero sonó la voz y dijo:

«¡Babilonia, Babilonia! El Señor y los instrumentos de su cólera viene de léjos, de los extremos del mundo para destruirte.

«Babilonia, la gloria de los reinos, el orgullo de los soberbios Caldeos, será destruida como Sodoma y Gómorra.

«No volverá á levantarse ni en ningun tiempo será habitada: los árabes no fijarán en ella sus tiendas ni los pastores sus majadas; sólo servirá de guarida á las fieras del desierto; sus casas se verán llenas de grandes serpientes; la abulliba fabricará en ellas su nido, y el ave-truz saltará sobre los templos del deleite.»

Así habló la voz del profeta Isaías, que no escucharon los reyes ni la corrompida corte que los rodeaba.

Mas la profecía se cumplió, y la poderosa Babilonia, reina del Asia, admiracion del mundo, fué destruida, para no volver á levantarse ni ser jamás habitada.

Ruinas son su templo de Belo con su soberbia torre, su formidable muralla, sus casas esmaltadas, sus esplendurosos palacios; cegados están sus numerosos canales, montones de escombros donde apénas crece la yerba son sus encantados verjeles.

Desierto entre dos desiertos, allí donde bullia una turba de cortesanos y cortesanas satélites de la soberbia y de la liviandad de sus príncipes, tienen seguro asilo los buhos, los escorpiones y las peores razas de insectos; el chacal arrastra hácia la habitacion donde Sardanápalo apuró todos los placeres, el cadáver del caballo que muere de fatiga en los abrasados aranales del desierto; el tigre tiene su guarida allí donde fue la rica estancia en que Semiramis se hizo tributar como reina honores de diosa y gozó como mujer de todas las delicias, y el leon pasa sus horas de fiebre sobre el suelo que sostuvo el trono de oro de Nabucodonosor primero ó el mullido lecho en que dormia Baltasar la embriaguez de sus espléndidos festines.

El primer imperio asirio que se contaba desde el tiempo de Nemrod, se habia dividido á la muerte de Sardanápalo, bajo la revolucion triunfante, dejando á Belesis dueño de la Babilonia, y á Dejoces del vasto territorio de la Media.

Entre estos dos soberanos, resueltos ambos á dominar en las vastas regiones del Asia central, se estableció la natural rivalidad hija de su ambicion, y de aquí la guerra entre

los dos estados, guerra que terminó Nabucodonosor primero, sucesor de Belesis, venciendo al rey de los Medos y proclamándose absoluto señor y soberano de su territorio.

Volvió, pues, á ser Babilonia la reina del Asia, y su rey el temido y acatado de príncipes y pueblos de la tierra.

Nabucodonosor era no sólo el representante de la grandeza y el poder de sus antecesores, sino que era, digámoslo así, la imágen del orgullo y la soberbia que juntos habian tenido los soberanos que le precedieron en el trono.

Su corte volvió á ser el emporio de la grandeza, del brillo y del fausto, como en tiempo de Semiramis y de Sardanápalo, si bien el rey gozaba ménos de los placeres sensuales que en las ideas de más grande y alto poder con que soñaba su corazon insaciable.

En rica y opulenta estancia que embellecen y adornan los primores de las artes unidas á los más preciados tesoros de la naturaleza, cuyo tibio ambiente embalsama el aroma de las maderas de cedro y de ciprés que cubren las paredes y el artesonado techo, juntamente con las más delicadas esencias y el perfume de las más olorosas flores; al son de dulcísimas armonías que hábiles manos de cien hermosas mujeres arrancan á las liras y á las arpas de oro; al arrullo de las aguas del Eufrates que pasan murmurando y lamiendo las plantas del regio alcázar, y sobre mullido lecho que vela transparente y áureo pabellon de rica tela de la India, descansa el poderoso rey, ceñida la frente con el laurel de la alcanzada victoria, embriagada y adormida la cabeza con la idea del triunfo; mas despierto el corazon y atormentado por la sed de mayor gloria.

El rostro del poderoso príncipe retrata las imágenes con

que sueña, y ora sonrie satisfecho, ora se contrae, ora se muestra apacible y sereno, ora iracundo y tembloroso de furor.

Despierta el rey, se incorpora en el lecho, despide con un ademán á las hermosas mujeres cuya vista y cuya música le fastidian, y manda llamar á uno de los sacerdotes de Belo. La ciencia de adivinar se suponía principalmente en los ministros del falso Dios, cuyo saber no consistía en realidad más que en una hipocresía refinada para aparentar virtudes de que carecían, y en un grado admirable de astucia para lisonjear al rey y explotar en provecho propio la vanidad del monarca.

El sacerdote entró en la cámara real con paso mesurado, con rostro grave y la vista baja.

Prostérnase en presencia del monarca inclinando la cabeza hasta tocar el suelo con la frente, y el rey le dice:

—Levántate y oye el sueño que he tenido, para que me digas lo que significa. He visto un dilatado campo plantado de cedros, olivos, lentiscos y cipreses, y en medio una palmera de tronco y hojas de oro que resplandecían á los rayos del sol, llenando de claridad el espacio.

El sacerdote profirió con solemne y misterioso acento:

—La palmera eres tú mismo; el tronco y las hojas de oro tu propia grandeza; la luz con que resplandecía, el esplendor de tu gloria.

El corazón de Nabucodonosor se ensanchó henchido de orgullo, y en sus labios se deslizó la sonrisa de la vanidad satisfecha.

—Luego, continuó el rey, todos los árboles han inclinado su copa adorando la palmera.

—Ese es el vasallaje que distintas razas y pueblos prestan á tu poder.

—Mas despues la palmera se ha convertido en un enorme leon, con lengua de fuego; las uñas de sus garras eran afiladas espadas, y su melena alas de águila con que volaba como el viento arrasándolo todo á su paso.

—El leon, profirió el sacerdote, representa la furia y el poder con que arrollarás á todos los pueblos que resistan el rendirte vasallaje.

—Luego he visto debajo del sol una estrella brillante, tan resplandeciente como el sol mismo, á la cual adoraban príncipes y pueblos.

—La tuya es esa estrella, y de príncipes y pueblos serás adorado; profirió el sacerdote concluyendo la interpretacion del sueño del rey.

Este se mostró sobremanera satisfecho y colmó de lisonjeras frases al sabio sacerdote cuya ciencia tan propicia era al orgulloso monarca.

CAPITULO IV.

La ambicion de Nabucodonosor.

Lisonjeados á tal punto el orgullo y soberbia de Nabucodonosor, asaltóle una idea que ponía el colmo á su ambicion.

Reunió á todos los grandes de su corte, capitanes de su ejército, sacerdotes y ancianos que tenían asiento en su consejo, y propuso á la asamblea el pensamiento que habia concebido.

El monarca asirio, embriagado con el lauro de la victoria alcanzada y mirando á sus piés como humilde esclavo al pueblo más numeroso y fuerte del mundo, se creyó en el derecho de hacerse rendir vasallaje por todos los príncipes y pueblos, y exigir la adoracion á su persona como única divinidad en la tierra.

Reunida la asamblea en la cual, por las formas de aquel gobierno, dominaba el espíritu de ciega obediencia á los más raros y extravagantes caprichos del rey, soberano y señor absoluto de las personas, de la hacienda y aun de la

conciencia de sus vasallos, asintió unánime á la proposicion del monarca.

Una voz, sin embargo, se levantó entre los que aplaudian el pensamiento para oponer contraria opinion.

Fue la de uno de los ancianos que dijo al rey:

—Hay entre los pueblos que tratas de reducir á sumision, uno contra el cual no fueron bastante fuertes las armas de tu abuelo Senaquerib, cuyo ejército fue exterminado.

En el rostro del rey se pintó el más vivo disgusto al oír esta observacion.

En la asamblea se levantó un murmullo de reprobacion á las atrevidas palabras del anciano.

Este concluyó sin embargo, diciendo:

—Ese pueblo es el de Israel. Implora el favor de Belo si llevas allá sus armas; pero fuera más cuerdo que le dejaras en sana paz.

El enojo del rey se manifestó al último grado en la mirada vibrante de ira que arrojó al anciano, y en el temblor de sus labios que se agitaron convulsivamente para pronunciar una frase que sin duda hubiera sido una sentencia cruel, á no tomar la palabra en aquel preciso momento un capitán del ejército, cuya voz detuvo por el pronto la del rey, calmando luego su cólera con lo que dijo.

El capitán exclamó dirigiéndose al anciano con fuerte y tronador acento:

—¿Quién eres tú para oponerte así á la voluntad del rey más fuerte del mundo? ¿De dónde vienes y qué ciencia es la tuya para hablar en tal asunto? ¿Sabes que Nabucodonosor tiene soldados para cubrir toda la haz de la tierra, y capitanes para vencer á los más fuertes caudillos? ¿Qué

pueblo podría compararse con el de los medos? ¿Qué ejército con su ejército? Vencido está, pues, y subyugado, y Nabucodonosor es su rey y soberano. Negocio es este de guerra que no comprendes tú, hombre de ciudad; empresa es esta de jóvenes corazones que no comprendes tú, débil anciano.

La asamblea levantó un murmullo de aprobacion á las palabras del guerrero, y el rostro del rey, disipada la nube del enojo con la derrota sufrida por el viejo consejero, se mostró nuevamente alegre y satisfecho.

Las palabras del guerrero tenian en efecto cierta autoridad en aquel momento y tratándose de semejante asunto.

Era un capitan valiente hasta la temeridad, y el que más actos de valor contaba en la reciente y terrible guerra.

El anciano, corrido y avergonzado, pidió licencia al rey para retirarse.

La asamblea exaltó la persona y el pensamiento del rey aclamándole con vítores de entusiasmo.

Al día siguiente salieron embajadores de Nabucodonosor enviados á los pueblos que comprendia la antigua Palestina desde las faldas del Carmelo y riberas del Mediterráneo hasta las fronteras de Etiopia.

Pero los príncipes y pueblos de quienes se pretendia tan humillante sumision, no quisieron prestarla al orgullo del soberbio asirio, y *echaron á sus embajadores sin honor*, esto es, despreciando la soberbia pretension de su rey.

Cuando los emisarios volvieron á su presencia, el asombro del monarca fue mayor que su enojo.

Aquel soberbio coloso que desde lo alto del templo de Belo dominaba tan vastos países y tan ricas zonas que ar-

rojaban á sus piés hombres y tesoros sin cuento para todo género de empresas; que tenia en pié de guerra y acostumbrado á la lucha un tan grande y poderoso ejército, y tan bravos como entendidos capitanes para llevarle á la victoria contra el más fuerte enemigo; el soberbio coloso babilonio, pues, no podia comprender cómo resistian su pretension reyes y pueblos relativamente tan pequeños, tan poco conocedores del arte de la guerra, y se puede decir inermes, contra un enemigo tan formidablemente armado.

Pero pasados los momentos de asombro se posesionó de su corazon el furor de la ofensa recibida, y llamó á su presencia al capitan que tan valientemente habia hablado en el consejo en favor de su pensamiento.

Era el guerrero de gigantesca talla, y de atléticas formas; su rostro, moreno y ennegrecido por el sol de las batallas, cubierto con una espesa y larga barba negra, tenia una expresion de fiereza que hacia más terrible la salvaje mirada de sus brillantes y grandes ojos negros.

Todo se armonizaba en su persona para hacer de él el tipo acabado del guerrero inculto y feroz de aquel tiempo. Como sus palabras, eran sus bruscos ademanes; como su duro corazon, sus fuertes miembros; como su salvaje mirada, su valor indomable.

Se llamaba Holofernes y tenia á la sazón, en premio de su valor en la reciente guerra con los Medos, el mando superior en el ejército del rey.

Al entrar Holofernes en la régia cámara, salia de ella el anciano que habia hecho oposicion á su proyecto en la asamblea.

Sabedor de la respuesta obtenida por los embajadores y

previando la resolución que tomaría el monarca, el anciano, firme en su convicción y leal en sus consejos á su patria y á su rey, había ido de nuevo á disuadirle de su intento.

—Tú eres, oh rey, le dijo, fuerte y poderoso, y no es fácil que llegue á tí voz de súbdito tuyo que pueda disgustarte; eres joven y ardoroso, y no tienes oídos para escuchar la fría palabra de la vejez; pero atiende, te ruego, á la de este anciano que mira al tiempo pasado para conocer el tiempo presente. El día de ayer es el día de hoy. Distintos parecen, pero no lo son. No hay más que un sol que los ilumina. Distinto parece el padre del hijo: una misma es la sangre que corre por sus venas. Distintas son las épocas, unos mismos son los hombres. Fuerte eres tú, fuerte era tu abuelo Senaquerib. Débil era en tiempo de tu abuelo el pueblo de Israel, débil es en tu tiempo ese pueblo. Tu abuelo no le venció, y fue por Israel vencido. ¿Has de vencerle tú? Atiende, oh rey, y modera tu ardor para escuchar la palabra fría de la vejez: el día de ayer es el día de hoy: distintos parecen; no hay más que un sol que los ilumina. Distintos son el padre y el hijo y el nieto y el abuelo; una misma es la sangre que corre por sus venas: distintas son las épocas, unos mismos son los hombres.

El rey se sintió impresionado á pesar suyo por estas sentenciosas palabras; pero el orgullo y la soberbia volvieron á posesionarse de su corazón, y sin quererle oír más, arrojó al anciano de su presencia.

El contristado rostro del viejo revelaba el éxito que había alcanzado su designio.

Holofernes se detuvo un punto al verle.

El viejo se paró también.

La prudencia y la irreflexion, puestas frente á frente, se dirigieron una mirada recíproca. Holofernes dijo al anciano:

— ¡Triste sales de ver al rey!

— Alegre vas tú á verle.

— A mi él me ha llamado.

— Yo he venido sin que me llamara.

— Cumple yo, entónces, mejor que tú.

— Los meses que han de venir dirán quién cumple mejor. Breve ha sido mi consejo; larga es tu empresa. Si Belo no ha estado en mis palabras, estará en tus hechos. Los meses que han de venir dirán en quién haya estado de los dos: y aquel en quien Belo haya estado, aquel habrá cumplido mejor con el rey.

Esto dijo el anciano en tono semiprofético, dejando á Holofernes y abandonando la régia morada.

CAPITULO V.

Expedicion de Holofernes á Palestina.

Con frecuencia la voz del prudente consejo, que reprime los arrebatos de los príncipes, ha sido desoída por estos para escuchar la voz de la lisonja que halaga sus pasiones y alimenta sus instintos.

Males sin cuento ha traído en todos tiempos á pueblos y reyes el dejarse arrastrar de la pasion, despreciando la razon cuando le ha sido contraria.

Así sucedía á Nabucodonosor.

Ademas, un príncipe que soñaba, no sólo con la dominacion del mundo, sino que hasta con honores divinos que juzgaba le debia toda la tierra, ¿cómo era posible que atendiera la voz de un simple vasallo, siendo esta contraria á sus designios apoyados por toda su corte?

Cuando Holofernes estuvo en su presencia, el rey le dió cuenta del resultado de sus primeras tentativas, y añadió:

—Lo que no han hecho esos pueblos por voluntad, lo harán por la fuerza.

—Sobrada la tienes para obligarles, dijo Holofernes.

—A tu valor confío esta comision.

—Yo prometo reducir á tu obediencia y vasallaje á todo país que no quiera reconocer á Nabucodonosor como su rey y soberano. Yo te juro por Belo y por la espada que pende en mi costado, teñida aun con la sangre de los más fuertes soldados del mundo, despues de los que á tí te sirven, que no ha de quedar cabeza coronada que no se incline hasta besar tus piés, ni pueblo que no acuda á darte las primicias de sus frutos, ni altar cuyo ídolo no sea derribado para poner en su lugar la efigie tuya, única divinidad digna de adorarse sobre la tierra.

Así habló Holofernes traduciendo por completo y explicando el pensamiento del rey, el cual le dijo:

—Tú mejor que nadie me has entendido, y ninguno como tú podrá ejecutar mis órdenes.

—Manda á tu esclavo, que dispuesto está á obedecerte.

—Toma una parte de mi ejército, la que creas necesaria.

—Ciento veinte mil infantes y veinte mil saeteros de á caballo me bastan.

—Lleva esa fuerza, y los carros y camellos cargados con las necesarias provisiones, y arrojate sobre todos los pueblos de la otra banda del Eufrates. No perdonará tu ojo ningun reino y sujetarás á mí toda ciudad fuerte.

Holofernes, revestido con los más amplos poderes, salió de la régia cámara y empezó á organizar su formidable ejército.

A los pocos dias se puso en movimiento cruzando las cordilleras del Tauro al norte de la alta Cilicia: en su marcha arrasó la ciudad de Melothi y saqueó los pueblos de

Cilicia y Palmirena ; invadió la Mesopotamia y llevó sus armas devastadores hasta la ciudad de Jafa , corriéndose luego hasta las cercanías de Damasco en donde incendió los campos y taló los bosques, *haciendo caer el temor de él sobre todos los habitantes de la tierra.*

A su paso se llevaba Holofernes todos los hombres capaces para la guerra , cuyo número fue á los pocos dias tan ercido , que más bien que ejército de hombres parecia el suyo nube de langostas cuya sola vista helaba de terror.

Espantados los reyes y príncipes de las comarcas inmediatas , considerando imposible la resistencia y seguro su exterminio por un enemigo tan terrible , se apresuraron á reconocer la soberanía del monarca asirio, enviando representantes á Holofernes para aplacar su furor.

«Cese tu indignacion , le dijeron , para con nosotros ; «porque mejor es que viviendo seamos esclavos del gran «rey Nabucodonosor y que nos sometemos á tí, que morir «muchos y con nuestra ruina sufrir los males de nuestra «esclavitud. Todas nuestras ciudades y todas las naciones, «todos los montes y collados y los campos y las vacadas y «los rebaños de ovejas y de cabras y de caballos y came- «llos y todas nuestras facultades y familias están en tu «presencia : todas nuestras cosas están debajo de tu ley. «Nosotros y nuestros hijos , siervos tuyos somos. Vente «para nosotros como señor pacífico , y empléanos en tu «servicio como mejor te pareciere.»

Así hablaron á Holofernes los representantes de las atemorizadas comarcas.

Pero no se aplacó por esto el furor del caudillo asirio.

Embriagado con la sangre que á su paso derramaba, lé-

jos de satisfacerle la actitud humilde de aquellos pueblos, se enfureció más y más y continuó su marcha devastadora sobre ellos.

En vano los amedrentados habitantes de las ciudades, sacando fuerzas de la propia flaqueza, y haciendo brotar cánticos de alegría del corazón que destrozaba el dolor, salían á su encuentro recibéndole con palmas y ramos, con coronas y lámparas y formando danzas con tambores y flautas.

Nada podía domeñar la altiva ferocidad del guerrero asirio.

Despreciando todas estas demostraciones entraba á saquear las ciudades, pasaba á cuchillo á los habitantes, destruía las casas, talaba campos y bosques, y llevándose los tesoros y uniendo á su tropa los hombres y jóvenes aptos para disparar una flecha ó blandir una espada, proseguía su sangriento camino de devastación y exterminio.

Rápida como llevada por el viento llegó á los últimos confines de la Palestina la noticia de las atrocidades y del plan que llevaba Holofernes, cumpliendo á la letra las órdenes de Nabucodonosor.

Al aproximarse al territorio de los hijos de Israel, su aparición infundía tal espanto, que los príncipes y los hombres y los ancianos temblaban como débiles mujeres, á la sola idea del daño que les amenazaba.

Hallábase ya Holofernes en la línea de la tierra de Judá.

Llegó la noticia á la capital, y las calles y plazas de Jerusalén se llenaron de gente en cuyos rostros se pintaba el pánico de que estaba su corazón poseído.

Las madres miraban derramando amargo llanto á sus hi-

jos y á sus esposos que iban á ser degollados y hechos cautivos por el cruel conquistador ; los padres y los maridos contemplaban asimismo á sus hijas y esposas que iban á ser presa del bárbaro furor de los asirios, y todos volvian los ojos al templo del Señor que iba á ser profanado y destruido, insultado y escarnecido el Sagrado Tabernáculo, y puesta en su lugar la efigie del sacrilego conquistador.

En esta situacion apareció en el átrio del templo un hombre que vestia el respetable traje del sumo sacerdote y habló á la multitud diciendo :

—Pueblo de Israel, sabe que el Señor oirá tus ruegos, si perseveras constantemente en ayunos y oraciones delante del Señor. Acuérdate de Moisés, siervo del Señor, el cual, no peleando con espada, sino orando con santos ruegos, echó por tierra á Amalec, que confiaba en su fuerza y en su poder y en su ejército y en sus escudos y en sus carros y en su caballería. Así serán todos los enemigos de Israel, si perseverais en vuestras oraciones para hallar gracia delante del Señor.

El pueblo se prosternó todo delante del templo; las madres hicieron poner de rodillas á sus hijos; todos oraron, y alentados por la esperanza en la ayuda del Señor, resolvieron oponer resistencia al enemigo.

Holofernes se habia detenido en la frontera de Judá, para dar algun descanso á sus tropas y reunir allí todo su ejército.

Treinta dias estuvo allí acampado.

Durante este tiempo el sumo sacerdote de Jerusalem, que se llamaba Eliacim, dió vuelta á todo Israel exhortando y alentando al pueblo, y preparándolo á la defensa.

A este fin se dispuso que se ocuparan los montes y pasos estrechos por donde se podia ir á Jerusalem, como asimismo que se fortificaran las ciudades.

En tanto la oracion no cesaba, los sacerdotes se vistieron de cilicio, y de cilicio se cubrió tambien el altar del Señor.

CAPITULO VI.

Achior.

La primera ciudad que se ofrecia al furor del enemigo era Bethulia, como punto fuerte más inmediato á Jerusalem.

Bethulia ocupaba el mismo sitio que hoy ocupa Bethlehem, sobre la pendiente de una colina junto á un profundo valle que corre del Este al Sur, y distante unas seis millas de Jerusalem.

Acampado Holofernes á sus inmediaciones, extrañó que sus habitantes no salieran, como los de las otras ciudades por donde habia pasado, á rendir vasallaje y á ofrecerse espontáneamente como siervos del gran Nabucodonosor.

Pero su primera extrañeza subió al punto del asombro, y de asombro se convirtió en iracunda exaltacion cuando supo que los de Bethulia no sólo no estaban dispuestos á someterse á su yugo, sino que se preparaban á resistirle.

Holofernes reunió á todos los capitanes de su ejército, entre los que se hallaban los príncipes de los moabitas y amonitas á quienes habia subyugado y unido á sus fuerzas, y les habló de esta manera :

—Decidme, ¿qué pueblo es ese, cuál su poder, y cuál su fuerza, que así desprecia el peligro en que se pone, y es el primero que piensa en resistir al poderoso ejército del gran Nabucodonosor?

Los capitanes no supieron que responder á la pregunta de su general, excepto uno de ellos, el príncipe de los amonitas, llamado Achior, que dijo:

—Si te dignas, señor mio, de escucharme, diré en tu presencia lo que es ese pueblo que mora en estas montañas, y no saldrá palabra falsa de mi boca.

—Habla.

—Ese pueblo es del linaje de los caldeos. Primero habitó en la Mesopotamia porque no quiso seguir los dioses de aquellos, y abandonando sus ceremonias que consistían en vanas y ridículas supersticiones, adoraron á un solo Dios del cielo, el cual les mandó salir de allí y morar en Canaan. Y como hubiese cubierto el hambre toda la tierra, descendieron á Egipto, y allí en el espacio de cuatrocientos años se multiplicaron de manera que su número no podía contarse.

Sobre estas palabras de la relacion de Achior que tomamos del texto sagrado, observa su ilustre comentador el padre Scio, que fueron doscientos años y no cuatrocientos, como dice el jefe amonita, el tiempo en que moró en Egipto el pueblo de Israel. Pero esta equivocacion no es extraña en un extranjero, ántes bien es de admirar que tan enterado estuviese de la historia del pueblo de Dios.

Achior continuó:

—Y como los agravase el rey de Egipto y los hubiese sujetado á trabajar en barro y ladrillos para edificar sus

ciudades, clamaron al Señor, é hirió toda la tierra de Egipto con varias plagas. Y habiéndolos echado de sí los egipcios, viéndose libres de aquellas plagas, y como quisiesen de nuevo cautivarlos y emplearlos en su servicio, huyendo estos, el Dios del cielo les abrió la mar de tal manera, que de un lado y de otro se solidaron las aguas como un muro, y ellos pasaron caminando á pié enjuto por el fondo del mar.

Aquí el rostro de Holofernes manifestó la más grande admiracion.

Los demas capitanes, que le oian tan atentamente como el general, se manifestaron asimismo asombrados por tan grande maravilla.

Pero ninguno interrumpió el discurso de Achior, que continuó:

—Y persiguiéndoles en la misma direccion un numeroso ejército de egipcios, fueron estos de tal manera cubiertos de las aguas, que no quedó ni uno solo que contara el suceso á la posteridad. Y luego que hubieron salido los israelitas del mar Rojo, ocuparon los desiertos del monte Sina, en los que ningun hombre pudo jamás habitar ni nunca reposó hijo de hombre. Allí las fuentes amargas se les endulzaron para beber, y por espacio de cuarenta años lograron alimento del cielo. Donde quiera que entraron, sin arco ni saeta, y sin escudo ni espada, su Dios peleó por ellos y venció. Y no hubo quien insultase á ese pueblo sino cuando él se apartó del culto del Señor su Dios. Y todas las veces que fuera de su Dios adoraron á otro, fueron entregados á la presa y á la espada y al oprobio. Mas cuántas veces se arrepintieron de haberse apartado del culto de Dios, el Dios del

cielo les dió fuerzas para resistir. Por último echaron por tierra al rey Cananeo y al Jebuseo y Jerezeo y al Hetheo y al Heveo y al Amorrheo y á todos los poderosos de He-sebon, y se apoderaron ellos de sus tierras y sus ciudades.

Aquí Holofernes hizo un gesto de indignacion.

Los demas capitanes hicieron la propia manifestacion que su caudillo.

Era que ofendia su soberbia y su orgullo la relacion de las proezas de los israelitas.

Viendo Achior el efecto que producian sus palabras, se interrumpió en su relacion, y dijo al general:

—Pedí ántes tu licencia para hablar, dije que no saldria palabra falsa de mi boca, hablo lo que sé, y con la lealtad que debo; mas si te disgusta y ofende lo que digo, sellaré mis labios.

—Habla, profirió Holofernes.

Achior prosiguió:

—Mientras no pecaron en la presencia de Dios, fueron felices en sus empresas, porque su Dios aborrece la iniquidad. Y aun pocos años há, habiéndose desviado del camino que Dios les habia dado para que anduviesen en él, fueron deshechos en batallas por muchas naciones, y muchísimos de ellos fueron llevados cautivos á tierra no suya. Y por fin, habiéndose convertido poco há al Señor su Dios, se han reunido en los lugares en que estaban dispersos y han subido á todas estas montañas, y poseen nuevamente á Jerusalem donde está su santuario.

—Y en vista de lo que has referido, ¿cuál es la opinion tuya, y qué piensas que debo yo hacer con ese pueblo?

preguntó Holofernes en tono casi de burla al príncipe moabita.

Achior, prescindiendo del tono que usaba el general y atendiendo sólo á la voz de los leales sentimientos que le inspiraban, le respondió :

—Lo que debes hacer, señor mio, es informarte bien de si han pecado contra su Dios. Si es así, sube á ellos, porque de cierto los pondrá Dios en tus manos, y quedarán sujetos al yugo de tu poder.

—¿Y si no han pecado para con su Dios? preguntó Holofernes, con el mismo tono de burla que habia ántes usado.

Achior respondió muy seriamente :

—Si no hay ofensa de su pueblo delante de su Dios, no podrás resistirle ; porque su Dios le defenderá, y seremos oprobio de toda la tierra.

Apénas acabó de pronunciar Achior la última frase, estalló toda la indignacion que hacia rato contenia el soberbio pecho de Holofernes.

—¡Calla ya, cobarde soldado, torpe enemigo de la gloria del gran Nabucodonosor! ¿Cómo ántes de pronunciar esas palabras no han partido tus dientes tu propia lengua, castigando así su insolencia y su delito? Pero yo sabré imponerles la pena que merecen tu atrevimiento y el insulto que diriges á este poderoso ejército con quien estás tú, diciendo que el valor de los hijos de Israel puede vencerle, y llenarle de oprobio y de vergüenza delante de toda la tierra.

Los demas capitanes indignados como el general se decian entre sí :

—¿Quién es este que dice que los hijos de Israel pueden resistir al rey Nabucodonosor y á sus ejércitos, unos hombres sin armas y sin valor, y sin conocimiento ni costumbre en la guerra?

Holofernes mandó entónces :

—Llévadle de aquí: que sea encerrado y puesto en prisiones en una tienda, que guardarán dos centinelas, hasta que yo disponga el último castigo que ha de sufrir.

El semblante de Achior se mantuvo tan sereno al oír esta orden, como lo habia estado al ver la indignacion del general y sus capitanes.

Corazon noble y leal, habia cumplido con su conciencia, y esperaba tranquilo las consecuencias de haber obrado como su lealtad le ordenaba.

Al dia siguiente dió Holofernes orden de levantar las tiendas y aproximarse á Bethulia.

El ejército se puso en movimiento.

El príncipe Achior marchaba atado de manos entre cuatro soldados, siendo el escarnio de sus camaradas.

Al llegar á los montes que circuyen la ciudad, mandó Holofernes fijar de nuevo las tiendas, estableciendo allí el campamento.

Por la noche tuvo una reunion, á la cual convocó á todos los capitanes para conferenciar acerca del ataque á la ciudad.

Al dia siguiente se practicó un reconocimiento, y los jefes moabitas y amonitas que parecian ser los más entendidos, dijeron al general :

—Los hijos de Israel no pueden confiar en lanzas ni en flechas.

—¿Quién resistiría las de mi ejército? se apresuró á decir el general.

—Su defensa son los montes y collados escarpados, profirieron los hijos de Moab. Del reconocimiento que hemos hecho, resulta que es imposible ganar sus montes inaccesibles por esta nuestra parte, y los cuales bastan á defender contra miles de hombres un solo puñado puestos en la cumbre. Los sitios de paso á la ciudad están asimismo entre montañas, y son tan estrechos que el enemigo puede defenderlos, privándolos por completo á nuestras tropas con sólo rodar piedras de alto abajo del monte.

—¿Qué opinais entónces que se debe hacer? preguntó el general.

—Con tu licencia nosotros creemos que fuera cuerdo establecer el sitio apurando al enemigo con el hambre.

Conforme con este dictámen el general, se estableció el sitio, de manera que no era posible á los sitiados introducir víveres en la poblacion en cantidad mayor de la que podia llevar un solo hombre.

Carros ni camellos en manera alguna hubieran podido burlar la vigilancia de los sitiadores.

Los habitantes de Bethulia al contemplar tan cerca al enemigo, al verse sitiados y conociendo que dias más ó ménos lejanos el hambre les acosaria, se sintieron profundamente consternados.

Sólo de Jerusalem podian recibir algun auxilio, y este en vano lo hubieran esperado tan grande que bastara á resistir la poderosa fuerza del ejército enemigo.

A pesar de esto despacharon emisarios á la capital que hicieran presente la situacion crítica en que se encontraba

Bethulia , á fin de que Jerusalem enviara los socorros que le fuere posible en hombres y armas.

Holofernes en tanto , viendo ya próximo el momento de acometer á Bethulia , mandó conducir á Achior á su presencia.

El príncipe amonita que se hallaba en prisiones , y reducido á una exigua cantidad de alimento , presentaba en su descolorido rostro las señales del sufrimiento físico y moral á que se le habia condenado , si bien la mirada de sus ojos no daba á conocer que estuvieran abatidos su noble corazon y su ánimo esforzado.

Holofernes le dijo :

— Por cuanto nos has profetizado , diciendo que el pueblo de Israel es defendido por su Dios , para hacerte ver que no hay en la tierra otro Dios que el gran Nabucodonosor , sabe que tú vas á perecer en medio de ese pueblo cuando lo pase á cuchillo la espada de los asirios. Todo Israel sin excepcion perecerá contigo.

Achior escuchó esta sentencia sin mover los labios , ni manifestar en su semblante la menor alteracion de ánimo.

— Así verás por experiencia que Nabucodonosor es el señor de toda la tierra : y entónces la espada de mi gente atravesará tus costados , y traspasado caerás entre los heridos de Israel , y no respirarás ya más , sino que serás exterminado con ellos. Pero si tienes por verdadera tu profecía , no se abata tu semblante , y esa palidez que está cubriendo tu rostro apártese de tí , si crees que no se pueden cumplir estas mis palabras.

Al oír esto se sublevó el corazon del valiente Achior.

Lo que el general le decia era un insulto al valor de su

pecho que nunca habia sentido el miedo, y así replicó :

—La palidez de mi semblante será del tormento de estos dias, de la tristeza del corazon, que no de temor alguno. Repito ahora lo que una vez te dije : Si Dios está con el pueblo de Israel, no vencerás sobre él, y tú y tu ejército saldréis cubiertos con la vergüenza de la derrota.

Holofernes llamó entonces á cierto número de soldados, y les dió orden de llevar á Achior á un sitio inmediato á las murallas, y mandóles que allí le ataran al tronco de un árbol y le dejaran, para que viéndole se apoderasen de él los israelitas.

CAPITULO VII.

Zelpha.

Cumplido el mandato de Holofernes contra Achior, en poder ya de los hebreos el príncipe amonita y arrancado de la cólera del pueblo por el sumo sacerdote Ozías, este reunió el consejo de los ancianos para oír y juzgar al prisionero.

Cuando Achior era objeto de los gritos de la multitud, acompañaba á Judith en su sentimiento en favor del guerrero otra mujer que no quitó de él los ojos desde que le vió en la plaza hasta que desapareció llevado á la sala del consejo.

Era la mujer de bellísima figura y jóven de diez y seis años.

Su tipo, apartándose del general de su raza, tenia todos los atractivos de la hermosura oriental, unidos á los que más resaltan en las bellezas del Norte. Era su cutis rosado y blanco como la nieve, rubios como el oro sus cabellos, azules los ojos como el sereno cielo.

Los tiernísimos sentimientos de su corazón asomaban á

su rostro al traves de su hermosa mirada, cuyo brillo empañaron las lágrimas cuando oyó los gritos del pueblo contra el prisionero.

La jóven se llamaba Zelpha.

No sin motivo se interesó por Achior su tierno pecho.

El príncipe amonita vestia el traje de los enemigos de Bethulia; pero su rostro noble y hermoso revelaba un alma grande y generosa y exenta de la bárbara ferocidad de los soldados asirios.

Por esto, así que Zelpha le vió libre de los ultrajes de la multitud, se deslizó en sus rosados labios una sonrisa de placer, nacida de la alegría de su tierno corazon vivamente interesado por el extranjero.

La multitud siguió á Achior al consejo, ávida de conocer los detalles del suceso.

Entre el pueblo agolpado á la puerta se hallaba Zelpha esperando con viva ansiedad el resultado.

Achior en tanto explicaba en presencia de los ancianos el motivo por que Holofernes le habia arrojado de sus filas y mandado atarle al árbol cerca de la ciudad.

Maravillado quedó el consejo al oír el relato de Achior, de cuyas razones hubieron dudado, á no ver clara la verdad de sus palabras en su noble y franca fisonomía y en el tono de lealtad con que hablaba.

Los ancianos se levantaron de sus asientos y le abrazaron todos fraternalmente.

Entónces el príncipe Ozías, presidente del consejo, seguido de todos sus miembros y llevando á Achior de la mano, salió al pueblo y le dió cuenta de lo que el prisionero acababa de decir.

El pueblo de Israel, reconociendo en aquel suceso la mano de su Dios, se postró todo sobre su rostro adorando al Señor.

El príncipe Ozías elevó entónces al cielo este ruego, que repitió el pueblo á una voz:

—Señor Dios del cielo y de la tierra, mira la soberbia de ellos, y vuelve los ojos á nuestra humildad, y atiende al estado de tus siervos que están consagrados á tu divino culto y servicio, y haz ver como no desamparas á los que se precian de tí, y humillas á los que presumen de sí y se jactan de su poder.

Concluida la plegaria al Señor, el príncipe Ozías en nombre del consejo y del pueblo dijo á Achior:

—El Dios de nuestros padres cuyo poder tú has publicado, hará que tú veas, ántes que tu muerte y nuestro exterminio, la ruina de nuestros enemigos. Y cuando el Señor nuestro Dios hubiere dado este bien á sus siervos, Dios sea tambien contigo en medio de nosotros, para que como á tí agradase, así vivas con nosotros, tú y todos los tuyos.

Dicho esto, Ozías volvió á coger de la mano á Achior, y pasando por entre la multitud que le saludaba con cariño, le llevó á hospedarle á su propia casa.

El pueblo se retiró alabando al Señor.

Zelpha murmuró con íntima alegría:

—Bien me decia mi corazon que su semblante no era el de los enemigos del pueblo de Israel y de su Dios.

Achior quedó maravillado al ver el modo como habia sido acogido por los de la ciudad, y su asombro subió todavía de punto cuando se vió en la casa de Ozías.

Este, al llegar á ella llamó á todos sus siervos y domésticos, y les dijo:

—A mi casa viene este extranjero para habitar en ella; que su persona sea por todos atendida como la mia propia, y su voz asimismo escuchada y obedecida.

La servidumbre de Ozías se inclinó delante de Achior, al cual dijo en nombre de todos el que ocupaba el primer lugar:

—Siervos tuyos somos: la voluntad del príncipe señor nuestro será obedecida en tu voluntad; tu voz será para nosotros la suya propia: manda á tus siervos en todo lo que fuera de tu agrado, que todos te serviremos como al señor nuestro que así lo ordena.

Despejaron los criados y siervos, y Achior, que no encontraba frases bastantes á expresar su gratitud, dijo á Ozías:

—Honra me das en tu casa, que ciertamente no merezco.

A lo cual el príncipe se apresuró á replicar:

—Quien como tú ha sabido honrar en tan gran manera al Señor Dios de Israel, no merece honra menor de sus hijos que la que á tu persona tributamos. Acéptala tú conforme á la nuestra intencion, y sea el Señor Dios servido de tomarla en cuenta, y quiera por ello darnos fuerza para resistir á nuestros enemigos.

Ozías llamó en seguida al mayordomo de su casa, y le dijo:

—Dispon la cena de esta noche para tantas personas cuantas son los ancianos del consejo, y aun para veinte personas más que por mí serán invitadas.

El mayordomo salió á disponer lo conveniente para dar cumplimiento á la órden de su amo.

En este momento tuvo aviso Ozías de que habia llegado á la casa de Judith el hombre de Jerusalem cuya mision ya hemos visto en uno de los anteriores capítulos.

Recordaremos que al ternimar aquella escena popular en la calle de Judith, sonó una trompeta llamando al pueblo á la sinagoga para orar.

Veamos cómo efectuaban este acto los hebreos.

CAPITULO VIII.

La Sinagoga.

Habia en Bethulia en medio de una gran plaza y en el centro de la poblacion un edificio de un solo cuerpo, de forma cuadrilonga y de cincuenta piés de altura, fabricado con grandes piedras cuadradas desde la base de las paredes hasta el punto en que empezaba á afirmarse la bóveda, siendo de notar en aquella construccion de sencillísima arquitectura, la perfecta union de las piedras tan bien ajustadas entre sí, que en esto, más que en el espesor de las paredes y de la bóveda, estaba la garantía de su admirable solidez.

Tenia sólo una puerta de entrada y sobre la puerta una ventana con celosía.

El interior no era ménos sencillo que el exterior.

La bóveda estaba completamente desnuda.

En el fondo habia varios estantes de madera de cedro y de cipres, en los cuales se guardaban grandes rollos de pergamino que eran los volúmenes de la Ley.

Cubrian los estantes ropas de tisú y púrpura.

Al lado derecho, en mitad de la nave, habia una cátedra ó púlpito de madera tambien de cedro, y donde el sacerdote leia al pueblo las Santas Escrituras.

En las paredes cubiertas de la propia madera se leian algunos articulos de los Sagrados Libros.

Esta era la sinagoga ó sea la iglesia de Bethulia, que no se diferenciaba sino en alguna circunstancia puramente accidental de las demas sinagogas del pueblo de Israel.

Llamado por el sonido de la trompeta, acudió el pueblo todo á la sinagoga, sin faltar los más viejos ni aun los enfermos que apénas tenían fuerza para traspasar el umbral de su morada. Las madres llevaban en brazos ó de la mano á sus pequeñuelos, y los ciegos y tullidos iban tambien guiados ó conducidos por sus parientes ó sus amigos.

Todo el consejo de los ancianos se hallaba asimismo en la sinagoga.

Uno de los sacerdotes subió al púlpito y leyó uno de los pesajes de Balaam contenido en el libro de *Los números*.

Algunos de los versículos que leia el sacerdote se avenian tanto con la situacion porque atrevesaban los hijos de Bethulia, que todos los corazones estaban suspendidos de la voz del sacerdote que hablaba al pueblo la palabra inspirada á Moisés por el mismo Dios.

«No hay ídolo en Jacob, ni se ve simulacro en Israel.
«El Señor su Dios está con él, y sonido de victoria de rey
«en él.

«Dios lo sacó de Egipto, cuya fortaleza es semejante á
«la del rinoceronte.

«No hay agüero en Jacob ni adivinacion en Israel. A sus
«tiempos se dirá á Jacob y á Israel lo que Dios obró.

«Hé aquí el pueblo que como leona se levantará, y como leon se alzaré: no se echará hasta que devore la presa y beba la sangre de los muertos.»

Concluida la lectura de este pasaje, el pueblo todo inclinó el rostro á tierra, cogiendo las madres la cabeza de sus pequeños para humillarles delante de Dios.

Una oracion ferviente que salió á la vez de todos los labios resonó en la sinagoga, y concluida la plegaria, el pueblo fortalecido en la fe en el Altísimo, abandonó el sagrado recinto retirándose á sus casas.

El sol se habia ocultado en Occidente, y era la hora de cenar; hora la más triste del dia para los moradores de Bethulia.

El príncipe Ozías se dirigió á su morada donde debia darse el banquete en obsequio de Achior.

La cena era la comida fuerte del dia entre los israelitas.

Pueblo principalmente agrícola, no tenia hora mejor de calma que aquella en que concluia las labores del campo. Además, juzgaban que no debia darse al cuerpo alimento que no hubiese ganado con el trabajo del dia.

El precepto del Señor *Comerás el pan con el sudor de tu rostro* lo guardaban así mejor, y por esto durante el dia no comian más que cosas sumamente ligeras, como frutas y pan. El vino no lo probaban más que en la cena.

Espléndida fue la que dió Ozías aquella noche en honor de su huésped.

La mesa colocada en una gran sala era capaz para noventa y una personas. Setenta ancianos del consejo en cuyo número se contaba el dueño de la casa, veinte entre sacerdotes y otros hombres principales de la ciudad, y Achior.

La mesa era de forma larga y estaba puesta en medio de la sala.

Se levantaban del suelo, á los extremos de la mesa y en ambos lados del centro, cuatro grandes candelabros en cuyo extremo ardian lámparas de metal que llenaban de luz la estancia.

Estaba la mesa cubierta de diversos platos que consistian en dos grandes vasijas de barro barnizadas de vivos colores, llenas de legumbres en potaje; algunas fuentes de carne de ternera, cabritos y aves asadas; platos de flor de leche y grandes racimos de uvas, dátiles, panales de miel y enormes granadas.

El vino estaba en jarros de alabastro, y junto á cada plato habia dos panecillos de forma larga y del peso de tres onzas, recientemente amasados y cocidos al rescoldo.

Rodeaban la mesa noventa y un taburetes.

En aquella época los israelitas comian todavía sentados.

La costumbre de comer recostados en tablados cubiertos de blandos cojines, ó sean anchos canapés que se llamaban *triclinios*, no se introdujo hasta despues del cautiverio de Babilonia.

Esta costumbre la tomaron de los persas en la Asiria, durante el período de su cautividad.

Antes de entrar en el salon los convidados fueron pasando á una pieza inmediata en donde habia varios criados que tenian blancos lienzos de lino colgados del brazo y un jarro de agua en la mano.

Aquellos se descalzaron las sandalias, sentáronse poniendo los piés en palanganas dispuestas al efecto, y despues de lavarse pasaron á la sala del banquete.

La cena que daba el príncipe Ozías parecerá demasiado opípara y dispendiosa en circunstancias en que el sitio de la ciudad y la escasez que ya empezaban á sentir sus habitantes no permitian semejante prodigalidad de alimentos que no se tardaria en echar de ménos; pero téngase en cuenta que el banquete se daba con la idea de honrar á Dios honrando al extranjero á quien el Señor habia inspirado, y esta consideracion suprema era superior á la de ulteriores privaciones que resignados y con gusto sufririan despues, si el Señor se las enviaba.

Un momento ántes de ponerse á la mesa Ozías separó el taburete destinado á Achior, y dijo á este que se sirviera sentarse.

Presentáronse en seguida dos criados con un vaso de esencias aromáticas, y ungieron con ellas la cabeza del príncipe amonita, muestra de señalada consideracion que usaban los israelitas con las personas principales que invitaban á comer.

Despues de este acto se derramaron otras esencias olorosas que embalsamaron la estancia, y la cena empezó.

Era natural que los de Bethulia quisieran saber pormenores y circunstancias del ejército sitiador, y no dejaron de preguntar al huésped con este motivo.

La relacion de Achior llenábales de espanto y confusion.

El número considerable de soldados, lo aguerridos que todos eran, y sobre todo la bárbara ferocidad de su caudillo, no podian ménos de llenar de terror á los ancianos del consejo y demas personas que escuchaban al príncipe amonita.

—Sólo la mano del Señor puede abatir la fuerza de tan

poderoso enemigo, profirió Ozías: confiemos en el Señor que de nuevo ha admitido á su gracia á su pueblo, y será servido de darle esta vez la victoria que en otras ocasiones le ha dado, como con verdad has dicho tú, Achior, á Holofernes. Así se digne el Señor Dios dar testimonio de tus palabras, abatiendo el orgullo del soberbio que no ha querido escucharlas.

—Tal creo yo y tal confío, si no existe maldad del pueblo de Israel delante de su Dios, profirió Achior.

—El Señor te oiga y atienda al caso en que se miran los que le sirven, añadió Ozías.

El serio objeto de esta conversacion no impedía, sin embargo, que el dueño de la casa y los convidados tuviesen con Achior las más delicadas atenciones, brindándole á porfía con lo mejor de las viandas, animándole y tomando su copa de mano del siervo que la llenaba, para ofrecérsela ellos con su propia mano.

CAPITULO IX.

Achior.—Donde Achior sabe el estado de Judith.

Achior se hallaba confundido de pura gratitud, y no encontraba frases bastantes á explicar la satisfaccion y bienestar que sentia por la noble hospitalidad que habia merecido.

Pero en medio de este placer se agitaba en su mente una idea que mantenía intranquilo su ánimo, distrayéndole á veces y alejándole del sitio en que se hallaba.

Esta idea era la de Judith.

La profunda impresion que recibiera Achior al verla no se borraba en él; las nobles palabras que en su favor salieron de los labios de la hermosa hebrea resonaban sin cesar en los oídos del príncipe amonita.

Preguntóle Ozías si se encontraba bien entre ellos, y Achior respondió:

—¿Cómo no, cuando soy objeto de tan generosas consideraciones, y me recibe no como extranjero, sino como hermano, tan buen pueblo? Apenas me ví entre él, cuando me

hubieron dejado en el tronco de un árbol los soldados de Holofernes, ya conocí el noble espíritu de este pueblo por la compasión que tuvo de mi desgracia una de sus mujeres.

—¿Una de nuestras mujeres? preguntó Ozías, que ignoraba la intervencion de Judith en pro del prisionero.

Este explicó el suceso, y Ozías dijo:

—Judith fue sin duda.

—Bendígala el cielo como mi ánima la bendice, exclamó Achior.

—Raros dones ha derramado el Señor Dios en su cuerpo y en su alma, añadió Ozías.

—Lo que conmigo ha hecho dice bien que no está en su rostro toda su belleza; tan grande por lo ménos debe ser la de su corazón.

—Por ser así la ama y la respeta todo el pueblo.

—Acompáñela ese amor hasta el sepulcro, profirió Achior, y herédendolo sus hijos y sus hijas.

—No tiene hijos Judith.

—¡No está casada! profirió Achior con acento de sorpresa.

El príncipe amonita se sorprendió de que permaneciese soltera mujer de tanto valor y tan rara hermosura.

Pero Ozías dijo:

—Judith es viuda hace dos años.

—¿Cómo no se ha vuelto á casar?

—No quiere conocer otro hombre, despues de Manasés. Achior, que, como hemos visto, sabia algo de las leyes y costumbres del pueblo israelita, no pudo ménos de hacer entónces algunas observaciones acerca de esa misma con-

sideracion que merecia Judith, y que á su modo de ver no se avenia bastante con la manera de ver y sentir de los hebreos.

—Si Judith es estéril, dijo, no comprendo cómo mirando vosotros la esterilidad en la mujer como una especie de maldicion del Señor, la venerais á ella de esta suerte; de la misma manera extraño que no veais una falta en su propósito de guardar la viudez, idea contraria á vuestra moral y al deseo revelado de Dios de que se multiplique su pueblo y de que su número crezca sobre la tierra.

—Cierto es lo que dices, y vendria bien tratándose de otra mujer; mas la esterilidad no puede mirarse como una maldicion del Señor en Judith, á la cual es evidente que ha bendecido dotándola con tan señalados dones en su cuerpo y en su alma; y en cuanto á su propósito de guardar la viudez, no es falta en ella, porque se ve que nace de su misma virtud y de la pureza del amor que tuvo á su marido, profirió Ozías.

En todas épocas ha sido la castidad precioso don que ha granjeado respeto y veneracion á la mujer; y el claro brillo con que resplandecia Judith por esta virtud aun en aquel tiempo, es buen ejemplo de lo que vale siempre la mujer casta; porque la castidad es cristal limpio y transparente que permite contemplar la belleza más duradera y de mayor precio, que consiste en la pureza del alma.

Las razones de Ozías dejaron completamente convencido al príncipe amonita, que desde aquel momento unió la admiracion al sentimiento de profunda gratitud que abrigaba por aquella mujer verdaderamente superior en la nobleza de la figura y en la elevacion del alma.

Y ninguno mejor que el príncipe amonita, organizado para todo lo noble y elevado, podía apreciar estas relevantes dotes de la hermosa hebrea. La memoria de su marido estaba muy viva en la mente de Judith; muy vivo sentía su corazón el dolor de su amor perdido. ¿Qué bálsamo sería bastante eficaz á cerrar la profunda herida de su alma? ¿Qué acento bastante dulce para sonar grato á sus oídos? ¿Qué figura de hombre bastante meritoria para sufrir la comparación con el mérito que á sus enamorados ojos tenía la de su amante esposo?

Ninguno mejor que Achior, repetimos, podía apreciar la sublimidad del propósito de Judith de guardar á su marido, después de muerto, la misma fidelidad de cuerpo y de alma que en vida había guardado.

Concluida la cena, Ozías se puso en pié, y dijo con voz grave:

—Gracias sean dadas al Señor Dios que nos ha favorecido con el alimento de este día; así sea servido de darnos el de mañana y de otros días para que no sucumbamos al sitio que nos han puesto sus enemigos, y nos dé asimismo su poderosa ayuda para vencerlos.

Achior dijo entónces:

—Atendido sea tu ruego; fortalezca Dios á su pueblo, y halle yo también fortaleza en mi cuerpo y en mi ánima para defender la ciudad que me ha amparado, y pelear con vosotros, que sois mis amigos, contra el enemigo vuestro, que ya lo es mío.

—Así sea, así sea, profirieron á una voz todos los de la mesa.

Al despedirse abrazaron al príncipe amonita.

Este abrazo despues de comer juntos en una mesa, cosa prohibida á los israelitas con extranjeros y gentiles, puso el sello á la eterna alianza de Achior con el pueblo que le habia acogido en su seno.

Ozías le llevó luego al aposento que le estaba destinado, y en él le dijo:

—Esta habitacion es para tí; y en esa cama limpia y bien mullida puedes descansar y dormir sin cuidado como en tu tierra y en tu casa. A una voz tuya acudirán siervos y criados para servirte en lo que necesitates: su dueño eres tú; mándales, y ellos obedecerán. El Señor Dios quede contigo y te dé feliz y reposado sueño.

Achior, enternecido por tan delicadas atenciones, profirió algunas palabras expresando nuevamente su gratitud y ofreciendo su persona y su vida en cambio de tantas mercedes.

Luego quedó solo.

El lecho era de rica madera de cedro y estaba velado por un rico *conopeo*, esto es un pabellon de ligera tela de India que lo cubria todo para defenderlo de los mosquitos, insectos en que abunda aquel país como todos los climas calientes.

Muchas noches llevaba el príncipe amonita sin poder conciliar el sueño, de que le privaba la constante agitacion del espíritu atormentado por la idea de la prision en que se hallaba.

Pero á pesar de que su cuerpo y su alma, igualmente fatigados, necesitaban de reposo, tampoco pudo gozarlo aquella noche.

Una nueva idea se posesionó de su mente, un nuevo tormento vino á mortificar su corazon.

La imagen de Judith no se quitaba de su memoria, y á su recuerdo vibraban constantemente las más delicadas fibras de su alma.

Achior, en una palabra, habia quedado preso de su belleza; y los obstáculos con que, apénas nacido, tropezaba su amor, daban pábulo á su llama y acrecentaban su padecer.

Su abrumada imaginacion buscaba en vano un medio que pudiese calmar su pena, dando salida al sentimiento de su alma por la hermosa hebrea.

Pero cuantos medios pensaba, los repelian en el momento mismo su propia delicadeza y la idea de la consideracion que debia á un pueblo que tan noble y generosamente le habia recibido.

Esta exquisita dedicadeza, si no estaba en la educacion de aquel tiempo, nacia espontáneamente del corazon de Achior: como en aquella, en todas épocas nacen de los nobles corazones los delicados sentimientos.

Noble era y leal y honrado el del guerrero amonita; y aunque la cultura que ha venido despues á enseñar al hombre el disimulo de sus afectos, no podia señalarle entónces la línea de su conducta en aquel terreno, bastábanle su nobleza de alma, su lealtad y su honradez para decirle que el manifestarse enamorado de Judith y pretendiente á su amor era una falta de respeto al voto que la casta viuda habia hecho, no podia ni en idea inferir un agravio al pueblo que la respetaba demasiado para no ofenderse de que osara á ella el extranjero á quien habia acogido la ciudad como hijo.

Todas estas consideraciones juntas presentaban bastante clara al juicio de Achior la idea de la gratitud y la ingra-

titud, y en su pecho era aquella muy profunda y muy grande para que esta pudiera caber en él.

—Pártase mi lengua en dos mitades ántes que hable una palabra que descubra á ella ni á nadie el amor que me ha inspirado.

De esta suerte habló Achior á sus solas, imponiéndose el grande sacrificio del silencio de su amor, que hacia en aras de un deber tan sagrado como es el que impone la gratitud y la hospitalidad á todo corazon honrado.

Firme en esta idea, procuró alejar de su memoria la imágen de la mujer que la ocupaba, cerró los párpados y llamó al sueño.

Mas ¡ay! que su mente y corazon permanecian despiertos, y la imágen de Judith se cernia sobre la ardorosa frente del guerrero, y sus cerrados ojos la veian tan clara y más hermosa que cuando por vez primera la vieron en el fondo del valle iluminada por el brillante sol de la mañana.

La voluntad de Achior podia mandar á los labios que callaran, no al corazon que dejara de sentir, á la mente que dejara de pensar.

La fatiga de tantos dias sin reposo le rindió al fin.

Mas si el cuerpo sucumbió al sueño, no así el espíritu.

Su pecho exhalaba hondos suspiros, y sus labios constantemente trémulos pronunciaban á intervalos frases como esta:

—¡Judith!... No puede amar á nadie más... ¡Calla, corazon!

CAPITULO X.

Otro corazon que vela.

Despierto al sentimiento mismo que agitaba el corazon de Achior, gime y suspira en aquella hora el corazon de una mujer.

Su cuerpo se revuelve en su blanda cama como si estuviera en un lecho de espinas; la cabeza busca en vano sobre los mullidos cojines una posicion de reposo, y en vano se cierran los párpados para que acuda el sueño á los ojos.

Como sale el nombre Judith de los labios del príncipe amonita, pronuncian suspirando el de Achior los labios de la mujer.

Es Zelpha, la jóven de rubios cabellos y ojos azules, en quien la vista del guerrero ha despertado un sentimiento que dormia ó no habia nacido aun en su pecho.

La jóven arroja á un lado el blanco lienzo que cubre sus delicadas formas, toma una túnica de finísimo lino que tiene á la cabecera del lecho, se levanta, modera la luz de la lámpara que aide en su aposento, y abriendo la ventana

se sienta sobre velludas pieles de carnero detrás de la celosía.

Sus hermosos labios de púrpura se entreabren para aspirar la fresca brisa de la noche, mas no se suavizan, no, su ardorosa frente ni los vivos tintes de la sangre agolpada á la cabeza, ni respira más libre su oprimido pecho.

La mirada de Achior se encontró con la suya enamorada, y los ojos del gallardo extranjero se desviaron luego, sin fijarse un punto en los que con tanto amor le contemplaban.

Esta idea no se apartaba de la mente de Zelpha, atormentando cruelmente su corazón.

Alma por naturaleza apasionada, no habia necesitado más que un momento para sentir nacer y desarrollarse al último grado la llama que la abrasaba.

Este fenómeno jamás ha sido raro, sobre todo en la mujer, y ménos lo habia de ser en aquella época en que los sentimientos tenian toda la fuerza primitiva, no domada por las reglas á que despues los han sujetado la civilizacion y la cultura, no siempre conformes con las leyes de la naturaleza.

Pero alma inocente y cándida, no se daba cuenta la jóven de lo mismo que sentia; su razon no se explicaba aquel tan súbito como íntimo sentimiento de su pecho.

De esta suerte pasó la noche, y así, envuelto el pensamiento entre nubes de vagas ilusiones, sorprendió á Zelpha la aurora melancólicamente reclinada al pié de su ventana.

Al amanecer del siguiente dia Achior se levantó y salió.

Siguiendo la idea con que se durmió, tomó la direccion de la calle donde Judith vivia segun noticia que habia tomado de un siervo de Ozias.

La disposición de Bethulia era por cierto bien distinta de la de las ciudades que los modernos conocemos.

Las casas no estaban unidas ó pegadas unas á otras como las de las poblaciones de nuestros tiempos.

Los pueblos antiguos, guerreros invasores y conquistadores, cuando resolvían quedarse en un país formaban por lo general las ciudades allí donde acampaban sus ejércitos; y las casas que levantaban en el sitio mismo de sus tiendas guardaban entre sí la misma situación que estas en el campamento.

Las calles eran, pues, anchas y rectas, y las casas separadas unas de otras y rodeadas de jardines formados en los espacios intermedios.

No se dice si Bethulia tuvo este origen; pero como quiera que fuese, participaba del carácter y aspecto de las poblaciones de su tiempo.

La presencia de Achior en la calle no podía ménos de llamar la atención de las gentes.

Su traje atraía las miradas, y su persona el interés y la curiosidad de todos.

El pueblo le saludaba con afecto, y le seguía un grupo que se iba haciendo más numeroso de cada instante.

Llegado á la calle de Judith, Achior no osó preguntar por la casa de la noble viuda.

Aunque el pueblo no debía ignorar el gran beneficio que le debía, Achior no sabía bastante de sus usos y costumbres, y no se atrevió á acercarse á Judith, seguro de que al entrar en su casa había de ofender el decoro y el recato que tan escrupulosamente parecía que guardaba la hermosa viuda de Manasés.

Así Achior se limitó á mirar las casas de la calle con la simple curiosidad del extranjero que por vez primera se halla en un país que no conoce.

A los pocos momentos de hallarse Achior en la calle, se dirigió á él un hombre saludándole con amistad.

Era un mancebo de veinte y cinco años, de agraciada y simpática figura, de rostro moreno claro y mirada franca y expresiva.

Llevaba á la espalda un carcaj lleno de flechas, un arco en la mano y una honda ceñida á la cintura.

Se llamaba Ismael.

Pertenecía á una de las primeras familias de la ciudad, y habia estado, invitado por Ozías, en la cena que este dió la noche anterior á su huésped.

Por esto Ismael conocia y era amigo del príncipe amonita.

El jóven hebreo dijo á Achior algunas palabras que expresaban su grande alegría de verle, y le preguntó si habia reposado en su alojamiento.

—Sosegada y tranquilamente hubiera dormido, á no ser por la natural intranquilidad de mi alma. Dijo Ozías que en su casa me hallaba como en la mia propia, y debió decir, que mejor que en la mia, porque ni bajo el techo mismo que me vió nacer respiraria el corazon con tan inefable satisfaccion.

—Piensa, Achior, que todas las casas de Bethulia son para tí la casa de Ozías.

El príncipe dió nuevas gracias á Ismael, y le preguntó:

—Pero ¿cómo vas tú con esos arreos de guerra?

—He de relevar hoy con otros hombres á los que guar-

dan el paso del huerto de Manasés, y por esto llevo mis armas.

Y en seguida Ismael añadió:

—Pero ántes de partir, que vengas, te ruego, conmigo á esa casa de los nogales, donde me acompañarás en el desayuno.

Achior fué con Ismael.

Debajo de un emparrado, á la parte posterior, habia una pequeña mesa con una fuente de sopas de leche, pan y frutas.

Ismael y Achior se sentaron, y comieron.

A la mitad del desayuno se presentó una jóven con un jarro de vino y dos vasos de alabastro que puso sobre la mesa.

Achior se sorprendió al ver su hermosura.

Escanció la jóven el líquido en los vasos, y dijo con dulce pero inseguro acento:

—Bebe, Ismael, y el Señor Dios te preserve de todo mal en el monte.

Y luego dirigiéndose al príncipe, añadió:

—Y tú, Achior, que has venido á nosotros como amigo, por disposicion del Señor Dios, bebe tambien de este líquido, y así te acompañe entre nosotros toda dicha.

—Derrámela el cielo sobre tí tan completa como yo para tí se la pido, hermosa jóven, profirió Achior.

A la voz del guerrero la jóven se estremeció.

Inclinó la cabeza y desapareció.

Achior quedó siguiéndola con la vista.

Y volviendo luego los ojos á Ismael le dijo:

—¿Es esta hermana tuya?

—No; es la mujer que será mi esposa.

—Luz de virtud y de nobleza de alma resplandece en su bello rostro.

—Virtuosa y honrada fue su madre; así he vivido á su lado y al de su padre hasta que murió, este despues que aquella.

La jóven era Zelpha.

—Con su padre estaba pactado el casamiento, prosiguió Ismael; mas fueron de luto por su muerte los siete dias que habian de ser de gozo de la boda.

—Desgracia grande fue para tí.

—Aquello impidió nuestra union, pero pactada está, y se hubiera verificado á no sobrevenir la invasion de nuestra tierra. Si el Señor Dios es servido de darnos la victoria sobre nuestros enemigos, el dia del triunfo de Bethulia será el de mayor alegría para mi ánima, porque ese dia se llamará Zelpha mi esposa.

—Quiera el cielo que logres tu deseo, como se lo pide por tí mi corazón.

Ismael le dijo:

—Es ya la hora de partir y te dejo.

—Yo vuelvo á casa de Ozías á pedirle que señale el servicio que puede prestar mi persona entre vosotros.

Ismael se encaminó á reunirse con sus compañeros, y Achior volvió á la casa de Ozías.

CAPITULO XI.

Medidas del consejo de los ancianos.

El consejo de los ancianos se hallaba reunido en la morada de su presidente.

Este dió cuenta oficial á la asamblea de la respuesta de Jerusalem recibida por conducto de Judith.

Ya todos los ancianos la sabian, y á pesar de esto, no pudieron evitar el sentimiento que les causó oirla de nuevo.

Ozías, valiéndose de las propias razones que á él le habia dado la valerosa viuda para mitigar su pena, hizo presente al consejo lo poco ó nada que podia importarle la falta de tan débil auxilio para mal tan grande como abrumaba la ciudad.

—En eso ya no debemos pensar, añadió Ozías; mas conviene que nos ocupemos en buscar el medio de hacer durar los alimentos y la poca agua que tenemos en las cisternas de la ciudad. Diga, pues, ahora cada uno lo que su opinion le dicte en este punto.

—Lo que es preciso, profirió uno de los ancianos, es distribuir los víveres y el agua que nos quedan, de manera que poca ó mucha no falte á ninguno la parte. Las circunstancias por que atrévesamos hacen necesaria esa igualdad absoluta. Desde este momento nadie debe ser dueño de nada, y todo debe ser de todos. De esta suerte el hambre y la sed tardarán siempre algo más en ponernos en el último trance, en el cual nos vamos á ver mañana mismo si dejamos que se consuman sin orden y sin concierto el agua y los alimentos que nos quedan, y no hay una mano que los sepa distribuir sin que se desperdicien ni se consuman más que los puramente necesarios para que el cuerpo se pueda mantener en pié.

En estas frases formuló el anciano la idea del presidente cuyo pensamiento fue el de todo el consejo.

Aprobado por unanimidad, se resolvió proceder á su ejecución con la premura que las apuradas circunstancias exigian.

Seguidamente se publicó esta orden en todas las plazas de la poblacion :

«OZÍAS, PRÍNCIPE DE BETHULIA, Y EL CONSEJO DE LOS
«ANCIANOS,

«Han ordenado:

«Por cuanto el hambre es el enemigo mayor que han de
«temer todos los habitantes de la ciudad, porque Holofer-
«nes sólo por hambre puede abatirnos, conviene que este
«azote sea léjos de nosotros; y más prontamente vendrá si
«se consumen en pocos dias los víveres que todavía la ciu-
«dad encierra, y más tardará en afligirnos si hacemos de
«modo que duren los alimentos.

«Los hijos de Israel no deben pensar en comer ni en beber para satisfacer la concupiscencia del cuerpo, y si sólo para mantenerle á fin de que no pierda la fuerza para resistir el ejército que los tiene sitiados.

«La salvacion de la patria hace en estos dias iguales á todos los ciudadanos de Bethulia; una misma idea los une á todos, y todos igualmente tienen el deber de mantenerse fuertes y el derecho á participar de lo que hay en la ciudad para no decaer en fuerzas.

«Por tanto el consejo manda que todos los moradores de la ciudad, sin excepcion de ninguno, lleven á la plaza de la Sinagoga toda la harina, y las legumbres y los carneros y las aves y el vino que tengan en sus casas, y allí se establecerá el depósito general de víveres, y todos los dias acudirán las familias, y se repartirá justamente entre todos, porcion por cada cabeza, lo necesario para poder pasar el dia; y asimismo todos los que tengan cisterna, ó depósito de agua ó fuente que mane lo manifestarán al consejo, y de la propia manera será el agua distribuida.

«Y el que ocultare cosa de comer, ó no manifestare que tiene agua, y fuera descubierta la ocultacion, será tenido por mal hermano de los de Bethulia y mal hijos de Israel, y castigado, arrojándole fuera de la ciudad.

«Y esto manda, para que sea cumplido en el dia de hoy, el príncipe Ozías y el consejo de los ancianos.»

Apénas se publicó el edicto, se apresuraron á cumplirlo los habitantes de la ciudad.

En la plaza de la Sinagoga se levantaron tiendas, y se fueron colocando por órden, aquí los sacos de harina, allí

las vacas y los carneros y las cabras, allá las legumbres, y así todo género de alimento, inclusa la fruta seca.

La casa de Judith era sin duda la más provista, como la más rica.

Sus siervos y criados llevaron todo lo que en ella había y comprendía el edicto del consejo, á la plaza de la Sinagoga.

Al ponerse el sol de aquel mismo dia, las familias acudieron á la plaza á tomar la porcion que á cada una tocaba.

Allí no habia clases ni categorías; el señor recibia para sí una porcion igual á la de su criado; el sacerdote, la misma que se daba al esclavo.

Judith acudió como la última de las mujeres de la ciudad.

Achior la divisó de léjos y murmuró:

— ¡Sublime mujer!

Vino la noche.

Achior cenó en compañía del príncipe Ozías.

El guerrero sentia un malestar del alma constante y profundo.

Le imagen de Judith no se apartaba un momento de su mente.

A menudo tenia que llamar á sí toda la fuerza de su voluntad por no parecer distraido al anciano sacerdote, y temeroso de que este adivinase la causa de su distraccion.

El hombre más culto de las sociedades modernas no aventajara á Achior en la discrecion con que sabia ocultar el sentimiento que llenaba todo su pecho.

— Tú me señalarás, dijo á Ozías el puesto que me corresponde entre los defensores de la ciudad, cuando llegue

el momento del peligro; y en tanto dispon de mí como fuere tu voluntad para todo aquello que sea necesario.

—Cuando lleguen esos momentos, tú, con más conocimiento del arte de la guerra, elegirás mejor que yo el sitio que te agrade; y en tanto obra y haz por tí mismo lo que juzgues conveniente: entre nosotros te hallas formando parte de este pueblo que te mira como hermano, profirió el sacerdote.

—Yo corresponderé á su afecto, velando por él lo mismo de dia que de noche.

En este momento penetró en la estancia un enviado del gobernador de la ciudad que el consejo habia nombrado, el cual cada dos horas enviaba noticia á Ozías de las novedades que ocurrían.

El enviado se expresó así:

—De parte del gobernador vengo á decirte que ni en la ciudad ni en las murallas y puestos avanzados ocurre cosa nueva, ni se observa en el campamento enemigo.

El sacerdote despidió al hombre, y dijo al príncipe amonita:

—Seguramente esta noche se pasará sin accidente que nos inquiete; así que vayas, te ruego, á recogerte, que harto velarás y te moverás cuando llegue la ocasion.

Achior se retiró á su aposento; mas no para entregarse al sueño.

La intranquilidad del espíritu no permitía el reposo al cuerpo.

Su alma necesitaba volver á ver á Judith y hablarla; pero ya que esto no era posible, atendido el casi absoluto recogimiento de la vida, y los motivos que sabemos im-

pedían á Achior presentarse á ella y más aun en manifestarle su sentimiento, su alma afanosa anhelaba desahogar al ménos su secreta pena en más ancho espacio que el estrecho de su aposento.

El guerrero amonita, despues de haber pasado largo rato paseando de un extremo á otro de su estancia, se lanzó á la calle.

Como el caminante perdido en el desierto que busca el Norte para orientarse y seguir su camino, así Achior arrojó en la calle una mirada en derredor, diciéndose al poco rato:

—Por allí fuí esta mañana, y hacía ese lado cae la casa de Judith.

El imán no atrae con más fuerza al acero, que el pensamiento de la hermosa viuda los pasos de Achior.

CAPITULO XII.

Una flecha bien dirigida y mal clavada.

Brillaba la luna en el limpio azul del cielo, y era clara y serena la noche.

Achior se dirigió á la calle donde vivia Judith.

Apénas entró en ella, sus pasos resonaron en un corazon, despierto asimismo en aquella hora.

Zelpha se hallaba al pié de su ventana, velando como la noche anterior.

El sentimiento mismo que agitaba el corazon de Achior por Judith, tenia intranquila y velando desasosegada el alma de Zelpha por el guerrero.

La jóven, cuya imaginacion tenia toda la viveza de las hijas de Oriente, habia derramado esencias olorosas y colocado ramos de flores en su estancia, y respirando sus perfumes dejaba volar su pensamiento entre las ondas de su enamorada fantasia. Su amante anhelo se lo figuraba llegando enamorado al pié de su ventana, cuando hirieron sus oidos los pasos de Achior.

Imposible describir la sensación que experimentó Zelpha, cuando asomándose á la ventana balbuceó:

— ¡Él, él!

Sus anhelantes ojos ya no se quitaron de la figura del guerrero.

Este pasaba de una á otra casa, y se detenía en las puertas, y parecía esecuchar por las ventanas.

La enamorada doncella, que no podia sospechar el verdadero imán que atraía al gallardo extranjero, se decía:

— No recuerda la casa que vió esta mañana, y se acerca á todas para reconocer la que busca.

¡Ah! si la impaciente Zelpha tuviera en los ojos la fuerza de la voluntad, ¡cuán presto llegaría Achior á su ventana obligado por el poder de su mirada!

Mas el guerrero vagaba por la calle con la libertad é independencia de su pensamiento, y era preciso aguardar á que de casa en casa llegara hasta su ventana.

¡Cuánto tardaba á la enamorada Zelpha ese instante!

La casa de Judith se hallaba casi frente por frente de la suya.

Achior no se detenía más que breves momentos en cada una de las que inspeccionaba.

Pareciale que la morada de Judith debía respirar en su exterior algo de la celestial hermosura que encerraba, y su corazón no le decía aun:

Aquí está la mujer por quien te afanas.

Llegaba por fin el guerrero á la casa de Zelpha.

Esta, al ver que se aproximaba, se estremeció, y por un impulso instintivo y no meditado cerró la celosía.

Achior llegó al pié de la ventana.

Zelpha estaba allí mirándole y sin respirar.

El príncipe amonita, al aproximarse del todo, percibió el aroma de las esencias derramadas en la cámara.

Achior se abalanzó á la ventana.

A Zelpha le faltó poco para perder el sentido de pura emoción.

— ¡Ah! exclamó Achior. ¡Aquí es sin duda! Ninguna de esas otras viviendas esparcen en derredor tan delicados perfumes. La casa de donde salen es la que encierra su hermosura. En ninguna otra ha respirado el corazón tan suavisimo deleite.

Renunciamos á describir el efecto de esas frases en el alma de Zelpha.

A su sentimiento de profundo amor se unia el conmovedor acento del enamorado corazón de Achior que resonaba en el de Zelpha, haciendo vibrar sus fibras más delicadas.

El guerrero lanzó un suspiro prolongado y profundo, y luego añadió:

— Duerme sin duda... ¡Las deidades protectoras de la hermosura desciendan á ti y velen tu sueño, como yo llego á velarlo al pié de tu ventana, y alejen tristes imágenes de tu frente y dolorosos pesares de tu alma! ¡Quién tuviera poder de hacerse impalpable como el espíritu para penetrar por estas rendijas y llegar á ti, y contemplarte como contempla la mariposa la cándida flor que la enamora, y posarse en tus labios, y beber en ellos dulce miel, como la abeja en las rojas flores del granado! ¡Mas ay! vedada me está tu casa por el día, y sólo puedo suspirar á tu puerta por la noche, como vedada está á mi amor la entrada en tu corazón, que otro más feliz habita, y no tiene el mio

otro consuelo que suspirar de dolor en tu calle, sin la esperanza de bálsamo que alivie la pena y refresque la garganta llagada con el fuego que sale del abrasado pecho.

Zelpha, que oía temblando de gozo y emocion las palabras de Achior, al oír sus últimas frases, profirió:

—No, mi casa no te está vedada, ni cerrado para tí mi corazón.

Achior quedó tan sorprendido al oír la voz, que hasta el movimiento de la sangre se paralizó en su cuerpo.

El acento de Zelpha era asimismo vibrante y enamorado, y penetró hasta el fondo del corazón de Achior, ahogado en aquel instante por dicha tanta que no cabía en él.

Zelpha prosiguió:

—Ninguno habita mi corazón, y sólo tú estás en él. Abierta estuvo mi puerta por el día, y no has entrado: cerrada está por la noche, mas para tí se abrirá. Llega á sus umbrales, mientras mis manos levantan el pestillo...

Zelpha se alejó de la celosía y corrió á la puerta.

Achior permanecía inmóvil como una estatua al pié de la ventana.

Hallábase privado de todo movimiento, embargado el sentido y presa el espíritu del mayor asombro.

El sueño más feliz no hubiera podido igualar á la realidad que tocaba.

Como soñando estaba Achior, sin que la mente ni los sentidos pudieran dar crédito á lo que oía.

Zelpha estuvo un momento detras de la puerta entreabierta, y asomando luego á la calle la hermosa cabeza, dijo al guerrero:

—Mi puerta está abierta, y yo te espero.

Achior sin desplegar los labios, abiertos pero nublados los ojos, y siguiendo la voz que le llamaba, corrió á la puerta.

Una mano pequeña y blanca, y suave como la piel del armiño asió de la suya y le atrajo al interior.

Achior se dejó conducir temblando y sin volver todavía en sí de la sorpresa.

Pocos momentos despues se halló en la cámara de Zelpha.

El aposento estaba casi á oscuras todavía.

Sólo la claridad de la luna penetraba por la cerrada celosía.

A su débil luz la turbada vista de Achior pudo ver la blanca figura de la mujer que tenia delante.

No distinguió ni podia pararse á mirar atentamente su rostro.

Vió sólo su figura como nube vaporosa que envolvía su alma en una felicidad superior á los más bellos sueños de ventura, y al respirar las aromas que embalsamaban la estancia, lanzó un suspiro de suprema dicha que desahogó su oprimido corazón, permitiendo al tremolante labio pronunciar estas frases:

—Ven ¡oh muerte! y corta ahora el hilo de mi vida, si ha de acabar la dicha de este momento.

Apénas Achior dijo esto, la estancia se iluminó á la llama de la lámpara que la sierva de Zelpha entró á poner sobre el candelero.

El guerrero miró entónces al rostro de la mujer, y retirando bruscamente su mano que tenia Zelpha asida todavía, lanzó una exclamacion tal de sorpresa, que podia confundirse con un grito de terror.

El semblante del guerrero se demudó, y bajando los ojos y dejando caer la cabeza sobre el pecho, murmuró:

— ¡No era ella!

La triste Zelpha, perdido de repente el color del semblante, suspendido el aliento en el labio y los latidos del helado corazón en el pecho, quedó mirándole con la vista fija é inmóvil, y empañada su pupila por la nube de un asombro que no se puede describir.

Así estuvo mirando á Achior algunos instantes, y luego inclinó también la hermosa cabeza como la flor herida por la rápida exhalación de una nube de estío.

— ¡Señor Dios, qué es esto! murmuró Zelpha al cabo de un rato.

Luego se acercó pausadamente al guerrero, y con acento trémulo y débil le dijo:

— ¿Por qué te quedas así, y retiras enojado tu mano de la mía?

Achior, confundido y dominado por su propia situación, no supo que responder al punto.

Levantó otra vez los ojos, y al mirar de nuevo el rostro de Zelpha, no pudo ménos de decir en su interior:

— ¡Que hermosa es!

Mas al propio tiempo se dijo también:

— ¡Pero su belleza no es la de Judith!

— ¿No me respondes? añadió Zelpha con acendrado sentimiento. ¿Por qué te asusta de esa suerte el mirarte á mi lado cuando tan grande fue tu deseo?

Zelpha no sospechaba ni remotamente un error por parte del guerrero.

Era sobrado sencilla para maliciarlo, y además seme-

jante ejemplo era muy raro que se diera en las sencillas costumbres de su pueblo, para que Zelpha pudiera figurárselo.

—Perdóname, soy extranjero... no se dé vuestros usos ni de vuestras leyes, y me he detenido al pié de tu ventana donde he hablado conmigo solo, sin pensar que alguno pudiera oír mi voz... profirió Achior balbuciente y casi sin saber lo que decía.

Su sola intencion era entónces disculparse de su error, pero sin manifestarlo á Zelpha.

Ya hemos dicho que los sentimientos de delicadeza eran ingénitos en el corazon del príncipe amonita.

Así comprendia que decir á Zelpha que se habia equivocado era inferir un agravio á una mujer bella y al parecer sencilla, lo cual en todos tiempos ha repugnado á todo corazon de hombre medianamente noble y generoso.

Achior no tenia ya más afan que salir de la presencia de aquella mujer, ante la cual sufrió horriblemente, pero sus palabras no podian en manera alguna satisfacer el deseo de Zelpha de aclarar más el misterio de cambio tan repentino y extraño como el que veia en el guerrero, tan anhelante y tierno al pié de su ventana, y á tal punto frió en una cámara y á su lado.

—¿Por qué has venido? le preguntó.

—Vine sin saberlo.

Zelpha entendió ménos todavía.

—¿Buscabas mi casa?

—No.

—¡No!

—Lo juro por mi ánima.

La triste jóven suspiró con dolor.

Achior miró en su hermoso rostro el sentimiento de su alma, y su noble corazon se conmovió de pesar.

—Pero ¿tú me conocías? volvió Zelpha á preguntar al cabo de un rato.

—No.

—¿No me viste cerca de ti cuando saliste del consejo?

—No te ví.

De los ojos de Zelpha empezaron á brotar lágrimas.

El llanto y el dolor realzaron más y más su belleza á los ojos del príncipe.

Este comprendió la súbita pasion que su presencia habia despertado en el pecho de la jóven.

—¿Por qué lloras?

—¡Lloro la desgracia mia! Yo te ví, mas tú no me viste: ¡yo te amé, pero tú no me amas! profirió Zelpha sin disfrazar su dolor, y declarándolo con la ingenuidad de su corazon no educado para la ficcion ni acostumbrado á dominar sus afectos.

Afectado Achior por el pesar de Zelpha y contristado ante el sentimiento que ella le declaraba y al que no podia corresponder de la misma manera, se apresuró á replicar:

—No digas que yo no te amo, porque en verdad yo amo á todo este pueblo generoso que me ha recibido como su hermano.

Zelpha indicó con un gesto que el cariño de su corazon no podia darse por correspondido y satisfecho con participar del cariño que sentia el caudillo amonita por todo el pueblo de Bethulia.

Al notar esto Achior añadió:

—Pero te amo á tí en particular porque en tu rostro hermoso está escrita toda la nobleza de alma de los hebreos tus hermanos.

El efecto de estas palabras fue el mismo para Zelphâ que el de las anteriores de Achior.

La jóven no dejaba de suspirar ni de verter lágrimas.

Achior, maravillado de lo que veia prosiguió:

—Pero ¿no eres tú la prometida de Ismael?

—Sí.

—¿Cómo entónces me hablas de esa suerte, y puedes tu pecho sentir por mí lo que declaras? ¿Por ventura ya no amas á Ismael?

—Sí le amo.

Achior se acabó de confundir.

—¿Y le amas á él, y me amas á mí?

—No del mismo modo.

—¿Cómo te prometiste con él?

—Mi padre me prometió.

Esta era la costumbre entre los judíos.

Achior se lo explicó todo entónces.

Bajó la noble frente con pesar, y recordando el generoso carácter que parecia tener el prometido de Zelpha, dijo:

—A Ismael debes amar; él te ama sin duda, y tú le ofendes. Yo sé que tu ley tiene un castigo para las mujeres que cometen ciertos delitos.

Zelpha no ignoraba la ley y replicó:

—Yo no soy esposa.

—Pero lo serás

—Si lo manda mi hermano. Muerto mi padre, la autoridad de mi hermano debo conocer, y mi hermano se halla

en Jerusalem. Si mi hermano me ordena que sea Ismael mi esposo, entónces yo le amaré... profirió la doncella, bajando la cabeza con abatimiento, suspirando con amargura y llorando.

Achior la contemplaba con verdadera lástima, conociendo la profunda herida abierta en su tierno corazón.

—Zelpha, tu pena me contrista y me parte el alma; pero yo ofenderia á Ismael, á un hijo de este pueblo al que debo la vida, y no puedo hacer cosa que le cause agravio. Ruega y ora delante del Dios de Israel que es grande y ama á sus hijos, y él te dará el consuelo que no puede dar á tus pesares el desgraciado Achior.

Y al acabar de pronunciar estas palabras, el príncipe amonita salió de la cámara de Zelpha á la calle.

Anduvo cuatro pasos, y se detuvo como si no pudiera con el grave peso del profundo sentimiento que llevaba en el alma.

—¡Infeliz Ismael, continuó, y desgraciada Zelpha, y triste de mí!

Apénas acabó de pronunciar esta última frase el guerrero, lanzó un fuerte grito, llevó la mano al costado, dió algunos pasos vacilante, y cayó á tierra.

Una aguda flecha se habia clavado en su cuerpo.

Zelpha oyó la voz de Achior, y se lanzó á la ventana.

A la luz de la luna le vió tendido en tierra, y exhalando una exclamacion corrió á la calle; mas no pudo llegar á la puerta.

Su corazón se cubrió de angustia, desvaneciése su cabeza, faltáronle las fuerzas, y cayó sin sentido.

CAPITULO XIII.

El Delirio De Achior.

La situacion en que la ciudad se hallaba tenia naturalmente inquietos á todos sus moradores.

El ansia constante habia reemplazado á la calma del dia y el desasosiego á la tranquilidad de la noche.

Las horas de apacible sueño eran de insomnio intranquilo ó de velar amargo.

Algunos de los criados de Judith no dormian, pues, aquella noche.

Oyeron los gritos de la calle que les anunciaron una desgracia, y salieron á prestar auxilio.

Al encontrarse con Achior y verle en aquel estado quedaron mudos de estupor.

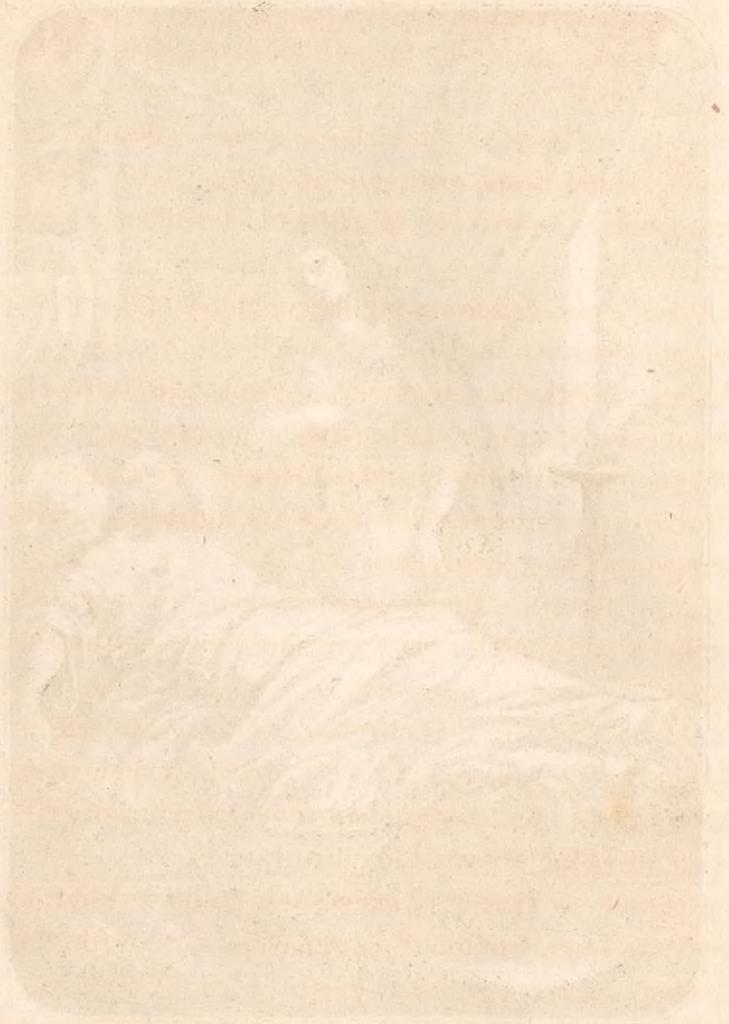
La flecha estaba clavada en su cuerpo.

La herida era ancha, y brotaba de ella un arroyo de sangre.

Cogiéronle en brazos, y le trasladaron á un aposento de la casa.



El delirio de Achior.



THE NURSE

Inmediatamente subió uno de ellos al terrado para avisar á Judith.

Esta bajó precipitadamente.

Al ver al guerrero no fue su asombro menor que el de los criados.

—¿Quién ha podido herirle?... pensó. ¿Qué puede este hombre haber hecho para provocar ese daño? ¿Será esto una maldad ó una alevosía? ¡Qué vergüenza para Bethulia!

Estas ideas cruzaron rápidamente por la sorprendida imaginacion de Judith.

Pero Achior estaba desvanecido por la pérdida de la sangre que abundantemente brotaba de su herida, y no habia tiempo que malgastar en reflexiones y comentarios.

La flecha estaba aun clavada en el muslo, y Judith la arrancó con su propia mano.

Inmediatamente limpió la herida con vino mezclado con aceite, y aplicó á ella hilos y paños empapados en bálsamo de Jericó.

Achior habia perdido el conocimiento, y no veia ni oia.

Puesto el vendaje en el muslo, Judith mandó á cuatro criados que lo tomaran cuidadosamente en brazos, y le hizo conducir al mejor aposento de su casa.

Colocado Achior en el lecho, se le hicieron respirar esencias y se le propinaron otros remedios para reanimar sus fuerzas.

El guerrero volvió en sí al cabo de un rato; pero la pérdida de la sangre fue tanta y á tal extremo se hallaba debilitado, que sin abrir apenas los ojos sucedió al desmayo una especie de sopor lánguido que se convirtió en sueño

cuando á favor de reparadoras sustancias fué cobrando el cuerpo las perdidas fuerzas.

Judith velaba el sueño del guerrero sentaba á la cabecera de su lecho.

La hospitalidad y el hacer bien al extranjero, ademas de ser preceptos de la Ley, eran sentimientos ingénitos en el noble corazon de Judith, y la ilustre viuda de Manasés miraba como si fuera su propio hermano al extranjero herido y amparado bajo el techo de su casa.

La noble fisonomia de Achior hacia más interesante su estado y su persona á los ojos de cualquiera que medianamente supiera leer en el rostro las cualidades del corazon.

Su cara descolorida, que parecia más pálida por la negra y fina barba que la poblaba, partida en dos rizos como era costumbre en los pueblos del Asia, tenia en aquellos momentos una expresion tan simpática, que con dificultad la hubieran mirado indiferentes los ojos de ninguna mujer.

Achior era de gallarda figura y jóven y de hermosas facciones.

Judith le contemplaba en silencio, y de sus hermosos ojos brotaron dos lágrimas.

Quien hubiera visto en aquellos instantes á la noble viuda, quizá la juzgara demasiadamente interesada por el guerrero amonita y sustituido en su alma el antiguo dolor por otro dolor más nuevo.

En verdad le sentia Judith por Achior, pero las lágrimas de sus ojos brotaron arrancadas no por la situacion presente, sino por el recuerdo de una situacion pasada.

Judith pensó en las últimas noches que veló á la cabe-

cera del lecho los últimos instantes del amado y perdido compañero de su vida.

Completo silencio reinaba en la estancia, y nada se oía más que los profundos suspiros del oprimido pecho de Achior.

Judith comprendió pronto que el corazón del guerrero encerraba una pena amarga y profunda.

Nada de extraño tenía esta pena de Achior.

Había sido Achior arrancado por la fuerza de su tierra devastada por el bárbaro invasor; unido luego, contra su voluntad, á su ejército, y se hallaba por fin extranjero en un pueblo que después de abrirle generosamente los brazos de amigo, disparaba contra él la traidora flecha del enemigo.

¿Cómo no había de sentir Achior profunda pena, y aun en sueños, suspirar de dolor y de amargura?

Negras sombras oscurecían á menudo la limpia y despejada frente del guerrero.

Judith, que le observaba con atención, juzgaba de los pesares de su alma por las señales que asomaban al rostro.

De la imaginación del guerrero no se apartaba el mismo pensamiento.

Sus labios no tardaron en formular las imágenes del sueño.

Judith oyó distintamente estas frases, que el príncipe pronunció con dolorido acento:

—Como ciervo abrasado por la sed corrí por montes y collados... cerca llegué del agua clara del arroyo... Frondosos y floridos granados prestaban sombra á su corriente... antes que el agua refrescara mi boca, llegó traidora flecha que atravesó mi costado...

Estas frases llamaron por extremo la atencion de Judith, Evidentemente se referian al suceso que acababa de ocurrir y aun á sus causas; pero no eran bastante claras: decian mucho y decian poco para que Judith pudiese darles recta interpretacion.

Achior volvió á hablar al cabo de un rato.

— ¡Una flor encontré en mi camino... guarnecian sus hojas como brillantes perlas las puras gotas del rocío de la mañana... la flor me brindó con su rocío para que se refrescara mi seco labio... pero yo la miré con desden, y al pasar la holló mi planta, que corria presurosa en busca de la clara fuente rodeada de floridos granados... y llegué cerca de la fuente... mas ántes de mirarme en sus aguas traidora flecha atravesó mi costado!... ¡Pobre flor que me brindó con su rocío y yo la hollé con mi planta! ¡En tierra queda destrozada!

La imaginacion de Judith fluctuaba en un mar de ideas buscando un punto fijo de partida para llegar á la significacion verdadera de tan misteriosas frases.

Pero ninguna de ellas tenia sentido claro: su lenguaje era todo figurado, y aunque este era comun al uso oriental de la época y del país, carecia Judith de todo antecedente, de toda noticia prévia que pudiera darle la clave de la recta interpretacion del sueño de Achior.

Ni remotamente sospechó Judith que pudiese referirse á ella la clara fuente rodeada de floridos granados. Méenos aun pensó lo que podia significar la bella flor hollada por su planta.

Evidentemente la flor era una mujer; el amor de una mujer queria tambien significar la clara fuente.

—Y esas mujeres son hebreas, observó no obstante Judith: lo que de ellas dice se refiere al momento mismo en que la flecha le ha herido... y acaba de serlo ahora... Pero no hace más que un día que Achior está en Bethulia. ¿Qué misterio encierra su sueño? La flecha que le ha herido ¿ha sido tal vez disparada por la mano de la venganza?...

La imaginacion de Judith se perdía en un mar de vagas conjeturas.

La pérdida de la sangre que había sufrido hizo sentir al enfermo uno de los primeros efectos, el de la sed, y Achior, dormido aun, pidió de beber.

Judith llamó, y mandó traer un vaso de vino mezclado con jugo de granada.

Tomó el vaso de manos del siervo, este salió otra vez de la estancia, y Judith se acercó á la cabecera del lecho llamando al herido por su nombre.

CAPITULO XIV.

Un despertar feliz.

Este se estremeció, abrió los ojos despavorido, y al arrojar en torno una mirada anhelante, reparó en la hermosa enfermera y exclamó con indescriptible acento de alegría y á la vez profunda sorpresa:

—¡Judith!

La noble viuda no pudo ménos de notar el tono de acendrado sentimiento que tenia la exclamacion de Achior, como tambien la expresion de su mirada y de todo su semblante.

—Tienes sed, profirió Judith; toma, bebe de este líquido que refrescará tu garganta y reparará tus fuerzas abatidas.

Achior habia despertado de un sueño para entrar en otro.

Sólo así podemos expresar, aunque muy imperfectamente, como quedó al abrir los ojos y mirarse en aquella situacion.

Sin hablar otra palabra, porque el asombro le dejó mudo en los primeros momentos, tomó el vaso y bebió.

Luego volvió á mirar á Judith, y dijo:

—¿No me engañan mis ojos? ¿Eres tú, la mujer que estoy mirando, Judith, ó sueña mi mente, y es lo que creo, ver imágen ó sombra vaga de mi sueño?

Judith añadió entónces:

—Soñabas hace un momento; pero has despertado, y es realidad lo que ahora miras.

—Pero ¿cómo me hallo aquí, de quién es esta casa, y cómo estás tú á mi cabecera? preguntó Achior sin dejar de mirar á Judith, de cuyo rostro no quitaba los ojos más que para girar la mirada en torno como para cerciorarse de que estaba despierto.

—Estás en esta casa porque has sido herido esta noche en la calle, y mis criados han corrido en tu auxilio y te han traído aquí.

Achior recordó entónces rápida y claramente los sucesos de la pasada noche hasta el momento en que perdió el sentido despues de recibir la herida.

Lo demas bien lo hubiera comprendido aunque no se lo dijera Judith.

Recobrada por completo la conciencia de su estado, pensó Achior en los deberes que le imponia su posicion para con el pueblo de Bethulia, y con mesurado acento profirió:

—Otra vez debo gratitud á tus altas mercedes, noble hija de Israel.

—Antes y ahora he cumplido con un deber que me impone mi Ley.

—No por esto debo de estar ménos reconocido al beneficio.

Achior al dirigir estas palabras á Judith la miraba con tal expresion de afecto y á tal punto brillaba en sus ojos el sentimiento de su corazon, que la noble viuda no pudo ménos de ver en él algo más que el profundo reconocimiento que solamente trataba Achior de darle á conocer.

Entónces sospechó que podia tal vez referirse á ella la imágen de la *clara fuente rodeaba de granados*, poblando estos árboles los jardines de su casa.

Pero en el momento de concebirla, alejó Judith esta idea de su mente y preguntó al guerrero:

—Pero dime, te ruego, cómo fuiste herido y por quién.

—No sé cómo ni quién me ha herido.

—¿Te hallabas solo en la calle?

—Solo estaba en ella.

Achior dió acerca de esto á Judith la misma explicacion ó pretexto que habia dado al siervo de Ozías, y luego añadió:

—Y respecto á la mano que disparó la flecha que me ha herido, quizá probaba su arco algun saetero, y, sin él quererlo, ha venido á mí la saeta perdida.

La verdad era que Achior no podia pensar otra cosa.

—Fácil es que así sea, porque no cabe imaginar que haya en Bethulia odio ni mala voluntad contra tí, profirió Judith.

Pero esta explicacion no la satisfizo.

Recordaba, como no podia ménos, el sueño de Achior, y el sentido profundo aunque misterioso de sus palabras indicaba que lo sucedido tenia otro origen que el de la casualidad.

Judith le dijo entónces :

—Has tenido un sueño muy agitado.

Achior hizo un movimiento de sensacion.

Recordó que Judith le habia dicho ántes que soñaba, y sospechó que habia hablado en el sueño.

Esta idea le mortificó cruelmente.

Pensó que tal vez habia pronunciado el nombre de la casta viuda, y que la imaginacion en sueños, no sujeta por la voluntad dormida, habia hecho proferir al labio palabras que declararan lo que él habia jurado tener encerrado y muerto para todos en el fondo del corazon como en un sepulcro.

—¿He soñado?... preguntó con temor.

—Sí.

—¿Y qué dije?

—Palabras aisladas... sin enlace... y de extraño sentido.

Achior hubiera sentido tanto haber revelado en el sueño su amor á Judith, como la aventura de aquella noche.

El la amaba, y aunque habia resuelto ocultarle su passion, guardaba á su amor la misma fidelidad que si fuera declarado y correspondido.

El amor que es verdadero
Se alimenta de sí mismo,

ha dicho un profundo poeta contemporáneo; y esto le sucedia al amor del caudillo amonita.

Lo alimentaba en su pecho la propia llama que en él lo habia encendido.

Achior no queria, pues, que Judith sospechara en él una

pasion que en verdad no sentia ni podia sentir por otra mujer.

En la incertidumbre de haber revelado en el sueño algo que pudiera dar margen á que Judith sospechara otra cosa distinta de lo que habia sucedido, prefirió revelarle la extraña aventura de aquella noche.

Concluyó Achior su relato, y entónces se explicó Judith lo de la *flor que le ofreció* el rocío de sus hojas, y vió ya claro dónde estaba la *fuelle rodeada de floridos granados*.

Lamentó Judith la desgracia de Zelpha, conociendo por lo que decia Achior cuán léjos estaba el corazon de este de los deseos de la enamorada doncella, y lamentó asimismo que los ojos del extraniero se hubiesen fijado en la hermosura suya, de que hombre alguno habia de ser dueño.

La plática parecia ya á Judith demasiado larga para la debilidad que debia sentir Achior, y le exhortó á que procurara de nuevo el reposo.

Achior no vió nada en Judith que le revelara la menor sospecha acerca del género de afecto que él sentia por ella.

El caudillo amonita se esforzaba en disimularlo, aunque no conseguia del todo su propósito, porque á menudo vendian el secreto del corazon la melancolía de sus miradas ó el temblor de su acento.

Ménos violencia se hacia Judith, á quien no habia de costar tanto el ser lo bastante discreta para no dar á conocer que adivinaba lo que Achior queria ocultar.

—Cerca de tí, dijo Judith al salir de la cámara, quedan mis siervos á tu cuidado y velando tu persona: á tu voz acudirán y volveré yo tambien si mi presencia es necesaria.

Achior volvió á dar gracias á la hermosa hebrea, y esta, despidiéndose, le dijo:

—El Señor Dios quede contigo y te dé sueño reparador que tranquilice tu espíritu y haga bien á tu cuerpo.

Después de dar á sus criados la orden de que estuvieran atentos á la menor insinuación del enfermo, volvió á la humilde habitación que ocupaba.

Postróse allí de rodillas delante del Señor, orando por la salud de Achior y para que el Altísimo apartara de su mente la imagen suya que no podía servirle más que de eterno tormento.

Judith estuvo orando todo el tiempo que tardó en amanecer.

Al apuntar el alba, bajó de su aposento y envió á llamar á Ozías con urgencia.

El anciano sacerdote acudió precipitadamente á su llamamiento.

Judith le explicó como tenía á Achior en su casa, sin decirle empero lo que en particular este le había revelado.

Ozías se asombró, como no podía ménos, mostrándose indignado por el daño que el caudillo amonita había recibido.

CAPITULO XV.

Donde se descubre la mano que disparó la flecha.

La saeta que habia herido al guerrero, y que Judith habia arrancado por su mano de su costado, estaba encima de una mesa cerca de la cama del enfermo.

Ozías la vió y dijo:

—¿Es esta la flecha que le ha herido?

—La misma.

La curiosidad hizo que Ozías la tomara y examinara.

—Aquí hay escrito un nombre... profirió.

—¡Un nombre! dijo Judith.

En el hierro estaba grabada con la punta de un cuchillo esta palabra: *Ismael*.

—¿Quién será este Ismael? preguntó Ozías.

—El Señor Dios me perdone, profirió Judith, pero creo conocer al dueño de esta saeta.

Por asociacion de ideas y recordando algunas del sueño de Achior, tuvo Judith esta sospecha.

—Dime quién es este Ismael, le rogó Ozías.

—El Señor me perdone, pero podría ser el hijo del anciano Zuruch.

—Permite que lleve la saeta conmigo.

—Si la pides como autoridad suprema, no necesitas mi permiso para llevarla.

—Yo daré cuenta al consejo, y se sabrá la verdad de este triste acontecimiento.

El sacerdote observó luego á Judith.

—Dime si está bien en tu casa el enfermo.

—Bien está en ella, si los cuidados míos y los de mis criados son bastantes á su daño.

—Dime si tienes otro reparo.

—Sabes bien la vida que llevo desde la muerte de mi marido; mas no quisiera que mis votos perjudicaran la caridad con este extranjero, herido entre nosotros y por uno de los hijos de Bethulia.

—Quede aquí, por ahora, si tu fama lo consiente, profirió Ozías; el pueblo conoce tu virtud y sabe los sentimientos de tu caridad; y ¿quién osará afeár á la viuda de Manasés una accion tan generosa? No creo prudente trasladar ahora al enfermo.

—A lo que juzga prudente tu ancianidad se allana mi opinion.

—Entónces bien está aquí. Yo enviaré al punto quien le cure segun el arte.

De tal manera concurrieron las circunstancias para que Achior quedara hospedado en la casa de la mujer que amaba.

Ozías, despues de haber enviado á la morada de Judith á dos sacerdotes los más conoedores en el arte de curar, reunió apresuradamente el consejo.

Dió cuenta de lo que acababa de suceder, y presentó la flecha teñida con la sangre de Achior como prueba de delito.

Uno de los ancianos lanzó una fuerte exclamacion.

Se llamaba Zuruch.

Al oír el nombre que estaba escrito en la saeta, exclamó:

— ¡Mi hijo!

El presidente Ozías se apresuró á preguntarle:

— ¿Reconoces tú esta saeta como arma que pertenece á tu hijo?

El anciano la examinó y profirió:

— No lo puedo decir en verdad, y no es la flecha sino el nombre que lleva lo que me ha sobresaltado.

— ¿Sabes tú si Ismael tiene enemistad con Achior?

— No por cierto: pero ¿cómo ha de tenerla? Hace dos dias que ese extranjero se halla entre nosotros; si mi hijo le conoce, será de la cena en que estuvo con él en tu casa: no creo que le haya vuelto á ver. Además, pensad que mi hijo se hallaba la pasada noche fuera de la ciudad guarneciendo los collados del huerto de Manasés; quizá á esta hora todavía no ha vuelto.

— Conviene examinarle, observó otro de los ancianos.

— Voy á mandarle llamar, profirió el presidente.

Y dirigiéndose al viejo Zuruch, añadió:

— Tú puedes retirarte si lo deseas.

El anciano replicó:

— ¿Por ventura interesa á alguno más que á mí este juicio? Como juez y como padre deseo estar en él.

— El consejo comprende tu derecho y ve asimismo tu deber.

Ozías llamó á dos agentes y les mandó en busca de Ismael encargándoles que lo condujeran ante el consejo.

Poco tardó en presentarse el jóven.

Absorto de verse llamado por el superior tribunal, se presentó confuso.

Los ancianos creyeron ver en el aspecto del mancebo un síntoma de criminalidad.

Presentósele la flecha ensangrentada, y le preguntó el presidente:

—¿Conoces esta arma?

Ismael, al ver la sangre en la saeta, profirió con acento consternado:

—¡Dios de Jacob!

—Dí si conoces esta saeta.

—¡Mia es!... respondió dejando caer la cabeza sobre el pecho con mortal abatimiento.

Y al propio tiempo murmuró:

—¡Dios de Israel! ¡La he muerto!

El consejo entendió que Ismael decia: *Le he muerto.*

Los ancianos se miraron unos á otros.

El padre del jóven bajó la frente con dolor y lleno de vergüenza.

El presidente preguntó:

—¿Qué daño te habia hecho el ánima á quien heriste?

—Ninguno.

—Entónces heriste por perversidad de corazon.

—¡No, por el Dios de Jacob! ¡Si la amo más que á mi vida!

El consejo no entendió estas frases.

Ozías preguntó:

—¿A quién amas más que á tu vida?

—A Zelpha.

—¿Y qué tiene que ver Zelpha en este asunto?

Aquí Ismael miró nuevamente asombrado á Ozías, y á su vez preguntó:

—¿No es Zelpha la herida ó la muerta?

La confusion se iba apoderando de los jueces y del reo á medida que más se hablaba para hacer brotar la luz de la verdad.

—No, es un hombre el herido; y pues tú reconoces como tuya esta flecha, explica cómo y por qué has disparado contra él.

Ismael respiró y dijo:

—Perdone el inocente, y castigue el tribunal de los ancianos el delito que sin saberlo he cometido contra toda mi voluntad. Yo diré cómo esto ha podido suceder. Sabeis algunos de vosotros, y no ignoran muchos de la ciudad, que Zelpha, hija de Mateo, es mi prometida esposa. Sabe asimismo el consejo que yo estuve la pasada noche guarneciendo los collados del huerto de Manasés. El sitio en que yo me hallaba mira derechamente á la casa de Zelpha. En línea recta sabreis, si lo examinais, que la distancia no es de un tiro de ballesta. Yo pensaba en mi amada y miraba á su casa y á su puerta. Pensando en ella me dije:—¿Quién le dijera ahora que yo la tengo fija en mi pensamiento? Y entónces me ocurrió disparar una flecha que se clavara en su puerta. Antes de arrojarla escribí en ella mi nombre, grabándolo con la punta de un cuchillo, y me dije: Así, al oír el golpe, abrirá la puerta, arrancará la saeta, y al reconocerla verá que velo sin olvidarla.

El viejo Zuruch al oír estas palabras levantó la frente con satisfacción, desahogándose con un suspiro de la pena profunda que llenaba su pecho.

Los demás ancianos no pudieron ménos de adquirir un perfecto convencimiento moral de la inocencia de Ismael, comprendiendo que una triste casualidad, y en manera alguna la intencion deliberada del jóven, habia derramado la sangre del noble extranjero.

Ismael no ignoraba que la ballesta disparada por él habia causado una herida que quizá era de muerte á un hombre, y preguntó :

—Pero decidme, os ruego, quién es el herido, para ir á arrojarle á sus plantas y pedirle perdon.

—¡El herido es Achior!

—¡Achior! exclamó Ismael con vivo dolor. Yo que le estreché en la misma mañana de ayer la diestra como su mejor amigo, yo que le invité á comer y beber en la casa misma de Zelpha... ¡yo he podido herirle!...

En este instante cruzó rápida por la mente de Ismael una sospecha que asaltó asimismo á los ancianos del consejo : ¿Qué hacia Achior á tales horas en la calle y en la puerta de Zelpha, puesto que á este punto fue dirigida la ballesta?

El presidente ordenó á Ismael que pasara por algunos momentos á otra sala.

Deliberando los ancianos acerca de la declaracion del jóven, Ozías dijo :

—El hecho en mi opinion está naturalmente explicado. Yo creo que Ismael ha dicho verdad.

Todos los ancianos fueron de este mismo sentir.

—Con todo, observó el presidente, bueno fuera llamar á los que han estado con él esta noche.

Acoñdado por el consejo, se presentaron á él los compañeros de Ismael.

Preguntados, afirmaron cuanto este habia dicho, asegurando que no les habia abandonado en toda la noche, que habia estado de centinela en el punto preciso que aquel dijera, y que en efecto, desde allí se veia claramente la casa de la jóven Zelpha, distante un tiro corto de ballesta del monte.

Los testigos juraron por el Dios de Israel que habian dicho verdad en todo, y fueron despachados.

El consejo deliberó.

Al cabo de poco rato fue llamado nuevamente Ismael.

El presidente le dijo :

—Por cuanto resulta verdad, segun lo que afirmaron los que contigo estuvieron la pasada noche, lo que tú has dicho sobre el modo como la has ocupado, y pareciendo al consejo que puede ser así mismo verdadero lo que has manifestado sobre tu intencion al disparar la saeta que se clavó en el costado de Achior, el consejo no cree justo proceder á tu prision, y te deja libre en la ciudad, mediante tu juramento de que no huirás, y estarás á sus órdenes y mandato, para todo lo que resulte de las nuevas averiguaciones que se practicarán para poner en claro toda la verdad. ¿Juras por el Dios de Israel no sustraerte á los mandatos del consejo?

—Sí, juro, respondió Ismael.

—Libre quedas para volver á tu casa ó adónde más te agrade, profirió el presidente.

Izmael hizo una profunda reverencia y abandonó la sala del tribunal.

Su padre el anciano Zuruch se levantó de su asiento y siguió al jóven.

Alcanzóle, y arrojándose á su cuello le estrechó contra su pecho.

Luego, desprendiéndose de él suavemente, profirió en tono sentencioso :

—Dardo agudo atravesó el costado de Achior, mas la herida será sanada, porque no ha llegado al corazon : ¡ay del hombre cuyo corazon recibe la flecha en el fondo! La herida será de muerte y no sanará.

Estas frases del anciano resonaron dolorosamente en el pecho de Ismael.

CAPITULO XVI.

El amor de Zelpha.

No sin haber apurado todos los recursos las siervas de Zelpha, consiguieron al cabo de largo espacio de tiempo que volviera en sí su ama y señora.

Como quien despierta de un sueño abrió los ojos y miró despavorida en derredor.

Su despertar fue en verdad más amargo que el de Achior.

Después de la suprema dicha que ya había empezado á gozar creyéndose amada por él, fue más cruel la desgracia del cierto desamor que en el guerrero había visto.

Pero también en el corazón de Zelpha su amor verdadero se alimentaba de sí mismo, y por más que sus ojos lloraban el desden del hombre amado con lágrimas amargas que brotaban del fondo del destrozado corazón, no podía borrarse de su mente su querido recuerdo, y lejos de querer apartarle de sí, su memoria le retenía en su imaginación y prefería el tormento á la calma del olvido.

Zelpha mandó despejar á sus siervas, y quedó con la que merecia su confianza y á la cual ya habia comunicado su sentimiento por el guerrero amonita.

—Pero dime, dime, ¿qué ha sido de él? preguntó con afán á su sierva; yo le he visto caer y con la saeta clavada en su cuerpo.

—Cese tu cuidado, porque la herida no es de muerte.

—¿Y quién le llevó de la calle?

—Los criados de Judith.

—¿Y á dónde le llevaron?

—A su misma casa.

—¿Está Achior en casa de Judith?

—Allí queda: y nunca en verdad pudiera estar mejor asistido, porque es ella misma quien le asiste.

Estas palabras hicieron un efecto extraño en el corazón de Zelpha.

La naturaleza tiene arcanos y misterios desconocidos, y nadie ha podido jamás explicar cómo el corazón presiente el bien ó el daño que le ha de sobrevenir.

Y este fenómeno se observa más comunmente en el amor.

El corazón de la mujer tiene en esto una percepción tan exquisita, una doble vista, digámoslo así, tan admirable, que no hay objetos ni distancias que le sean obstáculo para sentir y ver lo que puede interesarle respecto del hombre á quien ama.

Zelpha no hubiera podido explicar el por qué del súbito y nuevo tormento que sintió su corazón; pero no por falta de explicación lo sentia ménos.

La sierva era maliciosa y taimada.

Zelpha le explicó punto por punto toda la conversacion que habia tenido con el extranjero.

La sierva no sólo no perdió una palabra, sino que pesó todas las que dijo su ama.

—Ya ves cómo te engañabas, profirió Zelpha con acerbo dolor, al creer que Achior vendria por mí.

—En verdad me engañé, pero no en todo.

—¿No en todo?

—Yo dije que volveria á esta calle por la noche, y mira tú si volvió.

—Pero dijiste que volveria...

—Por ver á una mujer, interrumpió la esclava.

—Sí.

—Y en eso no me engañé.

—¿Que no te engañaste?

—No; y lo mismo digo ahora.

Zelpha miró á su esclava como el que no comprende lo que está oyendo.

—Achior, prosiguió la sierva, vino á esta calle para ver á una mujer: esto pensé yo, y ahora digo que ya la ha visto.

—Pero esa mujer no soy yo...

—No.

—¿Quién entónces?

—Judith.

—¡Judith! exclamó Zelpha asombrada.

—Ella.

—¿Cómo sospechas eso?

—No lo sospecho, lo sé.

—¿Quién te lo ha dicho?

— Achior.

— ¡Él! profirió la inocente Zelpha que iba de sorpresa en sorpresa arrastrada por la voz de su esclava, sintiendo á cada palabra suya herido el corazón, como á cada paso siente heridos los piés el que corre empujado por un terreno escabroso y no conocido.

— Sí, él; porque claro está lo que digo en las palabras que él te ha dicho á tí, y como tú me las repites ahora, yo las oigo como si de su propia boca las oyera, y juzgo de lo que dicen como si á mí él mismo lo dijera.

En vano Zelpha hizo observaciones contra semejante modo de raciocinar tan extraño para ella.

— Si las palabras amorosas que salieron de sus labios al pié de tu ventana no iban á tí dirigidas, ¿á qué otra mujer de esta calle podían ir encaminadas? Si no es tu belleza la que aquí le trajo, ¿qué otra puede ser que la de Judith?

La sencilla Zelpha, que ya veía en las palabras de su esclava explicado su pesar al saber que Achior se hallaba en casa de la hermosa viuda, no tardó en convencerse de ese nuevo daño.

Su pobre corazón se rompía de dolor, y sus ojos eran dos fuentes de lágrimas que por más que corrian, no bastaban á agotar la amargura de su pecho.

— No desesperes por esto, dijo la sierva.

— ¡Que no desespere, y veo que no sólo no me ama, sino que suspira por otra!... ¿Qué esperanza me resta?

— La de que Judith no le ama ni le amará.

— ¡Que no le ama! Sí, le ama, profirió Zelpha con tan dolorosa como profunda convicción.

Amándole como ella le amaba, no podía concebir que otra mujer dejara de amarle.

—Juraré yo por mi ánima, que Judith no ama ni amará á Achior, repitió la esclava con acento tan seguro que alentó de nuevo el abatido espíritu de Zelpha.

—¿Por qué así afirmas cosa que no has visto?

—He visto cómo queria Judith en vida á su marido, cómo le quiere despues de muerto.

—Tambien yo queria y quiero á Ismael; pero no como á Achior, dijo Zelpha juzgando por el suyo el corazon ajeno. Pero ¿quién le hirió? exclamó de pronto. Dime tú quién pudo herirle.

En este instante penetró Ismael en el aposento.

Zelpha se hallaba reclinada en un divan.

En su rostro se veian impresas las huellas del tormento cruel del alma.

Ismael adelantó pausadamente hácia la jóven.

La sierva salió de la cámara.

Ismael fijó la mirada en el rostro de Zelpha, y profirió:

—¿Estás enferma, mi amada? ¿Cómo son hoy en tu bello semblante pálidas azucenas las que eran ayer rosas purpurinas?

Zelpha le respondió que en verdad se sentia enferma.

—¿Qué mal te aqueja?

—Grande es el que sufro.

—¿Cuál es la causa?

—Un hombre, respondió sencillamente la jóven.

Ismael quedó asombrado.

—Dime su nombre.

—Achior se llama.

Al oír esta frase, Ismael quedó atónito.

Al cabo de un rato profirió:

—¿Y cómo ha causado Achior ese daño?

—Con el daño que él padece.

Zelpha explicó lo sucedido la noche anterior, relatando punto por punto el suceso, desde que el guerrero se detuvo al pié de su ventana hasta que fue herido.

Ismael mudaba á cada palabra de la jóven el color del rostro.

Todos los esfuerzos de la voluntad bastaban apénas para contener la tempestad de los celos encerrados en su abrazado pecho pronto á estallar.

El semblante alterado y las contracciones de fisonomía de Ismael formaban particular contraste con la sencillez de la palabra de Zelpha.

Al fin el jóven no pudo más y exclamó:

—¡Ah! ¡tú amas á Achior!

—Sí, le amo, repuso Zelpha con una ingenuidad desesperadora para el mancebo.

Este trató de averiguar un fenómeno que no comprendía siendo él el prometido de la jóven; mas las frases de esta le dieron presto la natural explicacion.

Ismael fue bastante noble y generoso para no acriminar á su prometida por el sentimiento que tan espontáneamente habia nacido en su corazon, considerando que no era todavía su esposa, y que su union proyectada no reconocia por origen el amor recíproco de sus corazones.

Entónces conoció Ismael que sólo como se ama á un hermano era él amado por la que estaba destinada á ser su esposa.

Muy otro era el sentimiento de Ismael por ella: el mancebo la amaba con toda la fuerza del amor en los primeros años de su juventud.

— ¡Dios de Israel! exclamó al cabo de un rato de silencio: ¡pluguiera al cielo que la flecha disparada por mi arco hundiera en mitad de mi corazón en vez de clavarse en el costado de Achior!

Al oír esto, Zelpha se incorporó súbitamente, y mirando fijamente á Ismael profirió:

— ¡Tú, tú le has herido!...

Y apartando la vista con horror del rostro del mancebo se cubrió el suyo con las manos.

Ismael quedó mudo de dolor con la vista fija en el suelo y los brazos caídos, expresión del profundo abatimiento de su espíritu.

Esta acción de Zelpha indicaba no sólo el alto grado de su afecto hácia Achior, sino la repugnancia que le inspiraba Ismael.

CAPITULO XVII.

Achior é Ismael.

El triste mancebo exclamó al cabo de un rato :

— ¡ Ya no es bastante el dejar de ser amado , sino que he de ser aborrecido ! ¿ Dónde hallaré fuerzas para resistir este golpe ? Yo que al pensar un dia que podia perder su cariño me llené de horror , ¿ cómo resignarme ahora á su odio ? Mi mano ha vertido la sangre de Achior , es cierto ; mas ¿ cuándo tuve yo intencion de herirle ? Yo que venia para arrojarme á sus plantas y pedirle perdon... ahora veo que la herida que él me ha causado es más grande que la que de mí ha recibido : él sanará de la suya , la mia me llevará al sepulcro ; porque la saeta que salió de mi arco se clavó en su costado y no llegó á las entrañas , y el dardo que él ha disparado á mi espalda ha penetrado hasta mi corazon y lo ha partido .

Zelpha levantó entónces la cabeza y profirió :

— No quieras hacer á Achior delincuente de tu daño .

Ismael arrojó una mirada severa á la jóven , y repuso :

—¿Por ventura está exento de culpa?

—Sí.

—¿De quién es entónces?

—Suya ño, porque nada hizo él para despertar mi cariño: Achior me dijo que sólo á tí debia yo amar.

Ismael pidió más extensas explicaciones á la jóven.

Por ellas se convenció de la suma honradez del príncipe amonita, y vió asimismo que Zelpha era ménos culpable de lo que parecia.

Su mudanza no lo habia sido en verdad; porque seguia teniendo el mismo afecto á Ismael. A este le amaba como se ama á un amigo de la niñez, á un hermano.

Su afecto hácia el extranjero era muy distinto.

El sentimiento mismo que llenaba el corazon de Zelpha la hizo elocuente hablando con su prometido, y le convenció de su inocencia, puesto que no habia vendido ni burlado su afecto.

—¡Yo no seré la esposa de Achior! profirió con lastimero acento: él no me ama, y no sé si mi hermano me otorgaria licencia; pero este es el amor que anida en mi pecho, y si á tí te ofende, perdónale, te ruego, que no por él he dejado de amarte como te amaba. Otro es el amor de Achior, por otra y no por mí suspira.

Ismael no paró la atencion en estas frases.

El dolor que le embargaba no consentia otras reflexiones á su mente que las que nacia de su propio estado.

De una parte no podia quejarse de Achior; de otra contemplaba el sufrimiento de Zelpha, á la cual tampoco podia considerar culpable, siendo evidente que su afecto no dimanaba de su voluntad ni de un carácter mudable y pérfido.

Ismael contempló en silencio á su amada por espacio de algunos segundos, y luego dijo:

—No está en mi mano aliviar el tormento de tu ánima. Desgracia mia ha sido no merecer de tí el sentimiento que despertó Achior en tu pecho: yo juzgué que me amabas, y veo que me engañé... Yo no puedo consolar tu pena, mas ¿quién consolará la mia?

El mancebo abandonó la casa de su amada y se dirigió á la de Judith.

Introducido á la presencia de Achior, se acercó al lecho, y postrándose, profirió:

—Mi mano disparó la flecha que te ha herido; mas el Señor Dios me es testigo de que no fue mi intencion herirte. A tus piés estoy pidiéndote que me perdones.

—Levanta, Ismael, dijo Achior con acento lleno de cariño y tendiéndole la mano; nada he de perdonarte, porque ningun daño me has hecho; mi herida no es grave, y presto sanaré de ella.

Ismael explicó al guerrero lo mismo que habia manifestado al consejo.

Al oírle, el príncipe amonita vió la situacion del jóven enamorado á quien en los momentos en que más acendrado y puro es su amor le falta el de la mujer que ama; y compadecido de la triste situacion del jóven le estrechó fuertemente la diestra para mostrarle toda su amistad.

Ismael repitió entónces aquellas palabras que habia dicho á Zelpha:

—¡Pluguiera al cielo que la saeta retrocediera en mitad del camino, y volviendo á mí se clavara en mitad de mi corazon!

Estas palabras hicieron profunda sensacion en el principe.

Algun otro motivo quizá más grave que la pena de haberle involuntariamente herido, las ponía en boca del mancebo.

Achior sospechó que Ismael no estaba ignorante de lo sucedido la noche anterior.

¡Qué profunda pena la suya!

¡Cómo sentía todo el dolor que destrozaba el corazón del mancebo!

Ninguno mejor podía comprenderlo, hallándose el suyo en situacion parecida si no más triste.

Achior lamentaba el estado de Ismael, y en su interior se decía:

—Tú puedes á lo ménos dar salida á tu sentimiento... ¡Ay de mí, que he de sofocarlo y devorarlo en silencio dentro del corazón!

Ismael vió en su rostro las señales de su cruel sufrimiento, y atribuyéndolas al daño físico que le tenía en el lecho, profirió:

—Hánme prevenido que fuera breve en la conversacion contigo, á causa de tu estado, y te dejo; mas no por esto he de olvidarme del deber que en esta ocasion tengo contigo: Judith tiene en mí un criado más para emplearlo en tu auxilio.

Que el Dios de Israel oiga mi ruego y te saque en breve sano del lecho.

—Él esté siempre contigo, Ismael, y te conceda todo el bien de cuerpo y de alma que merecen tu generosidad y la lealtad de tus sentimientos.

Ismael alzó los ojos tristemente al cielo y abandonó el aposento.

Seguidamente Ismael fué á ponerse á las órdenes de Judith.

Esta le dijo:

—Criados bastantes hay en mi casa para servirle, Ismael; acude tú adonde quizá sea tu presencia más necesaria.

Ismael era uno de los jóvenes más esforzados de la ciudad y que mayores simpatías gozaba en ella, y en aquellos dias de constante peligro juzgó Judith que podia hacer falta á otro lado donde su persona prestara servicio más importante que junto al lecho de Achior.

—Yo le he herido, profirió el joven hebreo, y quede, te ruego, á mi ánima el consuelo de servirle.

De la casa de Judith volvió Ismael á la de Zelpha.

Esta se hallaba en la ventana.

El mancebo la vió salir, y se dijo:

—Me espera... mas ¡ay! no me espera por mí sino por él...

Y al pronunciar estas palabras salió de sus labios un suspiro de amarguísimo sentimiento.

Zelpha le preguntó con la anhelante mirada, y el joven profirió:

—No ha querido el Señor Dios que la herida fuese tan grave que pudiera causar su muerte; al contrario, sanará.

—¡Bendito sea el Señor! exclamó Zelpha con el acento de su amor acendrado.

—Yo conocí que tú estarias afanosa, y por esto he vuelto... dijo Ismael con amargura.

—Gracias te doy por ello, profirió Zelpha con la más viva gratitud y mirando al jóven con toda la efusion de un afecto verdadero.

¡Cuánto daño hacían semejantes muestras á Ismael!

Sin embargo nunca las habia tenido distintas.

Zelpha le habia amado siempre de aquella suerte.

Pero el mancebo no sabia que pudiera haber otro más vivo afecto en el corazon de su amada, y ménos podia presumir que despertara en él otro inspirado por otro hombre.

Hé aquí como Zelpha era en el fondo inocente, siendo al propio tiempo la causa del gravísimo daño que Ismael sufría.

Este no podia quejarse en verdad á persona alguna.

No tenia más remedio que hacerse superior á su desgracia ó dejarse avasallar por ella y morir.

¡Triste situacion la suya!

—Y dime, preguntó Zelpha con aquella su ingenuidad que si revelaba la sencillez de su corazon, no por esto mortificaba ménos á Ismael; dime: ¿le sirve Judith?

—Sí

—¡Ah! suspiró la doncella.

El jóven fijó en su rostro una mirada, y dijo:

—¿Por qué suspiras?

—Porque Judith ama á Achior, profirió Zelpha.

—¡Ah! ¡calla! ¡calla! ¿Por ventura juzgas tú que es como el tuyo el corazon de todas las mujeres de Bethulia?

Eso en verdad creia Zelpha, como lo cree siempre toda mujer que ama.

—¡Y Judith! prosiguió el mancebo; el modelo de las esposas, el espejo de castidad de las doncellas, ¿crees tú

que fuera capaz de faltar así á la memoria de Manasés? ¿Y cómo has podido tener semejante pensamiento?

—El mismo Achior lo ha dicho.

—¡Achior!

Zelpha habia repetido las palabras que á ella dijera su sierva.

—Ya te dije lo que pronunciaron sus labios al pié de mi ventana.

—¡Será posible! pensó Ismael.

Pero seguidamente rectificó su pensamiento, y dijo á la doncella :

—¿Acaso salió de su boca el nombre de Judith?... No me has dicho que lo pronunciara...

—No.

—¿Qué pruebas tienes, entónces, para asegurar que estuviera ella en su pensamiento?

Zelpha miró á Ismael casi con júbilo.

Con mayor facilidad que habia creído en la pasion de Achior á Judith , se persuadió con sólo esta razon de que semejante amor no existia.

Este es el amor, este el corazon de la mujer.

CAPITULO XVIII.

El hambre y la sed.

Harto escasas eran las provisiones reunidas de los moradores de Bethulia para sus necesidades.

En vano se limitó desde el primer día la porcion que á cada familia tocaba segun el número de sus individuos. Los efectos de la escasez se notaron bien pronto en todas las edades y á la vez en hombres y mujeres.

Ya el esposo apartaba los ojos por no ver las dolorosas señales de la falta de alimento en el rostro de su amada compañera, ya las esposas en ausencia de sus maridos vertian lágrimas amargas, ya los niños pedian llorando un pedazo de pan, y los ancianos se privaban voluntariamente de su alimento, resignados á morir con tal de acallar el hambre de sus nietos ó para aumentar la porcion de sus hijos, más útiles por su juventud á la defensa de la patria.

Y á medida que la necesidad se hacia más sensible,

aumentaban los actos de sublime abnegacion , así como se daban por otra parte ejemplos horrosos.

El hambre producía en este sentido efectos contrarios según la fortaleza de los individuos.

Mientras unos se dejaban morir por alargar la vida y dar sosten á un sér querido, otros acosados por una necesidad superior á su reflexion y á su fortaleza pasaban por encima de todos los afectos, y rompiendo los vínculos más sagrados sacrificaban al espíritu de propia conservacion todos los elevados sentimientos del alma.

El hambre se dejaba ya sentir demasiado para que pudiera sufrirla en silencio la generalidad del pueblo.

Ya las murmuraciones eran más frecuentes que las frases de mutuo consuelo , y volvía á cundir la idea de entregarse al bárbaro sitiador.

Pero la autoridad del consejo y del príncipe Ozías era todavía superior á los efectos del sufrimiento del pueblo, y este se disolvía á las primeras reflexiones siempre que se agrupaba para quejarse.

Pero un enemigo mayor y más terrible que el hambre debía afligir á los judíos de Bethulia. Este enemigo era la sed.

Cuando el agua de los depósitos se hubo concluido, empezó el verdadero tormento.

No lo hay en efecto comparable á este entre todos los que pueden experimentarse por falta de satisfaccion de las necesidades precisas de la vida.

Se resiste más fácilmente y por mucho mayor espacio de tiempo la falta de alimento y de sueño que la sed. Esta es verdaderamente insufrible.

El hambre produce el desmayo, la sed la exaltacion, el delirio de las facultades mentales.

Cuando el cuerpo se extenua, el hombre se abate; cuando el cuerpo se abrasa, el hombre se exaspera.

Y Hé ahí la diferencia entre la sed y el hambre.

Todavía tiene aquella otro mal superior á esta, y es que mientras los efectos del hambre son lentos, los de la sed son rápidos y se dejan sentir con tanta viveza como celebridad.

Apénas faltó el agua por completo, se notó la transformacion en los habitantes de Bethulia.

Los hombres llevaban impresa en el rostro la cólera del corazon, sus ojos brotaban chispas del fuego que abrasaba su pecho.

Y si este efecto se notaba así en los hombres, ¿qué habia de suceder respecto de las mujeres?

Dotadas de ménos fortaleza de cuerpo y de espíritu y con ménos reflexion que los hombres, discurrían por las calles extraviada la vista, la frente palpitante de fiebre, entreabierta la boca por el calor que devoraba sus entrañas, pidiendo á voces remedio á su tormento.

Naturalmente el punto de afluencia en casos semejantes era la calle en donde celebraba sus sesiones el consejo.

La gritería de las mujeres obligó á los ancianos á presentarse á ellas para oír sus quejas.

El príncipe Ozías, acompañado de otros individuos del consejo, apareció en el umbral.

Los rostros de los jueces del pueblo ofrecían evidentes señales de los trabajos que les agobiaban en aquellos crueles dias.

—¿Qué quereis de nosotros, hijas de Bethulia? preguntó con dolorido acento el viejo sacerdote.

—¿Preguntas qué queremos, y ves nuestro aspecto y el de los hijos que vienen con nosotras? Míralos abrasados por la sed, y contempla el dolor de sus madres cuyos pechos están secos y cuyos ojos ni lágrimas tienen para darles.

—Vuestro dolor, oh madres, por vosotras y por vuestros hijos aumenta al último grado el que traspasa mi ánima; pero ¿qué puedo hacer yo para aliviarlo?

—¿Qué puedes hacer, preguntas? ¿Acaso no tienes las llaves de la ciudad?

—¡Qué proferís, oh hijas de Bethulia!

—No léjos de nuestras murallas mana abundantemente agua pura y cristalina; abre las puertas y deja que salgamos á apagar nuestra sed.

—¿No temeis las lanzas y las espadas de los enemigos?

—Más queremos morir atravesado el pecho, que abrasado por el fuego que lo consume.

—¡Vuestra mente delira! ¿Cómo he de consentir yo que vayais así á la muerte vosotras y vuestros hijos?

—¿Por ventura no consientes que muramos encerradas aquí entre tormentos mil veces más crueles?

—¡Oh! ¡callad! ¡callad!

—Si no quieres que muramos, abre las puertas, franquea la entrada á Holofernes, humillémonos todos á su poder, y seremos salvos, y el agua y el pañ vendrán con Holofernes á nosotros.

Ozías se cubrió el rostro con las manos.

El tumulto de las mujeres habia atraído multitud de hombres delante de la casa del consejo.

Estos unieron sus voces á los clamores de aquellas , y una voz se dirigió en nombre de todos á Ozías diciendo :

—*Juzgue Dios entre nosotros y entre tí, por cuanto nos has causado estos males , por no querer hablar de paz con los asirios , y por esto Dios nos ha vendido en sus manos.*

Y así no hay quien nos ayude , cuando delante de sus ojos estamos postrados de sed y de grande miseria.

Ahora , pues , juntad todos los que hay en la ciudad, para que voluntariamente nos entreguemos todos al pueblo de Holofernes.

Porque más vale vivir cautivos bendiciendo al Señor, que morir y ser oprobio de toda carne , despues de haber visto morir delante de nuestros ojos nuestras mujeres y nuestros hijos.

Os requerimos hoy delante del cielo y de la tierra, y del Dios de nuestros padres , el cual nos castiga conforme á nuestros pecados, que entregueis ya la ciudad en manos de la gente de Holofernes , y se abrevie nuestro fin al filo de la espada, el cual se alarga más con el ardor de la sed (1).

Así habló el pueblo movido por la desesperacion de su indecible tormento.

El príncipe Ozías y el consejo oyeron estos clamores, comprendiendo por el extremo de la necesidad que tocaban, que no habria humana fuerza de persuasion bastante á contener el frenesí del pueblo.

La confusion agobiaba á Ozías y á todos los individuos del consejo que no hallaban un rayo de luz que les mostrase un camino salvador en tan terrible conflicto.

Entónces se movió un grande llanto y alarido en todo el

(1) Judith, VII.

concurso, y por espacio de muchas horas á una voz clamaron á Dios, diciendo :

Hemos pecado con nuestros padres, hemos obrado injustamente, hemos hecho iniquidades.

Tú, porque eres piadoso, ten misericordia de nosotros, ó con tu azote castiga nuestras iniquidades y no quieras entregar los que te confiesan á un pueblo, que no te conoce.

Para que no digan entre las gentes: ¿Dónde está el Dios de ellos? (1).

A esta exclamacion dirigida al Dios de Israel por millares de voces del pueblo, mezcladas con llanto amargo y doloridos ayes, siguió un silencio completo.

Ozías y los ancianos del consejo se miraban tambien en silencio en medio de su propia confusion, preguntando en vano con los ojos por un recurso supremo y salvador en situacion tan crítica.

Y la respuesta del consejo no podia hacerse esperar; no lo consentia el estado extremo del pueblo.

Ya toda la ciudad se hallaba agolpada á los alrededores de la casa de Ozías.

El conflicto se presentaba más amenazador y terrible á cada momento que transcurría.

Despues de haber el pueblo permanecido un gran rato en silencio para oír la respuesta del consejo, viendo á los ancianos azorados y mudo al principe Ozías, volvió á agitarse de nuevo y se levantó otra vez entre la multitud aquel rumor terrible que tantas veces habia en épocas anteriores parado el ánimo de los caudillos de Israel.

(1) Judith, VII.

Al fin el príncipe Ozías hizo un ademán pidiendo atención á la muchedumbre.

Esta volvió á quedar en calma, y el viejo sacerdote profirió :

—Grande es tu sentimiento, oh pueblo de Bethulia , y bien se ve que no puedes soportarlo por más tiempo. Ese tu padecer ha de tener un término , y este término ha de ser próximo.

—Sí, sí, gritó la multitud.

—Pero ¿quieres, oh pueblo que sea hoy mismo?

—Sí, en este día; no podemos aguardar á mañana, clamaron hombres y mujeres.

—¿Y qué dirías, replicó Ozías, si vieras que te llegaba alivio del cielo cuando ya no hubiese remedio á tu daño, por haberte entregado á los gentiles? ¿Qué dirías si, hallándote bajo el poder de Holofernes, vieses mañana que el cielo de Bethulia se cubria de nubes y descargaba abundante lluvia que llenase las cisternas de la ciudad? ¿Qué dirías si viniese de repente una peste que diezmará á los enemigos que hoy te tienen sitiado, obligándoles á levantar el cerco y huir espantados á su tierra , dejándote libre en la tuya? ¿Qué dirías si vieses esto, despues de haberte entregado á Holofernes y cuando ya no pudiese aprovecharte este auxilio del cielo?

El pueblo bajó la frente , y no salió de la multitud ni una voz que osara contradecir estas reflexiones del presidente del consejo.

Este prosiguió :

—¿Por ventura seria la vez primera que el Señor hubiese obrado tales maravillas? ¿Acaso no sabeis que en

otras ocasiones se ha puesto al lado de su pueblo, venciendo á fortísimos enemigos de Israel, sin valerse de escudo, ni de lanza, ni de espada? ¿Porqué hemos de desconfiar hoy de su proteccion?

—Porque se ve que el Señor nos abandona, dijo una voz.

—Sí, sí, nos abandona, repitieron mil labios.

Y nuevamente se levantó entre la multitud el terrible rumor de rebeldía.

Entónces Ozías dijo:

—¿No aguardareis ni cinco dias á saber de cierto si está la proteccion del Señor en vosotros?

Aquí el pueblo vaciló un tanto.

Ozías proffirió:

—*Tened buen ánimo, hermanos, y esperemos del Señor misericordia por estos cinco dias.*

Porque quizá cortará su indignacion y dará gloria á su nombre.

Mas si pasados cinco dias no viniere el socorro, haremos esto que habeis dicho (1).

(1) Judith, VII.

CAPITULO XIX.

Donde Judith se hace superior á los mismos ancianos del consejo.

El pueblo se retiró resignado á esperar cinco dias.

Judith no tuvo noticia de este suceso sino despues de algunas horas.

Su casa se hallaba al extremo de la ciudad opuesta á la del consejo, y no llegaron á su retiro los clamores de la multitud.

La noble viuda continuaba prodigando sus exquisitos cuidados al herido amparado en su morada.

Achior no experimentaba la escasez de alimento de agua, ni sabia siquiera el duro extremo á que habia llegado la ciudad.

La herida estaba casi cicatrizada, todo cuidado habia desaparecido.

Pero Achior no cobraba fuerzas tan rápidamente como adelantaba en la curacion.

En su rostro se veia pintado el abatimiento del cuerpo y del espíritu.

Judith notaba este efecto , y lo atribuia á una causa puramente moral.

Interesada vivamente en la salud del extranjero á quien habia amparado , cualquier sacrificio se hubiera impuesto con tal de restituirle toda la salud y verle salir de su casa sin rastro alguno del daño que allí le habia traído.

Alguna vez la noble viuda preguntó á Achior por el estado de su ánimo , observándole que parecia triste : las respuestas del guerrero confirmaban más y más su tristeza , aunque sus palabras iban dirigidas á disimularla.

—Si yo estuviera triste , decia Achior , seria el más ingrato de los hombres ; porque olvidaria los mil motivos de satisfaccion que debe tener y tiene mi ánimo en esta casa donde he merecido los más exquisitos cuidados. Tú , la más ilustre de las mujeres de Bethulia , la descendiente de reyes de Judá , has velado mi sueño y has acercado la medicina á mis labios , y con tus preciosas manos has puesto el bálsamo á mi herida...

Judith interrumpió al guerrero diciéndole :

—No des á mi accion una estima que no tiene , porque eso mismo que he hecho por tí que eres príncipe de Moab , lo hubiera hecho por el último de los siervos de tu nacion que hubiese caído herido á la puerta de mi casa.

Judith habló con el acento de su modestia suma y movida por su virtud de que estaba en alto grato adornada , sin advertir que sus palabras la ponian todavía á mayor altura que su generoso proceder con el guerrero.

Este admiró una vez más sus relevantes prendas morales , pero no pudo ménos de sentirse mortificado al ver que tan sencillamente decia Judith que hubiera hecho por cual-

quiera, por el último y más humilde de los hombres lo que por él estaba haciendo.

Achior dijo :

— Ya sé, yo que tu virtud y tu espíritu de caridad son tan grandes que se extienden hasta abrazar á todos los hombres, grandes y pequeños, que puedan necesitar de tus auxilios; pero el que tu generosidad sea la misma indistintamente para todos, no puede impedir que yo agradezca profundamente y en particular la parte que de ella me ha tocado. Lo que por mí has hecho asimismo lo hicieras por el último siervo de mi país... ¡oh alma grande! exclamó Achior con sentimiento; pero eso no impide que el príncipe de Moab reconozca todo el beneficio que te debe y se postre agradecido besando tus piés.

Achior fué á acompañar la acción á la palabra; mas Judith se apresuró á detenerle, no pudiendo consentir semejante acatamiento.

— Si tú lo mandas, yo, que no puedo desobedecer tu mandato, dejaré de postrarme á tus piés; pero si mandas y mandarás eternamente en mis acciones, no así en mis sentimientos; y sabe Judith que estos son de besar tus plantas y de adorarte...

— ¡Achior! profirió la viuda con gravedad: atiende que estás en tierra de Israel.

El príncipe miró á Judith, y añadió :

— Y confundido con su pueblo que me ha recibido como á su hermano y del cual formaré parte para siempre hasta que concluyan mis días.

— Atiende, pues, que en tierra de Israel no se adora más que á Dios.

El guerrero recibió esta lección á la palabra que poco ántes habia pronunciado, y profirió:

— Perdoná, te ruego, lo que no ha sido más que un error mio en el modo de expresar lo que siente mi ánima. Mi labio no hallaba otra expresion que manifestase el profundo... reconocimiento que debe á tus mercedes; perdóname, te ruego, si como hija de Israel te ha ofendido la palabra que pronuncié, y perdona asimismo si te molesta mi gratitud... ¡Ay! por esto Achior te ruega nuevamente que le perdones, porque sólo dejando de latir dejará de sentir la mi corazón.

Judith se sintió turbada al oír estas frases.

Nada habia en ellas que no pudiese oír la viuda: el guerrero hablaba sólo de su gratitud, y este su sentimiento no podia rechazarlo ni la modestia misma de Judith.

Pero la turbacion de esta no lo fue por las palabras que el guerrero dijo, sino por el acento con que las pronunció; no por el sentido recto de las mismas, sino por el que le daban su voz, sus ojos y la expresion toda de su fisonomía.

En vano el guerrero hacia estudio de no dejar salir de sus labios una palabra que revelara el sentimiento que llenaba su pecho; este sentimiento rebotaba á pesar suyo en su mirada, en su tono, y en los sofocados suspiros de su alma.

Judith no sufría ménos que Achior.

A su penetracion no podia ocultarse el género de efecto que habia en él despertado, y, aunque inocente de esa pasión, se reprochaba á sí propia el haberla inspirado.

Ademas, Judith podia conocer y conocia sin duda el carácter del guerrero, y esto era para ella otro motivo de pena.

Naturaleza fuerte y no domada, al verse por vez primera sujeta entre las cadenas de las consideraciones y respetos que debia guardar á aquella mujer y al pueblo que tan fraternal y noblemente le habia recibido, su tormento debia ser cruel, y nada de extraño tenia que se pintara en su abatido rostro, relajado por el secreto y horrible tormento del corazon.

Esto pensaba Judith, que á sus dones privilegiados unia el de una inteligencia clarísima y superior, y por esto se dolia en el alma de la pasion que habia despertado.

Ella reconocia las relevantes cualidades del guerrero; prescindiendo de las prendas físicas que en alto grado le adornaban, las morales merecian sin duda la correspondencia de una mujer á un amor grande y noble como el suyo; pero estaba vedado á Judith amar á otro hombre; es más, no era posible que le amara.

Su marido vivia en su corazon, y para que otro lo ocupara era preciso que la memoria de Manasés huyera de él, y esta memoria querida era en el mundo la vida misma para Judith.

La nobleza de su alma luchaba en tal situacion con su propio sentimiento y el del aprecio que no podia ménos de tener al guerrero.

Cuanto más conocia los esfuerzos de este para disimular lo que á pesar suyo se revelaba claramente, mayor era la pena de Judith, privada de corresponder de modo alguno á tanta abnegacion y prudencia en un hombre no acostumbrado ni por los usos de su tierra, ni por su poder de príncipe, á sofocar sus deseos y á encadenar sus sentimientos por consideraciones de respeto.

El guerrero no sufría ménos en este punto.

De juicio tan perspicaz como recto, comprendía demasadamente la situación de Judith, y leía en su mente y en su corazón.

Achior llamó á sí toda la fuerza de su voluntad y dijo :

—Sabes, Judith, hasta dónde llega mi gratitud por las mercedes que en mí has hecho ; lo has oído de mi boca, y has penetrado en mi pecho viendo que mis palabras estaban en armonía con mis sentimientos. Eternamente y por todos mis días durará en mí esta gratitud ; asimismo los respetos que ella me impone. No rechaces, te ruego, mi reconocimiento, y permite á lo ménos que Achior sea contigo agradecido y que te bendiga.

—Judith comprendió todo el valor de estas sentidas y nobles frases, y respondió :

—Por noble y por ilustre te ha recibido este pueblo como si fueses un hermano. No pienses en las mercedes que de mí recibiste, y atiende sólo al afecto que las ha inspirado, que es el que por tí siente todo el pueblo y siento yo como hija de Bethulia y conocedora de tus virtudes. Estas son tantas, que el Señor Dios ha querido sin duda premiarlas permitiéndome que tú le conocieras entrando á formar parte de su pueblo. Alienta, pues, Achior, y cobra fuerzas, que quizá está próximo el día en que Bethulia y todos sus moradores necesiten del fuerte brazo del hermano que han recibido en su seno.

Al acabar de pronunciar estas frases oyó la viuda la voz de uno de sus criados que urgentemente llamaba.

Era para darle cuenta del nuevo tumulto popular de que dejamos hecho mérito en el anterior capítulo.

Judith oyó con profundísima tristeza la noticia; pero su corazón se encendió al saber la solución.

Inmediatamente envió un criado rogando al príncipe Ozías y á los dos más ancianos del consejo llamados Chabri y Charmi que fueran á su casa.

El llamamiento de Judith fue debidamente atendido.

Por la clase de reyes á que la viuda pertenecía, por la posición que ocupaba en la ciudad y el respeto con que todas miraban el retiro que se había impuesto desde la muerte de su marido, Ozías y sus viejos compañeros no sólo no se mostraron rehacios en ir á su casa, sino que acudieron inmediatamente.

Reunidos los ancianos y Judith, ésta con aquel su tono enérgico les dijo:

— *¿Qué palabra es esta, en que ha consentido Ozías, de entregar la ciudad á los asirios, si dentro de cinco dias no os viene socorro?*

¿Y quiénes sois vosotros, que tentais al Señor?

No es esta palabra para provocar á misericordia, sino más bien para excitar ira y encender furor.

Habeis fijado vosotros plazo á la misericordia del Señor, y á vuestro albedrío le habeis señalado dia.

Mas por cuanto el Señor es sufrido, arrepintámonos de esto mismo, y bañados en lágrimas imploremos su indulgencia.

Porque Dios no amenaza así como el hombre, ni se enciende en ira como los hijos de los hombres.

Por tanto humillemos á él nuestras almas, y puestos en espíritu de humildad, como siervos suyos,

Digamos llorando al Señor, que segun su voluntad, así

haga con nosotros su misericordia: para que como se ha turbado nuestro corazon al ver la soberbia de aquellos, así tambien nos gloriemos de nuestra humillacion.

Por cuanto no hemos seguido los pecados de nuestros padres, que dejaron á su Dios y adoraron dioses extranjeros.

Por cuya maldad fueron pasados á cuchillo y á la rapiña y al oprobio de sus enemigos.

Mas nosotros no conocemos otro Dios sino á él.

Esperemos con humildad su consuelo, y vengará nuestra sangre de las aflicciones de nuestros enemigos, y humillará á todas las gentes, cuantas se levanten contra nosotros, y los cubrirá de afrenta el Señor nuestro Dios (1).

Este discurso de Judith dejó atónitos y aun llenos de rubor á los ancianos que compararon su debilidad con la sublime fortaleza de aquella mujer, y se sintieron humillados en su presencia.

Los viejos del consejo intentaron disculpar su condescendencia á los clamores del pueblo con la grande exaltacion de este: pero ¿qué razones podia haber superiores á las que exponia Judith?

Ozías y sus compañeros no pudieron ménos de reconocer su falta y arrepentirse de ella.

Judith prosiguió:

— Pues ahora, hermanos, por cuanto sois los ancianos en el pueblo de Dios, y de vosotros depende el ánimo de ellos, alentad con vuestras palabras sus corazones, que se acuerden que nuestros padres fueron tentados, para que fuesen probados si de veras honraban á su Dios.

(1) Judith, VIII.

Deben acordarse como fue tentado nuestro padre Abraham, y, probado con muchas tribulaciones, fue hecho amigo de Dios.

Así Isaac, así Jacob, así Moisés, y todos los que agradaron á Dios pasaron fieles por muchas tribulaciones.

Mas aquellos que no recibieron las tentaciones en temor de Dios, sino que manifestaron su impaciencia é improprio de su murmuracion contra el Señor.

Fueron exterminados por exterminador, y perecieron por las serpientes.

Nosotros, pues, no nos vengemos por esto que padecemos.

Mas considerando que estos mismos castigos son menores que nuestros pecados, creemos que los azotes del Señor, con que como esclavos somos corregidos, nos han venido para enmienda, y no para nuestra perdicion (1).

(1) Judith, IX.

CAPITULO XX.

Secreto designio de Judith.

Ozías y sus compañeros hubieron de confesarse vencidos por las profundas palabras y elocuentes razones de aquella mujer verdaderamente extraordinaria, cuya superioridad de inteligencia y fortaleza de espíritu no podían concebir si no se las explicaban como un favor especial del Señor que quiso ser tan pródigo en los dones del alma como en las perfecciones del cuerpo con la casta hija de la tribu de Simeon.

El anciano sacerdote profirió:

Todo cuanto has hablado es verdad, y no hay en tus palabras cosa que reprender.

Ahora, pues, ruega por nosotros, puesto que eres una mujer santa y temerosa de Dios (1).

Judith quedó algunos momentos en silencio.

(1) Judith, IX.

Los ancianos tenían fija en ella la mirada.

El rostro de la viuda de Manasés fué tomando una animacion extraña muy distinta de la que tenía cuando momentos ántes reprendía y amonestaba á los viejos del consejo.

Sus mejillas ora se teñían de púrpura, ora perdían el color; sus ojos ora brillaban tiernos y amantes, ora con mirada terrible; sus labios ora sonreían, ora se apretaban como á impulsos de la cólera del alma; en su límpida y tersa frente parecía como si se vieran cruzar las ideas que herían su imaginacion.

Así estuvo Judith por espacio de algunos segundos, los ancianos contemplándola, y ella sin pronunciar una palabra, pero hablando ardientemente su fisonomía. aunque su lenguaje no podía ser comprensible á los viejos consejeros.

Aquella extraña escena muda terminó de esta manera:

Judith elevó una ardiente mirada al cielo, é hizo un movimiento de cabeza que parecía indicar que tomaba una resolucion grande y firme.

En seguida dijo á los ancianos:

—Habeis dicho *que es de Dios lo que he podido hablar...*

—En verdad así lo conocemos.

—Pues bien; si conoceis así lo que he hablado, conceded asimismo lo que voy á hacer: ved si es de Dios lo que he dispuesto, y no queráis condenar con irreflexion mi obra, ántes bien examinadla y orad porque Dios haga firme mi designio.

—Nada que tú hagas podrá ser condenado por nosotros

que miramos en tí resplandecer la fortaleza y sabiduría del espíritu del Señor.

—Y vosotros ayudareis mi intento.

—Dispon como gustares de nuestras facultades.

—Mandaréis que se abran las puertas de la ciudad...

—¡Qué se abran las puertas!... balbuceó Ozías sorprendido.

—Sí, repuso Judith; pero no de dia sino por la noche, y no con ruido, sino sigilosamente y á la hora que yo avisare.

—Así se hará como dices, y á la hora que dispongas se abrirán las puertas.

—Yo saldré de la ciudad... vosotros quedaréis en ella orando al Señor por mí.

—¿Y adónde irás tú?

—Eso lo sabreis cuando sea el Señor servido de volverme á vosotros.

Ozías y los otros dos ancianos inclinaron la frente y no preguntaron más.

El primero dijo:

—Lo que ordenes, eso se hará en la ciudad hallándote tú ausente, como si estuvieres en ella.

—Abrireis las puertas segun he dicho, con sigilo para que yo salga, y luego las volveréis á cerrar. Miétras yo no vuelva cerradas las tendréis, y oraréis al Señor porque ayude el designio de su sierva.

—Así se hará como dispones.

—Ahora, conviene que me deis las provisiones de cinco dias que nos corresponden á mí y á una de mis criadas.

—Inmediatamente te será enviado lo que pides.

—Nada más tengo que deciros por ahora. Cuando llegue la noche, yo os avisaré.

Los ancianos abandonaron la casa de Judith, haciendo entre sí mil conjeturas acerca del misterioso proyecto que abrigaba.

La viuda de Manasés, así que se marcharon los tres viejos, se dirigió á su oratorio, vistióse el áspero cilicio, puso ceniza sobre su cabeza, y postrándose en tierra, exclamó alzando la vista al cielo y vuelto el rostro á Jerusalem:

—*Señor Dios de mi padre Simeon, que le diste la espada para tomar venganza de los extranjeros que por una impura pasion fueron violadores y desnudaron el muslo de una virgen afrentosamente (1);*

Y diste sus mujeres en presa, y sus hijas en cautiverio, y todos sus despojos para que fuesen repartidos entre tus siervos, que se abrasaron en celo tuyo: socorre, te ruego, Señor Dios mio, á mi viuda (2).

Judith, descendiente de Simeon, recuerda que este acorrió á la virgen Dina, y pide á Dios que la acorra á ella, viuda, en su designio.

Despues de este recuerdo, trae á la memoria y habla de la grandeza y poder del Dios de Israel diciendo:

—*Pues tú hiciste las cosas primeras é ideaste las unas despues de las otras, y se ha hecho lo que tú has querido;*

(1) Este hecho á que Judith se refiere es la violacion de Dina, hija de Jacob, por un rey extranjero, y la venganza horrible que tomaron los hijos del patriarca, á cuya cabeza se puso el valiente Simeon para llevar á cabo la empresa. Hemos referido por menor este hecho en la novela bíblica *José y la mujer de Putifar*. (Nota del Autor).

(2) Judith, IX.

Porque todos tus caminos están aparejados, y pusiste tus juicios en tu providencia.

Vuelve ahora la vista sobre los campamentos de los asirios como en otro tiempo te dignaste mirar el campamento de los egipcios, cuando armados corrian tras tus siervos, confiados en los carros, y en su caballería, y en la multitud de guerreros.

Mas tendiste la vista sobre su campamento, y las tinieblas los fatigaron.

El abismo detuvo los piés de ellos, y las aguas los cubrieron.

Sea así tambien con estos, Señor, que confían en su multitud, y se glorian en sus carros, y en las picas, y en los escudos, y en sus saetas, y en las lanzas.

Y no conocen que tú mismo eres nuestro Dios, que desde el principio deshaces las guerras, y tu nombre es el Señor.

Levanta tu brazo como desde el principio, y con tu fuerza estrella su fuerza; y caiga con tu ira el esfuerzo de estos que se prometen violar tu santuario, y profanar el tabernáculo de tu nombre, y derribar con su espada el cornijal de tu altar.

Haz, Señor, que con su propia espada sea cortada su soberbia:

Sea preso en mí con el lazo de sus ojos, y hiérele con los labios de mi cariño.

Pon firmeza en mi corazon para despreciarlo, y valor para derribarlo.

Porque será este monumento de tu nombre, cuando mano de hembra lo derribare.

Porque no consiste tu poder en muchedumbre, Señor, ni

tu voluntad en fuerzas de caballos, ni desde el principio fueron de tu agrado los soberbios: sino que siempre te agradó la oracion de los humildes y mansos.

Dios de los cielos, y Señor de toda criatura, oye á esta miserable que te ruega, y que confia en tu misericordia.

Acuérdate, Señor, de tu alianza, y pon en mi boca palabras, y fortifica en mi corazon el designio, para que tu casa permanezca en tu santificacion.

Y todas las gentes conozcan que tú eres el Dios, y no hay otro fuera de ti (1).

Concluida la plegaria, Judith se levantó.

Su rostro y toda su actitud aparecian ya completamente distintos.

Sus ojos brillaban vivos, y sus ademanes eran resueltos y desembarazados.

Llamó á su criada y dijo:

—Abre todos los aposentos del piso principal de mi casa, cerrados hasta hoy desde la muerte de mi marido; ardan en ellos los braseros con drogas olorosas, y el humo de la mirra y el incienso confúndase con las finas esencias del nardo y del jazmin.

La sierva de Judith oia asombrada á su ama.

La viuda prosiguió:

—Templa la estancia de mi baño, arroja esencias por el suelo, y pon flores en los jarros de alabastro. Abre los armarios y saca mis vestidos de biso: voy á despojarme de este de triste luto y á vestir otro con la púrpura y el oro. Abre mi guardajoyas, y saca mis collares de perlas y es-

(1) Judith, IX.

meraldas y zafiros y rubíes, y mis brazaletes y mis arracadas : vé y dispon mi casa para que yo entre en ella , y saca mis trajes y mis joyas para que yo me vista y me adorne como en los días de mi primera juventud y mi alegría.

La sierva miraba atónita á su ama , sin comprender tan extraña transformacion, que no podia explicarse sino por la sospecha del extravío de su razon.

No se atrevió la sierva á hacer observaciones de ningun género y bajó á cumplir la orden.

Los demas criados se sorprendieron asimismo al saberlo.

Pero no sospecharon que su ama hubiese perdido el juicio.

La veian en todo demasiada cuerda , y no habia motivo alguno para semejante sospecha, por más que los sorprendiera al último grado la disposicion que acababa de dar.

—Pero no perdamos el tiempo en querer averiguar la causa de esto, dijo á sus compañeros la criada que habia recibido la orden : Judith ha mandado que se hiciera esto inmediatamente.

—Mejor es, pues, que obedezcamos su mandato sin replicar y sin murmurar, porque ¿quién somos nosotros para averiguar las causas de lo que hace una mujer á quien respeta y venera toda Bethulia desde el príncipe Ozías al último siervo? profirió un viejo criado de la casa.

Todos asintieron á estas prudentes razones, y se apresuraron á cumplir cada uno con la parte que respectivamente le tocaba en la orden de su ama.

Iba á disolverse la reunion de los criados y siervos, cuan-

do aparecieron dos de la casa de Ozias con un cesto , que entregaron á los de Judith , diciendo :

—Para Judith nos envia con esto el principe nuestro amo y señor.

Los de Ozias dejaron el cesto y se volvieron.

Al ver los de Judith lo que el cesto contenia , exclamó uno :

—¡Flor de harina!

Y otro :

—¡Masas de higos!

—¡Queso! profirió un tercero.

—¡Y manzanas y granos y un cuero de vino!

En aquellas circunstancias era el que se enviaba á Judith un riquísimo presente.

Uno de los criados, queriendo presumir de perspicaz , observó á sus compañeros :

—Amigos , se ve bien que nuestra ama y señora está de fiesta : las disposiciones que ha dado se avienen muy bien con este presente que recibe. Lo que viene en este cesto es en las circunstancias actuales bastante para celebrar una boda...

—¡Ah! exclamaron algunos.

—Y el haber dicho Judith que iba á arrojar de sí el vestido de luto para adornarse con las galas de su primera juventud... añadió el malicioso.

No pareció inverosímil esta interpretacion á los demas criados.

En aquellos momentos olvidaron por completo los antecedentes de su ama que la ponian á cubierto de semejante pensamiento. No imaginaron que un carácter como el de

Judith no consagra meses y años al retiro y al desden de las cosas del mundo en honor de un sér querido que arrebató la muerte, para en un momento romper con su recuerdo é insultar su memoria con escandalosas muestras de súbita alegría.

Las apariencias extrañas, apariencias de mudanza de un instante, pudieron más en el juicio de los criados que las verdaderas pruebas que por tanto tiempo habia dado Judith de constancia al recuerdo de su esposo.

Este es el vulgo en general, esta ha sido siempre la sociedad.

CAPITULO XXI.

Judith deja el luto y viste sus galas.

En breve espacio de tiempo quedaron las habitaciones principales de la casa de Judith, abandonadas desde la muerte de Manasés, como en el tiempo en que reinando la paz en la ciudad, era aquella morada paraíso de felicidades, revelando la opulencia de sus dueños y la alta clase á que pertenecian.

Las flores brillaron otra vez colocadas en los delicados canastillos y vasos de alabastro, contribuyendo á los magníficos adornos de los aposentos y mezclando sus olores con las esencias de que se rociaron los pavimentos y el perfume que despedian los pebeteros de plata y oro.

Judith bajó del humilde aposento que habitaba en el terrado, y entró en la suntuosa estancia, preparada nuevamente para recibir á su dueña.

Al penetrar en ella paseó una mirada por todos los objetos que la adornaban, y su seno se levantó á impulsos de un suspiro que lanzó el angustiado pecho oprimido por el

triste á la par que dulcísimo recuerdo que cada uno de aquellos objetos traía á su memoria.

Aquí las blancas azucenas le recordaban cuando Manasés cogía una de estas flores ménos nítidas que la frente de su esposa, y con propia mano la prendía en sus hermosos cabellos; allí las velludas pieles de carnero, tendidas al pié de la ventana, traían á su mente cuando recostada en ellas al caer de la tarde, contemplaba melancólicamente caminar el sol á su ocaso, y al traves de la celosía miraba el camino por donde habia de venir su amante esposo seguido de un ejército de criados y siervos, concluida la labor de aquel dia, á descansar á su lado de la fatiga del campo; allá el rico lecho de marfil le representaba el sueño feliz y reposado del dulce compañero de aquellos dichosos dias de su primera juventud, y, ¡ay! tambien los últimos momentos de su preciosa vida, y el postrer suspiro que recogió su pecho enamorado para no dejarle escapar y guardarle como único aliento de vida para su desolado corazon en el mundo!

De los ojos de Judith, brotaron gruesas lágrimas, arrancadas por estos recuerdos; por un instante dejó que corrieran libremente dando salida á su profundo sentimiento; mas luego las secó, y sacudiendo la cabeza como para alejar toda idea y todo recuerdo que pudiera debilitar su ánimo en la resolucion que habia formado, presentó el rostro completamente sereno, como si no afligiera ni hubiera afligido jamás su corazon ni la sombra de la pena.

Sus siervos, que notaron esta súbita y total transformacion, se miraron maravillados de lo que veían.

Su vista, poco perspicaz para descubrir lo que se ocultaba bajo aquella máscara de serenidad y tranquila calma

que cubria el semblante de su señora, no podian leer el sebrehumano esfuerzo de la voluntad para sobreponerse á los sentimientos y dolores que desgarraban su corazon.

Judith se dirigió al aposento del baño.

Dos de sus siervas entraron tras ella , llevando una un nuevo traje, y otra finísimas sábanas y tohallas de lino y vasos de esencias y ungüentos.

La bella viuda se despojó del triste vestido de luto y se sumergió en el agua aromada y tibia, de antemano preparada en una preciosa pila de alabastro.

Bien ajena estaba Judith en el baño de las murmuraciones y sospechas á que daba márgen este repentino y extraño cambio en las costumbres que se habia impuesto, entre la servidumbre de su casa y aun entre las gentes de fuera.

Ya hemos visto lo que con mayor fundamento , segun sus reflexiones, sospechaban los siervos y criados.

Sus sospechas traspasaron los umbrales de la casa y llegaron á las otras vecinas.

Sabemos que entre estas se hallaba la de Zelpha.

La jóven hebrea, léjos de sentir debilitarse la pasion que el extranjero habia encendido en su pecho, experimentaba en ella nuevo incremento de cada dia.

Cuando llegó á sus oidos lo que se decia de Judith , su corazon sintió una punzada aguda como si hubiese penetrado en él la punta de una flecha ; en seguida sus ojos brillaron con la luz de la más viva cólera producida por el fuego de los celos que abrasaba su pecho.

La enamorada Zelpha , propensa á dar asenso á cuanto corroborase la amarga idea del desamor del extranjero con ella, creyó que iba á desposarse aquel dia con Judith.

En vano acudió en algun momento á su reflexion la idea de las grandes pruebas de respeto que Judith habia dado á la memoria de su marido y su propósito de guardar la viudez hasta la muerte, propósito conocido de todos: ella juzgaba irresistible el amor que inspirase el príncipe amonita, y medía por el suyo propio el corazon de Judith.

Zelpha, perdida toda esperanza, sentía partirse el corazon por la fuerza del dolor y quebrantadas las sienes al impulso del fuego en que ardia su mente.

La maliciosa especie se extendia en tanto á más ancho círculo, y no tardó en recorrer toda la ciudad.

Como sucede siempre en casos semejantes, la persona, blanco de la sospecha, era la única ignorante de la murmuracion.

Judith salió del baño y pasó á la sala de su tocador.

Sobre una mesa de preciosa y bien labrada madera de cedro cuyos piés representaban garras de leon, se veía una caja llena de riquísimas joyas, collares de perlas y zafiros, arracadas y zarcillos y brazaletes y manillas de oro.

En un sitial inmediato habia una túnica preciosísima de biso de color de púrpura recamada de oro, un manto de finísima lana azul, sembrado de estrellitas de plata y bordado al rededor de una franja del mismo metal, y unas sandalias de papiro asimismo adornadas de plata y oro.

Judith ocupó un sitial delante de la mesa, y su hermoso busto se copió en el centro de una bruñida plancha de metal que llegaba hasta cerca del techo, colocada en un rico marco de bronce labrado.

Una de sus siervas desató su cabellera que inundó su

blanca espalda en un mar de rizos negros como el ébano, y arregló su peinado como para una grande fiesta.

Judith probó varios de los preciosos adornos que allí tenía para la cabeza, y sólo despues de haberlos probado todos se decidió por el que parecia mejor y más en alto grado hacia resaltar su hermosura.

Cuando estuvo vestida despidió á sus siervas, dando una orden á una de ellas.

Esta volvió al cabo de un rato trayendo á su ama la espada de Achior, que, como sabemos, habitaba un aposento del piso bajo de la casa.

Judith tomó el acero, que dejó sobre un sitial, y quedó sola.

Entónces se puso frente á otro espejo que retrataba todo su cuerpo, y se contempló un buen rato.

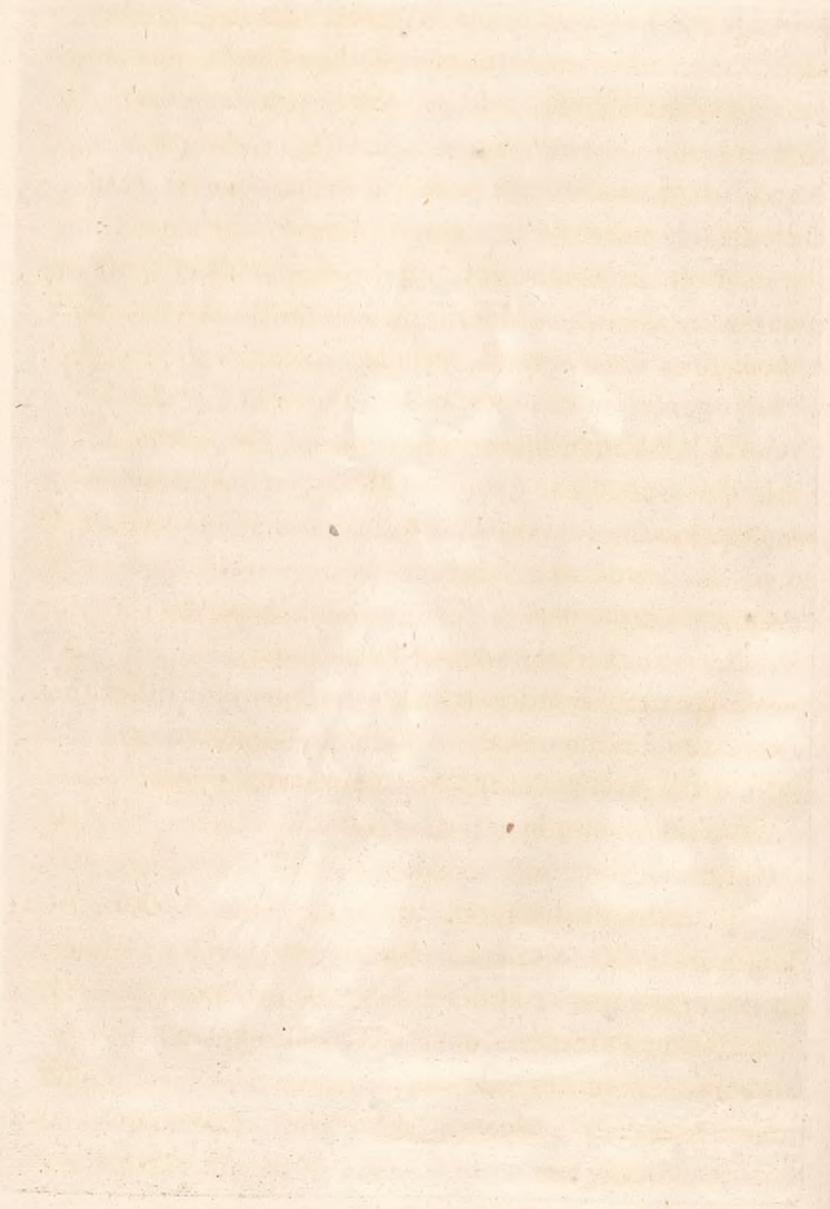
—Sí, sí, se decia : todavía brilla la hermosura en mi semblante... ¿quién la resistirá viéndola así adornada con estas galas? En mi frente no se nota una sombra de pesar, ni empaña la nube de la tristeza la luz de mis ojos... Mas ¡ah! ¿no me engaña mi deseo? ¿Es acaso que yo en este instante me recuerdo como fuí, y no me veo como soy? ¿Es posible que los adornos hayan borrado en una hora las huellas que el horrible pesar y el tormento constante de mi alma han debido imprimir en mi semblante? Y si mi hermosura no es la misma hoy que ayer, si no cautiva el ánimo y no despierta el deseo...

Entónces elevó sus hermosos ojos al cielo, nublados otra vez por la sombra de la pena, y exclamó :

—Señor mi Dios; tú ves y lees en el interior de mi pecho ; si la hermosura y los atractivos con que te dignaste



—Todavía brilla la hermosura en mi semblante...



THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

adornar mi juventud primera han desaparecido de mí, y te ruego, Señor, que los devuelvas á tu sierva por cuatro dias; que no se fijen en mí ojos de hombre sin quedar presos en las redes de mi belleza; que la pena que oprime mi corazon calle del todo, y que la mente preste palabras de cariño y seductoras á los labios, á fin de que la boca no destruya el efecto del semblante. Dame, te ruego, Señor, por cuatro dias la belleza de mi primera juventud, para que ayude á tu sierva en el designio que lleva por amor tuyo.

Judith volvió á contemplarse al espejo.

Una sonrisa de satisfaccion se dibujó en sus labios. Quizá estaba tan hermosa ántes como despues de la ple-garia que acababa de dirigir al Dios de Israel; pero á sus propios ojos apareció despues bella como nunca habia estado en los dias de su primavera.

Apartóse del espejo, y fué á coger la espada de Achior.

Pesado era el hierro para el brazo de una mujer, y mayor su peso en aquellos instantes en que la debilidad por la escasez de alimento abatia todo el cuerpo.

Judith apénas podia mover la espada.

En vano intentó blandirla en el aire.

Con desmayado acento exclamó:

—¿Y cómo tendrá fuerza mi brazo para obedecer á los impulsos de la voluntad? ¡Vanamente inspirará el deseo un esfuerzo superior al débil poder de mi cuerpo!

Y elevando otra vez los ojos al cielo, exclamó:

—Como permites que sea hermosa, permite, Señor, que sea fuerte. Dá, te ruego, á mi brazo el poder que tiene el del rudo guerrero en la batalla, y no quieras que ceda al peso del hierro que empuña.

Nuevamente levantó Judith la espada, pareciéndole que la fatigaba ménos.

—Sí, sí, profirió, no querrá el Señor Dios que falte poder á mi brazo, y dará fortaleza á mi espíritu como vigor á mi cuerpo.

Miéntas la hermosa viuda se hallaba ocupada en estas meditaciones, Achior, que se habia apercibido del extraño acontecimiento que tenia alarmada á toda la servidumbre, llamó á uno de los criados y le dijo :

—Vé, y ruega á Judith que me otorgue licencia para subir á verla.

Al poco rato volvió el criado diciendo al príncipe amonita:

—Puedes subir á verla.

Achior al penetrar en la estancia quedó inmóvil de puro asombro.

Quizá más que la sorpresa por la transformación de Judith, produjo en él este efecto su hermosura.

Brillaba esta entónces con todo su esplendor, rodeada de todos sus atractivos.

El guerrero quedó maravillado : sus ojos se fijaron en el rostro de la bella viuda, permaneciendo inmóviles las pupilas y sin poder apartarse de él.

Así en esta actitud, permaneció Achior algunos instantes.

Judith fue la primera en hablar, y le dijo :

—Acércate, Achior, y siéntate en este diván, que todavía tus fuerzas están débiles, y no es bien que permanézcas en pié mucho rato.

Achior adelantó algunos pasos hasta llegar al asiento que le señalaba Judith, y dijo :

—Maravillado estoy de lo que veo.

—En verdad es justa tu extrañeza.

—Yo oí á los criados que tú vestias traje de fiesta, y no lo creí...

—Ya estás viendo, pues, que no te engañaban.

—Sí...

—¿Y no comprendes el motivo?

—No en verdad...

—El traje de luto no se aviene con el objeto que llevo. Secreto es esto para todos; pero tú sabrás adónde voy. Esta noche saldré de la ciudad.

—¡Salir de la ciudad!

—Sí y me dirigiré al campamento de Holofernes.

Achior miró fijamente á Judith por ver si en su rostro descubria señales de un trastorno de su juicio.

No comprendia que en estado de cordura pudiera ocurrírsele semejante idea.

—¡Tú salir al campamento de Holofernes!

—Yo, repuso Judith con calma.

—¿Sabes, por ventura, la suerte que ha cabido á las mujeres que han apresado las bárbaras huestes que sitian á Bethulia?

—No la ignoro.

—Y sabiéndola...

—Sabiéndola, voy á su campamento.

Esta conversacion fue repentinamente cortada por un nuevo personaje que de improviso y sin anunciarse apareció en la puerta de la estancia.

Era Zelpha.

Judith y Achior lanzaron á un tiempo una exclamacion de sorpresa.

CAPITULO XXII.

Celos.

En el semblante de la jóven hebrea se reflejaban los fuertes sentimientos que agitaban su corazón.

Sus labios estaban contraídos, sus ojos brillaban con siniestra luz, su frente aparecía ora roja como la amapola, ora pálida como la muerte.

Zelpha adelantó cuatro pasos, y parándose en medio de la sala profirió:

—En la calle lo oí y no quise creerlo; en toda la ciudad se dice, y la gente no lo cree: ¡y es verdad! ¡Día de fiesta en la casa de Judith, cuando es de tormento para toda Bethulia! ¡Día de alegría en la casa de Judith, cuando es de luto para todos los moradores de la ciudad! ¿Quién, á no verlo, pudiera creerlo? Día de boda en esta casa...

—¡Qué dices! interrumpió Achior mirando á Judith.

Esta permaneció muda y en calma.

—¡Día de boda en esta casa, prosiguió Zelpha, cuando los esposos y las esposas de Israel se despiden con lágrimas

para separarse eternamente! ¡Dia de abundante cena cuando perecen de hambre y sed los hijos de Israel! ¡Dia de regocijo cuando la tristeza y la pena devoran todos los corazones! ¿Dónde, Señor Dios de Jacob, está tu paciencia? ¿Dónde tu indignacion, oh pueblo de Bethulia? ¿Dónde estás, tú, oh sombra de Manasés, que no dejas tu sepulcro?...

— ¡Calla! interrumpió Judith, á quien hizo romper el silencio que se habia impuesto el evocado recuerdo de su esposo.

Zelpha iba otra vez á hablar, pero la palabra quedó cortada en la seca garganta, á la que faltó más pronto el jugo á causa de la sed y del calor que abrasaba el corazon.

— ¡Oh! prosiguió la viuda: la sed ha trastornado tu juicio y te hace delirar... ¡El Señor Dios te perdone, como te perdono yo el insulto que me diriges!

Zelpha hizo un esfuerzo supremo para poder decir.

— ¿No veo yo, por ventura, tu vestido de alegría, tus galas de fiesta, y á tu la...do...

La jóven no pudo concluir. Un estremecimiento general recorrió todo su cuerpo, de su seca garganta salió un grito ahogado y cayó sin sentido.

Judith corrió en socorro de la jóven.

Achior se apresuró asimismo á auxiliarla.

— Uno de los terribles efectos de la sed es á veces el trastorno del juicio: tales dolorosos ejemplos los habia ya presenciado Bethulia en aquellos dias.

— Cuando Zelpha fué llevada para ser debidamente socorrida por los siervos de Judith, Achior profirió:

— Olvida, te ruego, palabras que sólo el trastorno de su juicio ha podido poner en su boca.

—Libreme el Señor de ofenderme por ellas. Quizá su juicio ha sufrido en verdad; pero ¡cuántos sin este motivo juzgarán de mí de esta manera!...

Y Judith elevó al cielo una mirada de resignación á las calumnias de que comprendía que iba á ser objeto.

Al propio tiempo se deslizó en sus labios una sonrisa de esperanza en la rehabilitacion de su fama.

—¿Quién que te conozca será osado á calumniarte?

Judith fijó los ojos en el semblante de Achior, y profirió:

—Dime tú mismo si no has dudado hace un instante cuando Zelpha dijo que mi vestido era de boda...

Achior, que no sabia fingir, bajó la vista al suelo, y luego dijo:

—Perdóname, te ruego, si no he podido evitar una idea que rápidamente ha cruzado por mi imaginacion, pero que pasó sin detenerse un punto en ella...

—En otras imaginaciones durará más tiempo esa idea ú otra peor...

—¿Quién detiene el pensamiento del pueblo?

—Sólo el Señor tiene poder para ello, y el Señor quiere que su sierva se vea calumniada por toda la ciudad; pero no me dice aun que desista de mi propósito...

—Que es, segun has dicho, ir al campamento de Holofernes.

—Sí.

—¿Y sabes, Judith, cómo mirarán los asirios á una mujer como tú?

—¿Qué quieres significar? Habla claramente.

Achior no osaba dirigir á Judith una sola palabra que

fuera en alabanza de sus prendas físicas, por temor de faltarle al respeto y ofenderla.

Ella conoció su reparo, y dijo :

—¿Quieres significar que estoy demasiado hermosa?...

—Sí, profirió entónces Achior; ¿y quién que no crea deberte respeto, se contendrá, y mucho ménos teniendo toda la fuerza contra tu debilidad?

—¿Y qué fuerza de poderoso triunfará de la flaqueza del débil, si está en este la ayuda del Señor? replicó Judith.

A esta razon no tuvo Achior otra que oponer.

Al contrario, profirió :

—En verdad ha estado en tí hasta el dia de hoy el espíritu de Dios...

—Ruégale, Achior, que no me deje mañana, ni al otro dia, ni al otro, ni al otro; que acompañe á su sierva por el tiempo de cuatro dias.

—¿Y despues de este tiempo?

—Si el Señor no me abandona, el orgullo del Asirio quedará humillado, y Bethulia libre del sitio que la aflige.

Achior dijo alguna palabra, dirigida, aunque muy discretamente, á saber el designio de Judith.

Esta por toda respuesta profirió :

—Ruégale al Señor Dios que vea yo realizado mi pensamiento.

El sol iba á ocultarse en el ocaso.

La hora de la cena habia llegado.

Judith llamó á una sierva y le dijo :

—De los comestibles que han traído hoy de órden de Ozías, aumentarás la cena para mí.

Puesta la mesa, Judith cenó, esforzándose en tomar más alimento del que tenia de costumbre.

Entrada la noche, dijo á Achior:

—Si oyes las murmuraciones del pueblo, vuelve por mí, y persuádale á que aguardé cuatro dias.

—Ninguno osará calumniarte en presencia mia.

—Y no olvides á Zelpha...

—¡Zelpha!

—La infeliz sufre por dos causas... El esposo que la eligiera su padre no es el que mora en su voluntad y en su corazon.

Los casamientos en aquella época se efectuaban tratándose entre el padre de la doncella y su pretendiente. La voluntad de esta para nada se tenia en cuenta.

Tal era antiguamente la condicion de la mujer aun en el pueblo hebreo, condicion que no varió hasta que vino el Hijo de Dios á hacer del matrimonio un sacramento y de la mujer la compañera y no la esclava del hombre.

Dichosa era aquella en quien el propio sentimiento estaba conforme con la voluntad del padre respecto del esposo que este elegia. La que no alcanzaba esta fortuna, se conformaba con su suerte, que la hacia llevadera el considerar que era la que en general cabia á la mayor parte de las mujeres.

Judith habia tenido bastante con lo que viera la noche de la herida de Achior, unido á la escena que acababa de hacer la triste Zelpha, para conocer lo que movia el corazon de la jóven.

En su interior la noble viuda disculpaba á la doncella y compadecia su dolor, y se lamentaba de que no hallara fácil y pronto remedio.

Dolida de la situación de Zelpha habló de su tormento al príncipe amonita, y conociendo que una parte de su pena consistía en la sospecha que tenía acerca de ella y de Achior, suplicó á este que no olvidara mirar por ella.

—Su ánimo, dijo, necesita palabras de consuelo, y tú, que eres generoso y compasivo, los prodigarás á su pena.

Achior lo prometió así.

Una vez más admiró la grandeza de alma y generosidad de la viuda de Manasés, que no olvidaba, ni en aquellos tan críticos momentos, un cuidado que á otro pecho ménos grande no le hubiera seguramente inquietado, cuando en empresa, al parecer de tanta monta, se hallaba empeñada; pero al mismo tiempo Achior no pudo evitar un sentimiento de pena al considerar esa misma generosidad de Judith.

Si esta sintiera por él lo que el sentía por ella, á buen seguro no llevara con tanta bondad la visible pasión de Zelpha por el guerrero, ni suplicara á este que cuidara de ella consolando su ánimo.

La noche había ya cerrado.

Judith dijo á Achior:

—Voy á partir.

El príncipe amonita contempló otra vez su hermosísimo semblante, y profirió:

—Sólo el poder del Dios de Israel podrá salvarte.

Y no teniendo autoridad alguna para oponerse al propósito de Judith, bajó la cabeza y se retiró.

La viuda de Manasés envió á uno de sus siervos á decir á Ozías que se esperase á la puerta de la ciudad.

Seguidamente llamó á la criada de su mayor confianza, y le preguntó :

—¿Tú querrás ir conmigo acompañándome adonde yo fuere?

—Manda á tu sierva, que en vida y ánima esta á tu servicio.

—Coge y pon en un cesto los viveres que Ozías ha mandado esta mañana.

La criada lo hizo así.

Cargó asimismo, dice la Escritura, á su criada con una bota de vino y una vasija de aceite y harina, y masas de ligos, y panes y queso, y se puso en camino.

Y cuando llegaron á la puerta de la ciudad, hallaron á Ozías y á los ancianos de la ciudad que la estaban esperando.

Los cuales, sorprendidos al verla, quedaron muy maravillados de su hermosura.

Mas sin preguntarle nada, la dejaron pasar, diciendo:

El Dios de nuestros padres te dé gracia, y fortifique con su virtud todo el designio de tu corazón, para que de tí se glorie Jerusalem, y tu nombre sea en el número de los santos y de los justos.

Y todos aquellos que allí estaban dijeron á una voz: Así sea, así sea.

Mas Judith, orando al Señor, pasó por la puerta ella y su criada (1).

(1). Judith, X.

CAPITULO XXIII.

Judith entre los soldados de Holofernes.

La salida de Judith, que á tal hora presenciaron muy pocos, se divulgó rápidamente por toda la ciudad.

El acto era verdaderamente extraordinario en sí y por ciertas circunstancias que le acompañaban, y la sensación que causó fué asimismo extraordinaria.

A la voz de *Judith ha abandonado la ciudad* siguieron inmediatamente suposiciones mil del pueblo.

—¡Ha ido al campamento enemigo! profería uno: ¿qué intento será el suyo, y cómo no teme verse expuesta á los peligros con que ha de tropezar en medio del ejército de Holofernes?

—Y se ha vestido de fiesta. Ha dejado el luto y el cilicio y ha quitado la ceniza de su cabeza para adornarse con sus más brillantes galas, observaba otro con una extrañeza que casi pasaba á tener visos de malicia.

La multitud para creer esto necesitó que los que habían visto salir á la viuda de Manasés lo juraran por su ánima.

—Pues una mujer jóven y hermosa que de tal manera se adorna para ir á visitar al enemigo, más bien pretenderá agradarle que parecerle mal.

Esta reflexion era naturalísima.

—Pero ¿cómo se ha obrado semejante trasformacion en la virtud de Judith? Porque ¿qué objeto puede llevarla á encontrar al enemigo?

—Es forzoso pensar, profirió uno, que no se aviene á sufrir los tormentos por que pasan sus hermanos, ni ménos á morir entre nosotros, y que viéndose jóven y hermosa ha juzgado que sus atractivos la salvarian de la suerte de los moradores de Bethulia si se presentaba voluntariamente á los asirios.

Esta suposicion halló eco en la malicia de la multitud.

El nombre de Judith fue pronunciado por todos con horror.

Ni una voz se levantó en su defensa entre las muchas que dirigian los más envenenados dardos á su honra y á su virtud.

En un momento se borró de la memoria del pueblo todo un pasado lleno de pruebas las más grandes de abnegacion, de patriotismo, de viva fe y acendrado amor al Dios de Israel, y se la juzgó tan cruelmente por un hecho solo, ó mejor dicho, por las apariencias de un hecho que no se podia explicar el pueblo.

La misma extrañeza del acto habia de haber impedido todo juicio temerario á un pueblo que conocia demasiadamente á Judith para perder tan pronto la memoria de sus virtudes; pero no fue así: olvidando en un dia años enteros pasados en el ejercicio de todas las virtudes, mancilló

su nombre con la nota más infamante que pueda ponerse sobre mujer.

No desconocía esto Judith.

Al salir de la ciudad tomó el camino de su huerto desde el cual iría más rectamente al campamento de Holofernes.

La criada la seguía silenciosa, haciendo mil diversos pensamientos.

Judith llegó al sitio mismo donde pocos días ántes había ido á postrarse para orar al Señor y despedirse de su esposo, y otra vez se postró en tierra pidiendo fuerzas y valor al Dios de Israel.

Su oración concluyó con estas palabras :

—Y tú, esposo mio, mira el interior de mi pecho, y no quieras ofenderte por el exterior que hoy presento á los ojos de las gentes. El luto que no se ve en mi vestido está todo en mi corazon. Por amor á tí vestí un día estas galas; por amor á Bethulia y al pueblo de Israel las he vuelto á vestir en esta hora. No te ofenda que haga esto por tu pueblo la que es viuda de un príncipe de Israel.

Judith se levantó y tomó resueltamente la direccion del campamento.

Toda la noche anduvo sin tropiezo.

Al amanecer se detuvo para volver atrás el rostro y mirar la ciudad.

Todavía se distinguían los edificios más elevados.

—¡Que dirá hoy de mí el pueblo de Bethulia!... profirió : me ha visto abandonarle, adornada de mis mejores galas, á ignora mi pensamiento y sabe que voy al campo de Holofernes!

La criada oyó esta reflexion que hizo en voz alta su señora, y dijo :

— No pensarán de tí lo más piadoso.

Judith se sonrió tristemente y profirió :

— El Señor Dios me restituirá mi fama y me volverá entre mis hermanos.

Estos seguian con las murmuraciones que hemos oido y las cuales iban en aumento , léjos de disminuir , entre la gente que bullia en las calles y plazas.

Las trompetas de la sinagoga llamaron al pueblo á la casa de Dios.

Los moradores de Bethulia acudieron sin dejar el asunto de su general conversacion.

El príncipe Ozías dirigió allí la palabra al pueblo diciendo :

— Oremos al Señor , al fuerte , al poderoso , al que protege á los débiles que le miran y abate á los soberbios que no le conocen : al Dios de los ejércitos cuyo brazo , sin escudo ni lanza ni espada , echa por tierra las más grandes legiones ; al que venció á Amalec y derribó á Faraon.

Todo el pueblo se postró en tierra con la frente al suelo.

Ozías continuó :

— Oremos al Señor para que dentro de cuatro dias nos envíe su ángel de salvacion ; oremos al Señor para que aleje al enemigo de nuestras puertas y el hambre y la sed de nuestra ciudad ; oremos al Señor para que dé toda su proteccion á Judith...

Al oír este nombre el pueblo unánime levantó la cabeza mirando al sumo sacerdote.

Este, que sabia sus murmuraciones, no extrañó este movimiento, y repitió en tono grave :

—Oremos al Señor para que dé toda su proteccion á Judith, y la vuelva dentro de cuatro dias entre nosotros, y vengan con ella las aguas á la ciudad y el consuelo y el alivio á todos los corazones que sufren.

Estas frases hicieron en todos honda impresion, suspendiendo los juicios temerarios que cada uno habia hecho.

Al tiempo que esto sucedia en la ciudad, llegaba Judith á las primeras avanzadas de Holofernes.

Los soldados al verla no pudieron ménos de sentirse maravillados.

Judith se puso á temblar así que se miró en presencia de los enemigos.

—¿Quién eres tú y de dónde vienes? le preguntaron aquellos hombres con una voz tan blanda que contrastaba extrañamente con sus duras y salvajes fisonomías.

Judith respondió :

—Soy hebrea.

Los soldados miraban asombrados sus preciosas galas, y más que las galas la singular y por ellos nunca sospechada hermosura de la mujer que adornaban.

—*Soy hija de los Hebreos, prostró Judith, y por eso me he huído de ellos, porque he conocido que os serian entregados á saco, por cuanto menospreciándoos no se han querido entregar voluntariamente para hallar misericordia delante de vosotros.*

Por esta causa, pensé dentro de mí, diciendo: Iré á la presencia del príncipe Holofernes para describirle los secretos de ellos y manifestarle por qué entrada puede apo-

derarse de ellos de manera que no perezca un solo hombre de su ejército (1).

Judith pronunció estas frases con un acento entrecortado por el temor y la violencia que se hacia su espíritu para no titubear en lo que decia, y presentar el rostro sereno, cuando el corazon apénas podia latir, oprimido y atormentado cruelmente dentro del pecho.

El que parecia jefe de la avanzada profirió :

— Por los dioses que has sido bien inspirada al concebir tal designio; porque así te librarás de la muerte que espera á todos los tuyos y serás salva, y no perecerá una tan grande hermosura como la tuya.

Y el jefe y los soldados siguieron contemplando su belleza con las mayores muestras de admiracion (2).

Las frases de los gentiles hicieron subir el rubor á la casta frente de Judith.

Sus oidos no habian escuchado jamás semejantes palabras de alabanza á su belleza de boca de los hombres de Bethulia, que si no la admiraban ménos, le guardaban un respeto que no podian sentir ni tener por ella los gentiles. Judith se sentia violenta en presencia de aquellos hombres, y deseaba llegar cuanto ántes á la de su general, una vez en camino de poner por obra su pensamiento.

— El Dios de Israel ponga en boca de Holofernes palabras como las que me habeis dicho vosotros, y yo, su sierva, le adoraré y bendeciré.

(1) Judith, X.

(2) Y cuando aquellos hombres oyeron sus palabras, contemplaban su rostro, y en sus ojos se leia el asombro, porque admiraban extremadamente su hermosura, (*Judith*, X, 14).

El jefe, anticipándose á darle una prenda de seguridad, conociendo que no era posible que fuese despreciada y maltratada por su general una mujer tan jóven y tan hermosa, profirió:

— *Has conservado tu ánima, por cuanto has hallado tal designio de venir á nuestro señor.*

Ten, pues, entendido que luego que te pusieres en su presencia lo hará bien contigo, y te granjearás muchísima gracia en su corazon (1).

Un rayo de esperanza cruzó por la frente de Judith.

— *Llebadme á vuestro señor, dijo.*

El que hacia de jefe quiso por sí mismo tener este honor, y acompañó á la hermosa hebrea á la tienda de su general.

El entrar en el campamento las miradas de todos los soldados se fijaron en aquella mujer que primero llamaba la atencion por su traje, y seguidamente la fijaba por su singular belleza.

Los oficiales superiores y príncipes del ejército que la vieron al cruzar el vasto campamento, no se contentaban con admirarla al paso y seguirla un trecho con los ojos, sino que se iban detrás ó á su lado formando un séquito comparable sólo con el que acompañara á una princesa soberana de todas aquellas gentes.

Uno de los príncipes profirió:

— *¿Quién tendrá en poco al pueblo de los hebreos, los cuales tienen mujeres tan agraciadas que merecen bien que peleemos por ellas contra ellos? (2)*

(1) Judith, X.

(2) Ibid.

Estas frases, al herir los oídos de Judith, no pudieron ménos de sobresaltar su corazón.

En ellas se revelaban los instintos salvajes de los asirios, y podia conocer lo que seria de las hijas de Bethulia si llegaban á penetrar en la ciudad las tropas de Holofernes.

Mas al propio tiempo, juzgando que aquel príncipe gentil las habia pronunciado movido de admiracion por su hermosura, pensó :

—El Señor Dios quiere sin duda que vuelva yo en estos dias á los más hermosos de mi primera juventud para que parezca bien á estas gentes.

Al hacerse esta reflexion, otra vez iluminó su rostro la esperanza en el resultado de su empresa.

Pero este pensamiento que no la abandonaba un instante y que daba fortaleza á su espíritu, no impedia que á menudo se llenara su alma de terror, ni que sus ojos miraran espantados al rededor, pensando en la triste suerte que le cabria si el Señor la abandonaba.

Pero seguidamente elevaba los ojos al cielo, y en su pensamiento le pedia que no la abandonase y la condujese al fin de la arrojada empresa á que se habia lanzado.

(1) Judith, X, 14.
 (2) Judith, X, 14.
 (3) Judith, X, 14.
 (4) Judith, X, 14.
 (5) Judith, X, 14.
 (6) Judith, X, 14.
 (7) Judith, X, 14.
 (8) Judith, X, 14.
 (9) Judith, X, 14.
 (10) Judith, X, 14.
 (11) Judith, X, 14.
 (12) Judith, X, 14.
 (13) Judith, X, 14.
 (14) Judith, X, 14.
 (15) Judith, X, 14.
 (16) Judith, X, 14.
 (17) Judith, X, 14.
 (18) Judith, X, 14.
 (19) Judith, X, 14.
 (20) Judith, X, 14.
 (21) Judith, X, 14.
 (22) Judith, X, 14.
 (23) Judith, X, 14.
 (24) Judith, X, 14.
 (25) Judith, X, 14.
 (26) Judith, X, 14.
 (27) Judith, X, 14.
 (28) Judith, X, 14.
 (29) Judith, X, 14.
 (30) Judith, X, 14.
 (31) Judith, X, 14.
 (32) Judith, X, 14.
 (33) Judith, X, 14.
 (34) Judith, X, 14.
 (35) Judith, X, 14.
 (36) Judith, X, 14.
 (37) Judith, X, 14.
 (38) Judith, X, 14.
 (39) Judith, X, 14.
 (40) Judith, X, 14.
 (41) Judith, X, 14.
 (42) Judith, X, 14.
 (43) Judith, X, 14.
 (44) Judith, X, 14.
 (45) Judith, X, 14.
 (46) Judith, X, 14.
 (47) Judith, X, 14.
 (48) Judith, X, 14.
 (49) Judith, X, 14.
 (50) Judith, X, 14.
 (51) Judith, X, 14.
 (52) Judith, X, 14.
 (53) Judith, X, 14.
 (54) Judith, X, 14.
 (55) Judith, X, 14.
 (56) Judith, X, 14.
 (57) Judith, X, 14.
 (58) Judith, X, 14.
 (59) Judith, X, 14.
 (60) Judith, X, 14.
 (61) Judith, X, 14.
 (62) Judith, X, 14.
 (63) Judith, X, 14.
 (64) Judith, X, 14.
 (65) Judith, X, 14.
 (66) Judith, X, 14.
 (67) Judith, X, 14.
 (68) Judith, X, 14.
 (69) Judith, X, 14.
 (70) Judith, X, 14.
 (71) Judith, X, 14.
 (72) Judith, X, 14.
 (73) Judith, X, 14.
 (74) Judith, X, 14.
 (75) Judith, X, 14.
 (76) Judith, X, 14.
 (77) Judith, X, 14.
 (78) Judith, X, 14.
 (79) Judith, X, 14.
 (80) Judith, X, 14.
 (81) Judith, X, 14.
 (82) Judith, X, 14.
 (83) Judith, X, 14.
 (84) Judith, X, 14.
 (85) Judith, X, 14.
 (86) Judith, X, 14.
 (87) Judith, X, 14.
 (88) Judith, X, 14.
 (89) Judith, X, 14.
 (90) Judith, X, 14.
 (91) Judith, X, 14.
 (92) Judith, X, 14.
 (93) Judith, X, 14.
 (94) Judith, X, 14.
 (95) Judith, X, 14.
 (96) Judith, X, 14.
 (97) Judith, X, 14.
 (98) Judith, X, 14.
 (99) Judith, X, 14.
 (100) Judith, X, 14.

CAPITULO XXIV.

La tienda de Holofernes.

La tienda de Holofernes se levantaba en medio del campamento, descollando sobre todas las demas y distinguiéndose á gran distancia por sus dimensiones y extraordinario lujo.

Tenia cuatro lados, adornados los ángulos de brillantes escudos de oro; en la entrada se veia á una y otra parte dos caprichosas columnas formadas de armas de todas clases, como lanzas, espadas, dardos, hachas y mazos, las cuales sostenian un riquísimo cortinaje de tela de Persia bordada de oro.

El interior revelaba toda la grandeza del príncipe soberano de aquel inmenso ejército, rebosando allí todo el lujo oriental de la época.

El suelo estaba cubierto de vistosisimas alfombras y pieles de tigre; las paredes tapizadas de seda de vivos colores; mullidos y suntuosos divanes á los lados, braserillos de plata y oro que arrojaban odoríferos perfumes.

La tienda tenia dos aposentos adornados igualmente, con la sola diferencia de que el primero ostentaba una especie de trono que consistia en un divan de mayor altura que los ordinarios, cubierto con un pabellon de púrpura y oro, adornado de esmeraldas y otras piedras preciosas.

Allí recibia Holofernes á los oficiales superiores de su ejército, y era donde comia y daba los convites opíparos con que á menudo distraía el fastidio de tantos dias de campamento.

La segunda sala servia de dormitorio y allí tenia el lecho de marfil, obra que era un verdadero primor del arte y al paso otra muestra de la riqueza de su dueño.

Holofernes se hallaba en la primera sala, sentado en el divan, conferenciando con algunos de sus caudillos, cuando se presentó uno de los eunucos que se hallaban de servicio, y le dijo:

—Señor, aquí está el jefe de la avanzada que mira á la puerta principal de la ciudad, el cual trae una mujer que se ha salido de Bethulia para venir á tí.

—¡Para venir á mí! profirió extrañado el general asirio.

—Y ruega que le otorgues licencia para verte.

—Dile que entre; quizá trae alguna nueva importante.

Poco rato despues se hallaba Judith delante del caudillo babilónico.

El corazon del guerrero dió un fuerte latido al ver á la hebrea, sus ojos se abrieron desmesuradamente como si quisieran así abrazar mejor todos los atractivos de aquella figura hermosísima, y quedaron fijos y encantados en su rostro.

Esto mismo pasó á los príncipes gentiles que con él se hallaban.

La viuda de Manasés experimentó una sensación por cierto bien contraria.

La fama de Holofernes habia ántes llegado á ella acompañada del horror de sus atrocidades, y la idea que tenia de su figura no podia ménos de corresponder á la de su nombre.

Con todo y hallarse preparada á una mala impresion, la que recibió fue diez veces más terrible.

—¡Dios de Israel! profirió con voz apagada por el espanto la viuda de Manasés, apartando la mirada de aquel rostro de durísimas facciones, que retrataban todo lo que habia de bárbaro y salvaje en aquel hombre verdaderamente espantable por sus hechos y por su figura.

Judith hizo un esfuerzo sobre sí misma para dominarse y cobrar valor, y se postró en tierra, tocando con la frente al suelo para darle muestra del grado mayor de su respeto, como se acostumbraba hacer con los grandes príncipes.

—¡Levantadla! dijo Holofernes á sus eunucos.

Estos fueron á obedecer la orden de su señor, pero Judith no les dió lugar, levantándose ántes que llegaran á ella, evitando así que manos de gentiles tocaran siquiera fuese sus vestidos.

—Acércate, le dijo entónces el general asirio, con acento trémulo y volviendo á fijar la anhelante mirada en los atractivos de su rostro.

Judith adelantó pausadamente hasta llegar á la distancia de dos codos del divan.

El semblante de Judith revelaba á pesar suyo el temor que oprimia su pecho.

Holofernes, que *quedó inmediatamente preso por sus pro-*

pios ojos, según expresión de la Escritura, se apresuró á tranquilizar á la bella hija de Israel, diciendo con acento afectuoso :

— *Ten buen ánimo y no temas en tu corazón: porque yo nunca hice daño á hombre que quiso servir al rey Nabucodonosor.*

Y si tu pueblo no me hubiese menospreciado, no hubiera alzado mi lanza contra él.

Mas ahora dime: ¿por qué causa te has retirado de ellos y has querido venirte á nosotros? (1)

Judith tomó aliento y respondió :

— *Recibe las palabras de tu sierva, porque si siguieres las palabras de tu sierva, el Señor te dará concluido el negocio.*

Porque vive Nabucodonosor, rey de la tierra, y vive su poder que reside en ti para castigar á todas las almas extraviadas: porque no solamente los hombres por tí le sirven, sino que aun las bestias del campo le obedecen (2)

El P. Scio pone esta nota á estas frases de Judith :

«Esta era una fórmula (*Vive Nabucodonosor, vive su poder*) de juramento muy usada entre los hebreos. El que hacia Judith era verdadero, porque el poder de Nabucodonosor, ó más bien el del mismo Dios, residia en Holofernes para castigar las almas que se habian extraviado; porque Dios se sirve muy de ordinario de los más crueles tiranos, como de ministros para castigar ó corregir saludablemente á los que se han salido de sus caminos por sus delitos. Otros: A los que le han resistido y no han querido sujetarse á su obediencia.»

(1) Judith, XI.

(2) Ibid.

Judith continuó :

— *Pues es celebrada en todas las gentes la prudencia de tu ánima, y se ha divulgado por todo el mundo que tú solo eres bueno, y el poderoso en todo tu reino, y tu disciplina es alabada en todas las provincias.*

Ni tampoco se oculta lo que habló Achior : ni se ignora lo que mandaste que se hiciera con él.

Porque es cosa constante, que nuestro Dios está tan ofendido de los pecados, que ha hecho decir por sus profetas al pueblo, que le entregará por sus pecados.

Y por cuanto saben los hijos de Israel, que ellos tienen ofendido á su Dios, tu temblor está sobre ellos.

Demas de esto están acosados de hambre, y por falta de agua se cuentan ya entre los muertos.

Por último andan ya disponiendo matar sus bestias y beber la sangre de ellas (1).

El lector que no conozca la Escritura habrá extrañado las palabras de Judith que aquí trasladamos, tan contrarias al espíritu de la ciudad y á lo que hacian los habitantes de Bethulia, segun hemos dicho al describir imperfectamente el estado de su ánimo y lo que en la poblacion se obraba. Es que Judith fingia en presencia de Holofernes. Véase lo que nota en este pasaje el P. Scio :

«Todo lo que se sigue, en que la letra no parece dejar lugar para excusar á Judith de ficcion, se puede entender en sentido profético y figurativo.

«Estaba severamente prohibido, aun ántes de la Ley de Moisés, beber la sangre. Y por esto Judith da á entender

(1) Judith, XI.

que su pueblo habia incurrido más y más en la indignacion divina, y que su pérdida era segura en castigo de sus prevaricaciones.»

En este concepto Judith continuó :

— *Y las cosas consagradas al Señor su Dios, que mandó Dios que no se tocasen, trigo, vino y aceite, han pensado gastarlas, y quieren consumir lo que ni aun deberían tocar con las manos (1): y así puesto que hacen estas cosas, es cierto que serán entregados en perdicion.*

Lo cual, conociendo yo tu sierva, hui de ellos, y el Señor me ha enviado á darte aviso de esto mismo (2).

La intencion que dictaba estas frases no impedía la violencia grandísima que habia de hacerse Judith para empañar sus puros labios con el hálito de la mentira.

En aquellos instantes sintió como una necesidad de proclamar en presencia misma de Holofernes, que adoraba y seguiria adorando al Dios de Israel, y así lo hizo mientras continuaba el discurso con el ánimo de hacerse suyo por completo el corazon del feroz caudillo asirio.

Judith prosiguió:

— *Porque yo tu sierva adoro á Dios, aun ahora que estoy en tu poder; y saldrá tu sierva, y hará oracion á Dios.*

Y me dirá cuando les retorne su pecado, y vendré á darte de ello aviso, de tal manera que yo te llevaré por medio de Jerusalem, y tendrás á todo el pueblo de Israel

(1) Habla de las primicias y de los diezmos, del trigo, del vino y del aceite, que eran frutos consagrados á Dios y que por la Ley estaban destinados para solos los sacerdotes y levitas. Judith concluye que los judíos haciendo servir estas cosas sagradas á su uso habian acabado de poner el colmo á la medida de sus delitos.— *Nota del P. Scio.*

(2) Judith, XI.

como ovejas que no tienen pastor; y no ladrará ni un solo perro contra tí:

Porque todo esto me ha sido dicho por la providencia de Dios.

Y porque Dios está enojado con ellos, he sido enviada para anunciarte estas mismas cosas (1).

Aquí terminó Judith su discurso.

Holofernes la habia estado escuchando sin pestañear ni mover los ojos fijos en su semblante.

Los príncipes y oficiales del ejército que la acompañaban estuvieron como su jefe mientras habló Judith.

Hacia ya un buen espacio de tiempo que habia concluido de hablar, y todavía reinaba en el aposento un silencio completo.

Holofernes no desplegó los labios.

Permaneció mudo como adormido al son de una melodía, resonando aun en sus oídos el acento que acababa de escuchar.

La voz de Judith era tan hermosa como su semblante, y así como sus perfectas facciones herian los ojos del caudillo asirio, su acento hirió las cuerdas más escondidas de su corazón.

Por fin salieron todos de aquella especie de estupor, y los oficiales mirándose maravillados se dijeron:

—No hay mujer como esta sobre la tierra, en parecer, en belleza, y en cordura de palabras (2).

Holofernes respondió á lo que habia manifestado la hermosa hebrea en estos términos:

(1) Judith, XI.

(2) Ibid.

— *Bien ha hecho Dios que te envió delante de tu pueblo para que tú le pongas en nuestras manos.*

Y por cuanto tu promesa es buena, si tu Dios me hiciere esto, será él también mi Dios, y tú serás grande en la casa de Nabucodonosor, y tu nombre será celebrado en toda la tierra (1).

(1) Judith, XI.

CAPITULO XXV.

La tienda de los tesoros.

Al incendio, al asesinato y á las más espantosas violaciones, acompañó el saqueo de las ciudades que Holofernes halló á su paso desde las fronteras de Asiria al territorio de los hijos de Israel.

La riqueza que en metales y otros objetos preciosos tenían todos aquellos países, vino toda á poder del general asirio.

Los tesoros que guardaba excedían á los del rey más poderoso de la tierra, si se exceptua el soberano de Babilonia de quien era súbdito Holofernes y para quien conquistaba territorios, hombres y riquezas.

Cerca de su tienda y á igual distancia en uno y otro lado habia dos más que ostentaban encima de su puerta el escudo de oro del general.

En una de esas tiendas se guardaban las mujeres, en otra los tesoros.

Ambas estaban perfectamente construidas y acondicionadas en su interior.

Holofernes quiso alojar dignamente á la hermosura que se habia presentado pidiendo su amparo.

La tienda que servia de harem no podia naturalmente ser alojamiento de Judith. Esto lo conocia Holofernes con todo y pertenecer al pueblo de los gentiles.

El general creyó, pues, que no podia ofrecerle otra mejor morada que la tienda de los tesoros.

Así dijo á Judith:

—Tu habitacion será en la tienda misma donde se guardan mis tesoros, que tesoro eres tú tambien de inestimable belleza, y en ninguna otra parte podrás estar con más comodidad ni mejor guardada.

Seguidamente llamó al oficial encargado de la tienda y le dijo:

—Desde hoy el sitio de las riquezas que se hallan bajo tu custodia será habitacion de esta hermosa hija de Israel. Enséñale cuando éntre las preciosidades que allí se guardan, en zarcillos, coronas, collares, brazaletes, arracadas, y vasos y otros objetos de oro y pedreria, para que ella elija y tome para sí todo cuanto sea de su gusto.

Y volviéndose á Judith añadió:

—Y tú, hermosa hija de Israel, para que veas que has hallado gracia en Holofernes, sabe que todos mis tesoros están á tú disposicion: elige entre lo que veas lo que más te agrade para tu adorno ó para tu servicio.

Judith respondió:

—Guarda tus tesoros para tí, que no necesita de ellos tu sierva para estar reconocida á tu bondad. Mi mayor

tesoro es el haber hallado gracia á los ojos de mi señor.

Al pronunciar estas frases que hicieron vibrar las más escondidas fibras del corazon de Holofernes, la viuda de Manasés apretó el suyo con toda la fuerza de su brazo.

El dolor que le heria era tan vivo que no podia resistirlo.

Los labios, obedeciendo á la voluntad que mandaba, pronunciaban frases que rechazaba interiormente el sentimiento; y la lucha horrible entre el sentimiento y la reflexion rompia á pedazos aquel su corazon tiernísimo y virtuoso, incapaz de afecto alguno impuro y de toda pasion indigna de su nombre, de su religion, de su virtud y de la memoria ilustre y querida de Manasés.

El sufrimiento del alma de Judith debió pintarse en su rostro en aquellos instantes, por más que se afanara en parecer alegre y serena en presencia de Holofernes.

Este, arrobado por las gracias de su semblante, se hallaba demasiadamente fascinado por sus atractivos para poder advertir esas señales del estado del alma.

—Todo es tuyo, repitió el general con voz trémula que se agitaba al impulso de un vivísimo deseo; y tú tomarás lo que quieras para tí. En esa tienda serás servida por mis criados que estarán atentos á tu voz.

—Perdona, señor, á tu sierva, replicó humildemente Judith, pero yo traigo conmigo la mujer que puede servirme, y te ruego que la permitas quedarse en mi compañía.

—Como tú lo deseas hágase asimismo, dijo Holofernes que nada en aquellos momentos hubiera podido negar á la hermosura que tenia delante.

Luego añadió:

—De los manjares mismos de mi mesa se cubrirá la tuya.

Judith replicó asimismo:

—Pues tan bondadoso, señor, te muestras con tu sierva, permite que te dirija otro ruego.

—Habla.

—Yo he traído lo que he de comer en estos días. No está permitido á los hijos de Israel, porque lo prohíbe nuestra ley, comer de las viandas de los gentiles; por esto he traído yo lo necesario para mi comida; porque si comiera de lo tuyo ofendería al Señor mi Dios, y entónces no oiría los ruegos de tu sierva, y no te entregaría al pueblo de los judíos como yo le ruego y le rogaré que lo haga, y sin duda lo hará el Señor Dios.

—¿Mas si te llegaran á faltar en estos días las cosas que has traído? preguntó Holofernes.

— *Vive tu alma, señor mio, que no consumirá tu sierva todas estas cosas sin que haga Dios por mi lo que he pensado* (1).

—Sea como dices, profirió Holofernes.

Judith añadió:

—Todavía osaría mi ánima pedirte otra merced.

—¿Qué podría pedirme que yo no concediera? exclamó el guerrero con entusiasmo, que ya á tal grado subia la complacencia de que se hallaba poseído contemplando la belleza de la hebrea.

—Quisiera, señor, que me permitieras salir fuera de la tienda por la noche y ántes de amanecer para orar al Señor.

(1) Judith, XII.

Holofernes se dirigió á uno de sus oficiales superiores y le dió esta órden:

—Dirás á todos que le dejen franco paso.

Judith se inclinó profundamente delante del general, y dijo:

—Así el Señor mi Dios se digne acceder al ruego de tu sierva como ardientemente se lo pide mi corazón.

Los criados de Holofernes la condujeron á la tienda de los tesoros, acompañándola su criada.

Al entrar en el rico y suntuoso pabellon, el capitán á cuya inmediata custodia se hallaban los tesoros, los puso de manifiesto á Judith segun el caudillo habia mandado.

—Holofernes ordena que ponga á tu disposicion estas riquezas para que elijas á tu placer, dijo.

—Ya he manifestado á mi señor que ninguna de estas cosas podria serme tan agradable como la acogida que me ha hecho; así, guárdalas otra vez, que nada he de tomar para mí, y déjame luego sola, que estoy fatigada del camino y necesito descanso.

El oficial guardó los preciosos objetos, y salió de la tienda despues de haberse inclinado reverentemente á los piés de Judith como si fuera su reina.

La noble hija de Israel, apénas se miró sin otro testigo que su fiel criada, lanzó un suspiro tan profundo como prolongado, desahogando su pecho de la opresion que le ahogaba, y rompió á llorar abundantemente.

—¿Por qué lloras? le preguntó su sierva: ¿acaso podias esperar mejor recibimiento?

—¡Ay de mí! exclamó Judith: ¡quién me dijera que mis labios que pronunciaron un dia aquel sagrado jura-

mento de amor y fidelidad al noble esposo que el Señor me diera, habian de proferir expresiones de afecto á un enemigo de mi Dios!

—¿Por ventura siente tu corazon lo que ha dicho tu boca? observó la sierva: bien han visto mis ojos como temblaban tus labios al proferir palabras que el pecho no sentía.

—En verdad que no puede sentir lo que dije: mas ¿puedo yo mentir sin que mi ánima sufra y padezca? ¿Cuándo la mentira ha manchado mi lengua?

—Tu ánima sabrá qué designio es el tuyo.

—¡El amor á mi Dios, el amor á mi patria, estos sagrados objetos exigen de mí este violento sacrificio! Yo, encendido el pecho en su llama, creí tener valor y serenidad... y los miembros todos de mi cuerpo tiemblan de miedo, y tú misma dices que has visto palpar mis labios; ¡luego mi semblante no se mantiene sereno, sino al contrario, aparecen en él la confusion y el recelo! ¿Y qué será de tu sierva, Señor, qué del pueblo de Israel, si mi fortaleza es menor que mi debilidad?

Judith cayó de rodillas, y elevando los ojos al cielo, vuelto el rostro á Jerusalem, exclamó:

—Mira, mi Dios, la situacion de tu sierva; débil es y débil se siente para la grande empresa que ha osado acometer: por amor tuyo, Señor, he venido en medio de tus enemigos. Débil me siento entre ellos: pero tú, Señor, eres el fuerte y el poderoso sobre todos los poderosos y fuertes de la tierra; que tu aliento, Señor, penetre en el asustado pecho mio, que tu poder me acompañe para que yo sea fuerte y poderosa en mi designio. ¿Qué fuera sin tu ayuda

mi voluntad? ¿qué mi flaqueza sin tu aliento? Tu amor inspiró mi ánimo al salir de la ciudad, tu amor le dió el impulso primero; que tu amor, Señor, le preste la fortaleza para seguir y llevar á cabo su designio.

La sierva ignoraba el pensamieto que su ama se llevaba.

Esta sentia como una necesidad de expansion y hasta de consulta con la única persona que le acompañaba; pero temia los efectos de la debilidad natural en la mujer, y que su criada, desmayando, debilitase en ella la fuerza de su espíritu.

La sierva por su parte no estaba ménos aguijoneada por el deseo de la curiosidad.

Ella que conocia como nadie las virtudes de su ama, no podia en manera alguna atribuir á un designio liviano su presentacion á Holofernes, y no sabia cómo explicarse el deseo visible de Judith de mostrarse agradable á los ojos del general, y al mismo tiempo la pena profunda que á solas con ella manifestaba por tener que manchar sus labios con la impureza de la mentira, esto es con palabras halegüeñas y afectuosas que dirigia al enemigo de su patria y de su Dios para agradarle, y que su corazon, no sólo no las inspiraba sino que las repugnaba profundamente.

—¿Tú te admiras, dijo Judith á su sierva, de la buena acogida que hemos hallado en estos nuestros enemigos?

—No en verdad; porque bien se ve que no es á la hija de Israel, pueblo que Holofernes aborrece, sino á la mujer hermosa á quien dispensa tan efectiva acogida.

—¿Crees que es sólo á mi hermosura?

—Bien claro se ve.

—¿Y juzgas, con eso, que he hallado gracia á sus ojos?

—Dudarlo fuera no creer lo que se toca. ¿Qué más ha podido hacer Holofernes para manifestarlo?

—En verdad no caben muestras mayores, asintió Judith.

—Si tu deseo ha sido cautivar su corazón, por cierto lo has conseguido, porque cautivo le miro yo de tu hermosura.

—Ese, pues, ha sido mi intento.

—¡Ese!... profirió con una exclamación la sierva, que de pronto no vió más que el sentido literal de las palabras de su ama.

Judith se ruborizó, y dijo:

—¡Cómo me juzgas en estos instantes, tú que tan distinta me has conocido!...

La sierva bajó los ojos y luego profirió:

—Yo no me atreveré á pensar nada que sea contrario á tu virtud y tu nombre; ántes bien presumo que te impulsa un secreto designio que no rechazará el Señor ni los hijos de su pueblo.

—Gracias te doy por la manera de juzgarme, profirió Judith, en verdad mi designio es...

La viuda de Manasés arrojó una mirada recelosa en derredor y se acercó más á su sierva.

Hablándole más bajo, continuó:

—Es hallarme sola con Holofernes para...

Aquí se interrumpió, cortando de repente la palabra una idea contraria, y concluyó diciendo:

—Para pedirle que, por el efecto que yo le inspiro, tenga piedad y no sea cruel con el pueblo de Bethulia.

—Bien decia yo en mi interior que no pudo haberte

traido aquí pensamiento ni designio que fuera indigno de tu virtud. Si tú consigues lo que has imaginado, el pueblo todo de Bethulia te bendecirá, porque le habrás salvado y verá que el Señor habrá sido contigo.

—El Señor Dios te oiga y sea con su sierva, y el pueblo de Bethulia y todos los hijos de Israel se salven por mi mediacion, y halle en esto mi ánima el premio de las angustias por que pasa en estos terribles instantes.

Judith necesitaba descanso, y se retiró á su dormitorio, cerrando los párpados al sueño miéntras espiraba en sus labios la última frase de una oracion al Altísimo.

CAPITULO XXVI.

La fuente del Valle.

A la caída del sol la noble viuda se levantó del lecho, mandó á la sierva que arreglase la cena de las provisiones que consigo habia traído y comió con apetito.

La noche tendió luego su negro manto sobre el campamento asirio.

Las trompetas habian tocado silencio, y todo callaba en la vasta extension que ocupaba el ejército de Holofernes.

Seria cerca de la media noche cuando la luna rasgando las pardas nubes que cubrian el cielo iluminó el espacio con su pálida luz.

Judith, que á tal hora se hallaba orando, tomó el manto, cubrió con él la cabeza y el rostro, y mandando á su sierva que la siguiera abandonó la tienda.

Los centinelas de la entrada que guardaban los tesoros allí encerrados, la vieron salir y se inclinaron sin impedirle el paso, segun la órden que recordaremos se les habia comunicado.

Por otros puntos pasó Judith sin que ninguno fuera osado á detenerla ni aun para preguntarla.

Habia corrido en todo el ejército la voz de la consideracion con que el general la miraba, y ninguno hubiera sido osado á faltarla en lo más mínimo sin peligro de ver cortada su cabeza á los piés del caudillo que tenia sobre sus subordinados el absoluto poder de Nabucodonosor.

La hermosa viuda atravesó el campamento y llegó á un valle que ya le era conocido, y en cuyo fondo discurría un arroyo.

Allí se quitó el manto y las sandalias, y con la cabeza descubierta y los piés desnudos se acercó á la márgen del arroyo.

La licencia que habia pedido á Holofernes de salir por la noche era no sólo con el objeto de orar, sino con el de purificarse, si acaso habia contraido alguna impureza legal con el trato y comercio de los infieles.

Los judíos se purificaban siempre en tales ocasiones.

Judith empezó á lavarse, segun el uso y costumbre de los hebreos, la cara, las manos y los piés en las cristalinas aguas del arroyo, que mansamente murmuraba, mezclando su apacible rumor con el susurro del céfiro al pasar por entre las copas de las palmeras y los arbustos.

El rayo de la reina de la noche reflejaba en el agua plateando las menudas ondas, y en la blanquísima y ligeramente rosada frente de Judith que más bien que figura de mujer parecia un lirio nacido del fondo del arroyo.

Su sierva se hallaba á cierta distancia silenciosa como la naturaleza que las rodeaba.

De pronto oyóse un ruido en un zarzal cercano.

Judith y su sierva se sobresaltaron dirigiendo la medrosa vista hácia el punto en donde el ruido sonara.

Casi al mismo tiempo lanzaron ambas una exclamacion de susto y de sorpresa.

Por encima del zarzal asomaba un hombre la cabeza.

La sierva de Judith corrió á su ama con el manto.

Esta le cogió, y se cubrió apresuradamente la cabeza y el rostro.

Seguidamente echó á andar, mejor dicho, á correr hácia el campamento.

Entónces sonó una voz del hombre que dijo con triste y lastimoso acento:

—¡Judith! ¿huyes de mí?

La viuda de Manasés se detuvo.

Volvió atrás el rostro, y vió entónces entera la figura de un guerrero junto al arroyo.

La sierva le vió tambien y exclamó:

—¡Achior!

—¡Él es! dijo Judith.

El principe amonita se acercó pausadamente.

—¿Cómo has osado venir hasta aquí? le preguntó Judith. ¿Has perdido acaso la razon, que no conoces que te pones entre tus enemigos que segarán tu cuello sin tardanza?

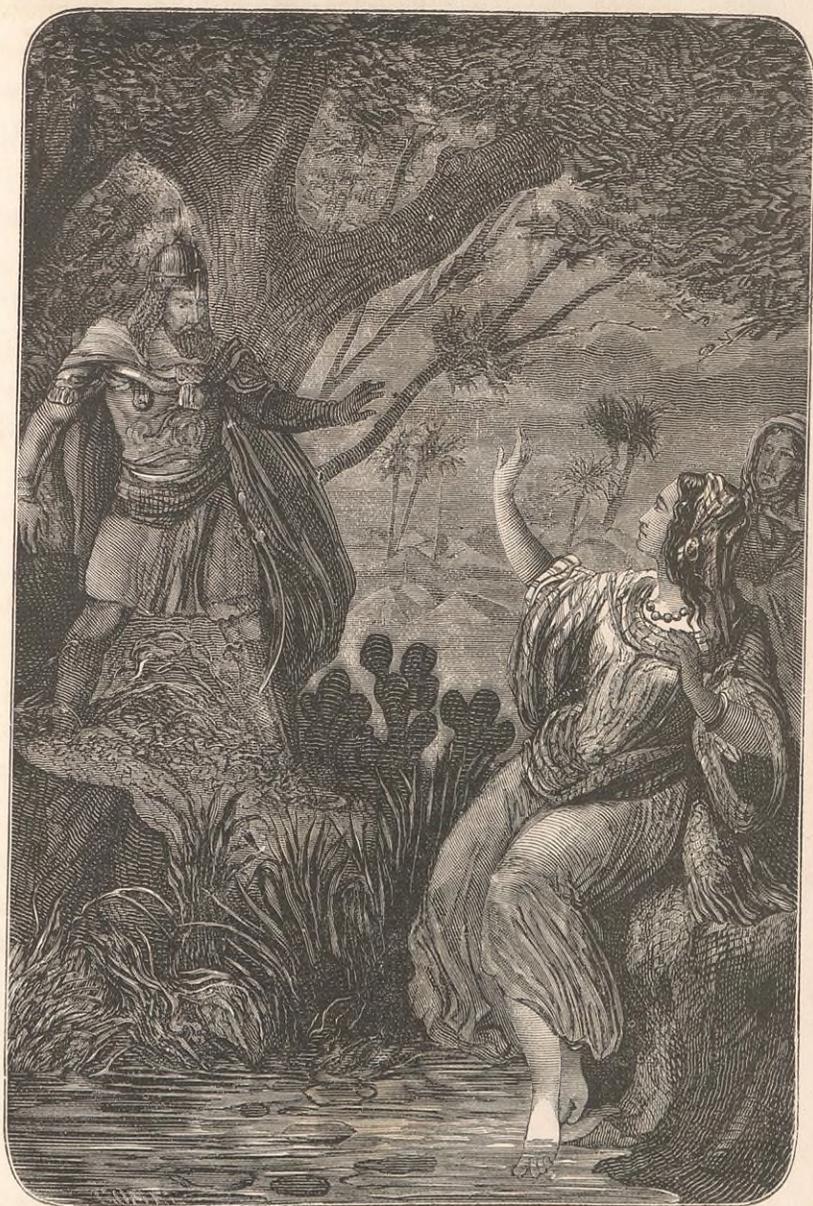
—En verdad te digo que no he pensado en el riesgo mio, respondió Achior con calma.

—¿En qué, pues?

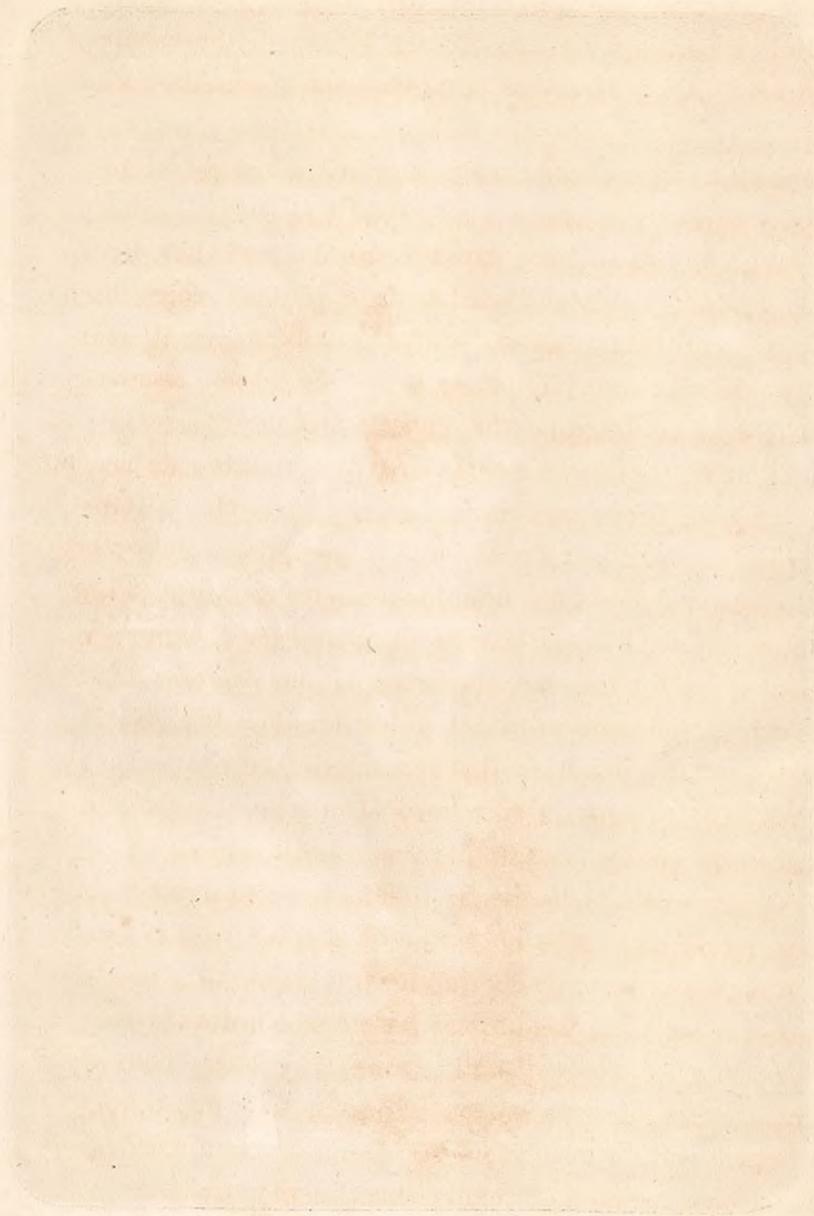
—En el tuyo pensé.

—¡En el mio!

—Yo sabia que tú estabas entre estas gentes, y temí



Volvió el rostro y vió la figura de un guerrero junto al arroyo.



por tí: he presumido que serias mal tratada, y no pudiendo resistir á esta idea he venido con ánimo de buscarte en medio de ellos y atravesar el costado del que hubiese osado á tí.

Judith admiró el nobilísimo y generoso arrojo del guerrero, y dijo:

—Viendo estás, pues, que ningun daño me han hecho estas gentes; y, al contrario, te digo que me han recibido de paz y con toda amistad, y no sólo eso sino que Holofernes me ha dado por habitacion la tienda de sus tesoros y puesto á mis órdenes criados que me sirvan.

Achior sintió que se rompía una fibra del corazon á cada una de estas frases que oía.

Bajó la cabeza con abatimiento y suspiró con dolor.

Judith, que tenia un talento verdaderamente superior, comprendió todo lo que pasaba en el interior del guerrero.

En su semblante apesadumbrado vió las sombras de una sospecha terrible de su alma, y las huellas del vivísimo dolor que tales pensamientos ocasionaban en él.

Más bien que por justificarse á sí misma, por quitar del corazon de Achior tan terrible peso, Judith dijo:

—Y todo esto lo ha hecho Holofernes conmigo sin exigir nada de mí. Yo no he tenido de aceptar ni un bocado de pan de su mesa; de lo que he traído conmigo me alimento; vianda alguna impura ha manchado mis labios, y puedo en estos momentos alzar ante tí y ante todos mis hermanos de Bethulia la frente libre de toda mancha.

Achior sintió un consuelo tan grande en el alma al oír estas frases, como no lo habia experimentado jamás.

Bien es verdad que nunca habia sentido dolor semejante

al que la causara la terrible sospecha que momentos ántes le agobiaba.

Lanzando un suspiro de satisfaccion se arrojó á los piés de Judith y profirió:

—¿Quién sin inferirte hondo agravio puede dudar de tus palabras, siendo tú quien eres y resplandeciendo la verdad en tus ojos, en tu frente y en tu voz?

Judith le cogió una mano para alzarle del suelo.

El príncipe observó:

—Pero ¡cuán raro es este misterio! ¿Cómo, siendo tú tan hermosa y hallándote ó habiéndote ofrecido tú misma bajo el poder de Holofernes, ha podido este respetarte?

Judith por toda contestacion alzó la mano y señaló al cielo.

Achior bajó la cabeza humildemente.

La viuda de Manasés dijo entónces:

—No quieras averiguar lo que está en los inescrutables designios del Señor Dios; por su amor abandoné la ciudad y vine al campo de sus enemigos; su ángel me ha impulsado á ello, su ángel me protege y me guarda. Ruega tú al Señor que no abandone á su sierva, que su proteccion no le deje, á fin de que pueda llevar á cabo su designio, y libre á Bethulia y dar muestra al mundo de que el Dios de Israel es el único y el fuerte y el poderoso, el que está sobre todos los príncipes y los ejércitos y que manda en el cielo y en todas las cosas de la tierra.

Achior seguía escuchando en silencio y respetuosamente á Judith.

—No quieras, pues, temer por mí, y ántes por tí teme en estos sitios, y vuelve á la ciudad, donde tu presencia

conviene más que en estos lugares. Las sombras de la noche que te protegieron para venir te protegerán para volver. Vuelve , pues , Achior , á Bethulia; no digas que me has visto; mas alienta á mis hermanos en la esperanza en el Señor, que no abandona á su sierva y salvará á su pueblo. Vuelve á la ciudad, Achior, donde hay lágrimas para enjugar, y que tú debes consolar por cuanto sabes que por tí las derraman tristes ojos.

El príncipe, profundamente afectado por estas palabras, dijo :

—Haré lo que ordenas, y rogaré sin cesar al Señor que no te abandone.

—El Dios de Israel te oiga y te guie.

CAPITULO XXVII.

Donde otra vez engañan las apariencias.

El príncipe amonita abandonó el valle y se dirigió á Bethulia.

Judith volvió al campamento asirio.

Las lágrimas á que la noble viuda se referia eran las que derramaban los bellos ojos de la triste Zelpha.

Antes de salir de Bethulia, Judith habia encargado especialmente al príncipe que acompañara á la doncella y que mitigara su dolor, desvaneciendo de su mente aquella injusta sospecha que tanto la hacia sufrir.

Achior no habia dejado de cumplir el encargo.

Ni habia faltado al lado de Zelpha, ni escaseado las palabras de consuelo.

Pero la jóven judía, si en momentos se sentia aliviada al escuchar la voz del hombre á quien amaba, no lograba por esto apartar lo que principalmente era causa de su tormento; el afecto de Achior hácia Judith.

Zelpha , como mujer enamorada , adivinaba en el rostro del príncipe lo que pasaba en su corazon , y leía en el exterior de su frente el nombre de Judith escrito en ella por el pensamiento.

Quizá esta idea cruel hubiérase desvanecido si Achior pudiera corresponder á su pasion ; mas esto era imposible.

Sintiéndola el príncipe , la hubiera guardado en el fondo de su pecho , porque comprendiendo los derechos morales de Ismael , nunca voluntariamente los habria atropellado.

Ménos aun podia , no sintiéndola , fingirla.

En tanto el desgraciado Ismael sufría un tormento que no tiene posible descripcion.

Si su amada le hubiese faltado traidoramente con un hombre , fácil era que la reflexion le hubiese curado del daño , convenciendo al fin al corazon de la locura de amar á una mujer indigna ; pero nada de esto sucedia : Zelpha no le engañaba ni le habia engañado ; lo que sentía por Achior no lo habia sentido por Ismael ; era niña todavía ; no tenia la conciencia de sus sentimientos , y cándidamente los habia mostrado tales cuales fueron brotando en su pecho , á Ismael y al príncipe amonita.

Tal era la situacion de estos tres personajes ántes de salir Achior de la ciudad.

Pero cuando se notó su falta , esta situacion tuvo un cambio.

El príncipe salió secretamente de Bethulia.

Pero no logró ocultar su salida.

Al momento mismo corrió la voz por la ciudad.

¿Y adónde ha ido?

En busca de Judith.

Estas fueron la pregunta y la respuesta que se hizo el pueblo.

Los comentarios son fáciles de adivinar.

Achior y Judith se aman, discurría el pueblo; no podían entre nosotros dar satisfacción á un amor que todos hubiéramos visto con malos ojos, y han huido de aquí para juntarse luego en el campamento. Judith ha ido la primera, quizá con el intento de implorar de Holofernes el perdón del hombre á quien ama; su hermosura lo habrá fácilmente obtenido, y ahora ha salido Achior á reunirse con ella.

De esta suerte discurrían juntas la malicia y la ignorancia del pueblo.

Al llegar estas murmuraciones á los oídos de Zelpha, lanzó esta un grito y dijo :

— ¡Es verdad, es verdad, se aman, se aman, yo lo he visto en su misma casa!

A este punto trastornaba el cerebro á la joven judía el calor de su pasión.

Esta afirmación suya acabó de corroborar la creencia en que estaba el pueblo.

Ismael sufrió ménos, mucho ménos que en otros, en aquel día.

Imaginaba que este suceso que había de matar la última esperanza en el corazón de Zelpha, le restituiría el afecto que juzgaba haber perdido.

En efecto, Zelpha, en medio de su indecible padecer, parecía recibir con amor los consuelos que el solícito mancebo le prodigaba.

Ismael no advertía en ella aquella especie de involuntaria molestia que tanto y tanto le mortificaba; al contrario,

el acento de Zelpha era más dulce, y en sus ojos se notaba la complacencia con que oía las palabras del mancebo judío.

¡Cómo no, si este le hablaba constantemente de Achior!...

Cuando Ismael se entregaba ya por completo á la dulce esperanza de poseer del todo los tiernos afectos del corazón de su amada, apareció en la estancia una de las siervas que dijo con alegre sobresalto:

— ¡Señora, Achior viene!

Zelpha dió un salto sobre el divan en que se hallaba recostada, lanzando una exclamacion de júbilo.

Ismael dejó caer la cabeza sobre el pecho, como si una losa de plomo le oprimiera.

En la calle se oía grande rumor del pueblo.

Achior venia rodeado de muchas gentes, hombres y mujeres de la ciudad.

Todos le dirigian un sinnúmero de preguntas: algunos le pedian perdon por haber sospechado de él.

El príncipe amonita repetia estas palabras:

— Ya veis cuán errados anduvisteis al juzgar de mi desaparicion. ¿Tan pérfido me creéis que así hubiese yo podido pagar vuestra generosa acogida y las fraternales muestras que me habeis dado? Yo perdono vuestro pensamiento, porque al fin es breve el tiempo de vuestro conocimiento conmigo: más ¿cómo habeis podido sospechar de Judith, vosotros que la habeis visto de niña, que conoceis su virtud y que tan repetidas muestras teneis de ella? No merecieran perdon, en verdad, vuestras murmuraciones; mas por cuanto ella es toda bondad y no caben en su pecho resentimientos ni pequeñas pasiones, yo tomo su nombre para perdonaros por ella. Yo la he visto junto á los

soldados de Holofernes ; el Dios de Israel lo ha permitido sin duda para que yo dijera á su pueblo que Judith vive pura y honrada en medio de los gentiles. Lo que será de su visita á ellos, no lo sabe vuestro hermano, y no puede decirlo; sabe sólo que está en Judith el espíritu del Señor, y que teniendo á su lado el ángel del Dios de Israel, ni ella ha de padecer ni padecerá por ella su pueblo. Rogad, pues, al Señor, oh hijos de Bethulia, para que sea servido de continuar su proteccion á la mujer honrada y virtuosa; orad por ella, que por vosotros y por vuestros hijos orais.

La multitud se postró rogando al Altísimo por la hija predilecta de Bethulia.

Achior llegó á la casa de Zelpha.

El aspecto de esta y de Ismael dió á conocer al príncipe amonita la situacion de ambos.

Ismael se le acercó tendiéndole la diestra.

Achior la estrechó en la suya y le dijo :

—Tus pesares afectan hondamente mi ánima; nada desconozco de lo que por tí pasa, y daría mi vida si con ella pudiera comprar tu felicidad.

—No debe darla tan fácilmente quien puede tenerla tan dichosa.

—¡Dichosa la mia!... profirió Achior sonriendo tristemente. Tú, Ismael, conoces lo que por tí pasa, no sabes lo que pasa por mí : mides toda la extension de tu dolor que es grande, y no ves el mio, y por esto no lo puedes apreciar.

El mancebo judío puso los ojos en el rostro del príncipe.

Este añadió :

—Imposible es para mí la dicha que el corazon soñara;

mas mi ánima se resigna , y devora en silencio su pesar: nada más puedo decirte; pero cree lo que digo.

Bastante habló Achior para dar á entender al mancebo lo que queria que este sin manifestárselo claramente , conociese.

Ismael se puso, mentalmente, en el lugar de Achior, y comprendió que este amaba á Judith con mucha menos esperanza que él á Zelpha.

Grande efecto produjeron en él las palabras del príncipe amonita.

Comprendió toda la grandeza de su dolor y de su alma que con tanta fortaleza sabia sobrellevarlo, y sin juzgarse por esto menos desgraciado , se sintió más fuerte para resistir su desgracia.

Volvió á tender la mano al príncipe , se la estrechó con emociion y dijo :

—Agradezco con toda mi ánima tus palabras ; no olvidaré lo que has dicho y tendré siempre presente tu ejemplo.

El mancebo abandonó la estancia.

Achior se acercó al divan que ocupaba Zelpha.

Esta le recibió, rebosando su semblante todo el amor que llenaba su pecho.

Achior le dijo con tristeza :

—¿Qué no daria yo por poder ofrecer á Ismael el consuelo que necesita?

La jóven hebrea desvió la vista, y en su hermoso semblante se pintó un dolor verdadero por el sufrimiento de Ismael.

La jóven lo lamentaba profundamente sin poder reme-

diarlo : su pecho otorgaba al mancebo todos los afectos del cariño de hermana; los de mujer amante no los sentia por él, por más que la razon le mandase sentirlos.

En vano el noble Achior ensayó otra vez el medio de convertir el ánimo de Zelpha; esta le amaba á él, y no habia reflexion capaz de destruir ni de torcer un sentimiento que habia echado en el corazon las más hondas raíces.

CAPITULO XXVIII.

Complacencia de Holofernes con Judith.

Hacia ya tres dias que Judith se hallaba en el campamento asirio.

Holofernes, preso, desde el primer momento de verla, en los irresistibles atractivos de su hermosura, sentia el pecho devorado por la llama de un deseo vivísimo.

A pesar de esto, y no obstante su absoluto poder, se miraba cobarde y como atado de manos y aun de lengua, para decir á Judith lo que por ella experimentaba.

Consistia esto en que la viuda de Manasés imponia con su dignidad al hombre más osado, y enfrenaba los más salvajes deseos con sola su actitud.

Holofernes no habia vuelto á verla.

Judith no salia de su tienda más que de noche para ir á purificarse en el arroyo del valle.

El caudillo no habia tenido valor para visitarla ni aun para mandar que se le presentara.

Se sentia, repetimos, atado y como temeroso con aquella mujer verdaderamente extraordinaria.

Este estado de su ánimo le tenia triste y desasosegado.

Uno de los eunucos de su mayor confianza, el capitán Vagao, se atrevió á preguntar á su general, viéndole en aquella extraña situación, y Holofernes le dijo:

—Desde que ví á esa hebrea, no duermo, ni como, ni sosiego.

—¿Por qué?

—Porque su hermosura me ha cautivado.

—Dueño eres de ella.

—Ya lo sé; pero temo ofenderla valiéndome de mi poder, y yo quisiera que me mirase con espontáneo afecto. Sólo así me haria dichoso su belleza.

—¿Y cómo presumes que siendo tú tan grande y poderoso, no tenga voluntad de complacerte una mujer que ha huido de los suyos para venir á tí?

—Cuerdamente reflexionas; pero así y todo yo temo ofenderla, y, ofendiéndola, se que no ha de hacerme feliz su belleza.

—Si das licencia á tu siervo, yo veré si son fundados tus temores.

—Tienes completa facultad para hacerlo.

Vagao salió de la tienda del caudillo y se dirigió á la de Judith.

Después de inclinarse en su presencia le dijo:

—Vive mil años. Mi señor me envia á saber de tu salud, y á que digas si algo más de lo que ha puesto á tu disposición desea tu ánima.

—Dile á mi señor, respondió Judith, que su sierva se halla bien aquí sin desear más de lo que tiene, y que recibe agradecida sus palabras.

—Las que me ha dicho que te dijera las inspira el deseo que tiene de complacerte.

—Mi señor honra demasiado á su sierva, dijo Judih.

—Holofernes se dará por contento si tú aceptas todas las honras que desea hacerte.

—¿Cómo puedo despreciar lo que quiera mi señor?

—Siendo así, ¿irás á su tienda?

—Cuando él sea servido de ordenarlo.

—Esta noche será.

—Un estremecimiento general recorrió todo el cuerpo de la hermosa hebrea.

Tal pensamiento la horrorizaba, y no bastaban toda la fuerza de su voluntad y el fin que se llevaba á dominar la invencible repugnancia del corazón.

¡Qué supremo esfuerzo no le costó el mantener el rostro sereno delante del eunuco, á fin de que este no sospechara lo que en su interior pasaba!

Vagao añadió:

—Holofernes ha mandado preparar para esta noche una espléndida cena que dará en su tienda en honor tuyo, y yo vengo enviado por él á saber si asistirás á ella.

—Ya he dicho que no puedo oponerme á los deseos de mi señor; sólo una merced rogaría que me otorgase su bondad.

—Habla, que al punto verás cumplido tu deseo. El mayor placer de Holofernes será hacer lo que tú pidas.

—Sólo pido á mi señor que me deje comer en la cena de lo que yo conmigo he traído, á fin de no ofender al Dios de Israel probando viandas que prohíbe su Ley. Así el Señor Dios conservará su gracia á su sierva, y hará que

se cumplan mi ruego y su deseo que son llevar á Holofernes de la mano por todo el pueblo de los judíos, sin que se levante una voz contra él, ni deje ninguno de humillarse á su grandeza y su poder.

—Este tu deseo será al punto trasladado á Holofernes; y aunque nada de esto me ha dicho porque no podia entrar desde su tienda en tu pensamiento, presumo que te será otorgado lo que pides. Su corazon recibirá gran contentamiento cuando yo le diga que tú accedes á comer con él en su tienda y en su mesa.

—*Haré todo lo que fuere bueno y pareciere mejor delante de sus ojos. Y todo lo que á él agradare, eso será para mí lo mejor todos los dias de mi vida* (1).

El eunuco saludó reverentemente á Judith y salió de la tienda.

Holofernes esperaba con vivísima impaciencia la vuelta de su enviado.

Este llegó á su presencia diciendo :

—Vive mil años, señor; no has tenido jamás entre tus mujeres ninguna que con mejor deseo haya querido complacerte, que esa hebrea, la más hermosa que ojos de hombre han visto nunca.

Holofernes abrió desmesuradamente los suyos, y dijo :

—Grande fortuna alcanzas hoy conmigo por el servicio que me prestas.

El eunuco refirió detalladamente al general la entrevista y la conversacion tenida con Judith, repitiendo al pié de la letra sus últimas palabras.

(1) Judith, XII.

El caudillo asirio oyó con indecible satisfaccion la solucion de su enviado, y, abrazándole, profirió:

—Pláceme la idea de la cena; procura tú mismo que sea espléndida como si se diera en la cámara misma de Nabucodonosor. Que se adorne la mesa con el más rico servicio; sólo oro y plata ha de haber en ella. Salgan hombres en busca de flores, derramad esencias, ardan los pebeteros con nuevos perfumes, y que nada falte para ser completa la ilusion de los ojos y el placer del corazon.

Vagao corrió inmediatamente á prepararlo todo segun la orden de su amo.

Miéntas Holofernes esperaba la ansiada hora, preso de vivísima impaciencia, tendido en su divan y adelantando su afanoso pensamiento á los instantes de supremo goce que allá forjaba su sedienta imaginacion, volvamos por un momento á la tienda de Judith.

Apénas hubo salido de ella el eunuco, la hermosa hebreá se postró de rodillas, y elevando sus bellisimos ojos al cielo exclamó:

—Señor Dios de Israel, la hora ha llegado; mira, Señor, á tu sierva, y dale toda la fuerza que necesita.

Las fibras de mi corazon se rompen, Señor: suena en mis oidos la amada voz del esposo mio... pero mis ojos ven á los judíos mis hermanos próximos á ser exterminados por el cruel conquistador. Débil mujer que va á luchar con un poderoso de la tierra, ¿qué haré, Señor, de mi voluntad y mi valor sin tu ayuda? No quieras, Señor, abandonar mi flaqueza en la hora en que más necesita de tu aliento. Dame firmeza para resistir, hazme insensible á las repugnancias de sus palabras y sus obras; que mi corazon

no sienta más que el deseo de librar á mis hermanos que son tus hijos; aleja de él todo temor cobarde, y llénale del valor necesario para realizar mi designio.

La sierva de Judith que la contemplaba y que escuchó su oracion, puesta asimismo de rodillas, exclamó:

—Atiende, Señor, las súplicas de mi ama, que te venera y te réverencia, y que está inflamada de tu amor y confía en tu bondad.

Judith se levantó y le dijo:

—No dudes que el Señor será conmigo. Ahora, añadió, prepara para mí lo que he de comer en la mesa de Holofernes; tú vendrás conmigo; me servirás durante la cena, y cuando el general ordene que salgas fuera, no te alejes, sino espera á la puerta de la tienda, atenta á mi voz. ¿Recordarás bien todo esto?

—Escrito está en mi mente, y ni una palabra olvidará tu sierva.

—Atiende, te ruego, que si no acudes á mí cuando yo te llame, puede, sólo por tu falta, salir frustrado mi designio.

—Confía en mí: en la puerta estaré, y en la tienda entraré apénas sea por tí llamada.

Miéntas la sierva disponia lo necesario para la cena, Judith arregló su vestido y se adornó cuanto pudo.

El sol se ocultó en el ocaso.

Las sombras de la noche cubrieron el campamento.

El eunuco Vagao se presentó en la tienda de Judith.

—Dispuesta está la cena, dijo, y mi señor te espera.

—Dile á mi señor, que su sierva estará en breve en su presencia.

Vagao volvió á salir.

Judith se postró por última vez á pedir proteccion y ayuda al Dios de Israel.

Su sierva tomó la cesta que contenia la cena, y ambas se dirigieron á la tienda del general.

La luz de las antorchas reflejaba en la multitud de ricos objetos que cubrian la mesa, y en los bruñidos escudos de oro y afiladas armas que adornaban las paredes.

El perfume de drogas y esencias las más delicadas se confundia con el aroma de las flores.

Holofernes se hallaba rodeado de los doce príncipes que tenian mando superior en su ejército.

No habia en la tienda mujer alguna.

Al aparecer en ella Judith, las miradas de todos volvieron á fijarse en su bellissimo semblante.

Holofernes quedó más maravillado que la vez primera de verla.

—No hay en la tierra mortal alguno que alcance la dicha que te espera, le dijo uno de los príncipes.

Y otro añadió :

—El mismo Nabucodonosor envidiara, á contemplarla, tu fortuna.

Y otro :

—Fueran dobles las penalidades de esta campaña, y las compensara sobradamente la posesion de tan bella mujer.

En tanto Judith permanecia en pié á la entrada de la tienda, la vista baja, el rubor en sus mejillas de nieve, y ofreciendo á los ojos que admirados la contemplaban la última idea de lo que puede ser la belleza de una mujer.

—Dígnate acercarte, profirió Holofernes hablándole con

la consideracion y hasta con el respeto que hubiera tenido á su reina.

Judith adelantó con aire majestuoso algunos pasos y fué á inclinarse en presencia del general; mas este no lo permitió, y le señaló asiento en su divan.

Judith dijo entónces:

—Si mi señor lo permite, yo estaré sobre estas pieles.

La mesa, que era muy baja, tenia al rededor pieles de tigre y de carnero.

Toma el sitio que sea de tu mejor agrado de la mesa, profirió el general, dispuesto á acceder á los menores deseos de la hermosa judía.

CAPITULO XXIX.

El banquete en la tienda de Holofernes.

Judith se sentó, pues, sobre las pieles de carnero.

El caudillo asirio señaló sitio á sus capitanes, dejando el que ocupaba Judith aislado de manera que separaba de ella la distancia de dos codos á los hombres que tenia á los lados.

El festin empezó.

La sierva de Judith se acercó á esta y le puso delante la cena frugal que traía.

¡Qué contraste el de la comida de la hija de Israel con los variados y riquísimos manjares que cubrían la mesa!

Los vinos se servían con profusion.

Holofernes dijo á Judith con trémulo acento (1):

— Bebe y come alegremente, porque has hallado gracia á mis ojos.

— *Beberé, señor, porque mi alma ha sido hoy engrandecida más que en todos los días de mi vida.*

(1) El corazón de Holofernes se conmovió porque se abrasaba en deseos de ella.— Judith, XII.

Y tomó, y comió y bebió delante de él lo que su criada habia preparado (1)

Judith hacia violentísimos esfuerzos para poder comer.

Su garganta, oprimida por la zozobra del pecho, apenas daba paso á la respiracion, cuanto ménos al más ligero bocado.

No menor era su esfuerzo para conservar el semblante sereno y aun sonreirse cada vez que el general le dirigia obsequiándola, la palabra.

En aquellos instantes verdaderamente crueles acudian á su memoria las cenas que habia tenido con Manasés. ¡Quién le dijera!, cuando apacible y dulcemente partia el sabroso pan de la dicha conyugal con su marido, que se veria un dia en la mesa de un tan terrible enemigo de su Dios y de su patria, y que podria escuchar sin morir de pena y de vergüenza sus alabanzas, y aun que habria de manifestarse complacida y lisonjeada por ellas!

Sus labios, que á menudo perdian el color, no cesaban de moverse murmurando en silencio ruegos al Señor, pidiéndole que no la abandonase en tan crítico trance.

El general, despues de haber consumido él y sus convidados la mayor parte de las viandas y apurado en gran cantidad el vino, manifestó deseo de quedar solo.

Un frío glacial recorrió el cuerpo de Judith.

Los capitanes salieron de la tienda.

La sierva hebrea que no se habia separado, para servirla, del lado de su ama, permanecia aun junto á ella.

Judith le dirigió una mirada brillante y de profunda significacion.

(1) Judith, XII.

La criada le contestó con otra que equivalía á decir :

—Recuerdo lo que me has dicho; confía en mí.

El eunuco Vagao hizo la seña para que saliera de la tienda, y luego cerró la puerta.

Holofernes y Judith quedaron solos.

El general fué á levantarse del divan para ponerse al lado de la hebrea, pero conoció que su cabeza vacilaba y dijo :

—He bebido mucho, y necesito descansar en el lecho. Ven tú á mí, y apoyado en tí iré á él.

Judith elevó una mirada penetrante al cielo y murmuró :

—¡Ahora, Señor, ayuda á tu sierva!...

Y levantándose fué al divan del caudillo.

Este cogió entre sus manos la mano de Judith.

El corazón de la hebrea se heló en aquel instante.

Pero en el momento mismo la sangre encendida por el rubor se agolpó á su pecho, sintiendo el impulso de retirar bruscamente la mano.

La reflexion y la fuerza de su voluntad fueron superiores, y no lo hizo.

¡Qué tormento el suyo!

Su dolor no puede compararse sino al que sintió más tarde el valiente Scévola al castigar, metiéndola entre las brasas de un hornillo ardiendo, su mano derecha, por no haber sabido dirigir el puñal que asestó al corazón del sitiador de Esparta.

El incomparable espartano sentía carbonizarse su mano y no la quitaba del hornillo.

No de otra manera y no ménos vivo sentía Judith el

dolor de su mano entre las impuras manos de Holofernes.

No menor era el esfuerzo de su voluntad para no retirarla.

Apoyándose en ella pasó Holofernes á la pieza inmediata y se tendió en el lecho.

El exceso del vino aletargó al general apénas se hubo tendido sobre los blandos colchones.

Su sueño fué en breve profundo.

Judith le contemplaba en pié delante de la cama. —

De una de las columnas de marfil y oro, que sostenian el rico pabellon que velaba el lecho, pendia el corvo y afilado alfanje del caudillo.

Judith fijó los ojos en el acero.

Sin dejar de contemplarle, movió los labios en silencio y murmuró :

— *Dame esfuerzo, Señor Dios de Israel, y mira en esta hora á las obras de mis manos, para que como has prometido, ensalces á tu ciudad de Jerusalem : y ponga yo por obra esto que he pensado, creyendo poderse hacer por tí* (1).

Dicho esto, llegóse al lecho.

Sus piernas temblaban, y sus manos estaban asimismo trémulas con la zozobra del corazon.

Llevólas al alfanje, y lo sacó cuidadosamente de la vaina.

Mucho era su peso para débiles manos de mujer.

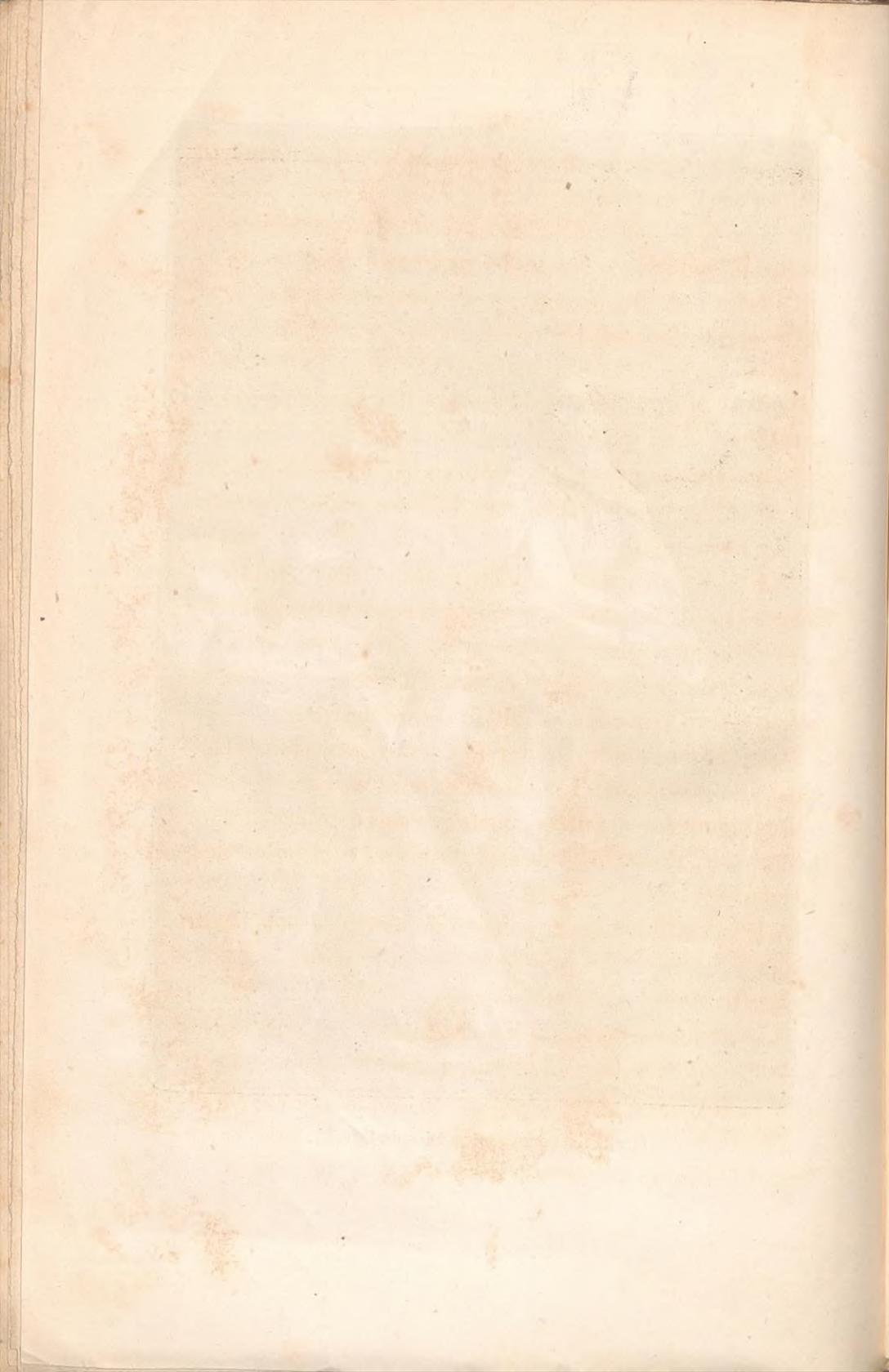
Judith, empuñándolo, fijó los ojos en el rostro del caudillo.

Entónces el semblante de la hebrea se iluminó con viva luz, y sus ojos lanzaron una mirada brillante.

(1) Judith, XIII.



Dame esfuerzo, Señor Dios de Israel...



— ¡A mí, Señor de Israel, á mí tu poder y tu fortaleza! profirió con exaltacion.

Y levantando con ambas manos el afilado acero, descargó un fuerte golpe en la frente del guerrero.

La sangre salió á borbotones de la herida.

Holofernes lanzó un grito ronco.

Su cuerpo se agitó convulsivamente.

Judith volvió á levantar el arma, y descargó un segundo golpe.

Holofernes se estremeció, abrió los ojos lanzando una mirada terrible; pero volvió á cerrarlos en seguida, y su cuerpo quedó inmóvil.

Judith dió un paso acercándose más al lecho, se inclinó sobre el caudillo, puso la mano sobre su pecho y murmuró:

— ¡Muerto está!

Inmediatamente cogió la cabeza del guerrero por los cabellos, y con la misma espada la separó del tronco.

Tiró del mosquitero de púrpura y oro que velaba el lecho, y envolvió con él la cabeza ensangrentada.

Seguidamente derribó al suelo el cuerpo tronco de Holofernes, y, llevando su cabeza, se acercó á la puerta de la tienda.

A la parte de afuera aguardaba su sierva, como hemos dicho.

Judith abrió y la llamó quedo.

Acercóse la sierva, y la heroica hija de Bethulia le dijo:

— Toma, mete esto en el saco de las provisiones.

Y le entregó el mosquitero con el objeto que envolvía.

La criada, sin saber ni sospechar lo que su ama le entregaba, hizo lo que esta ordenaba.

Judith entónces se cubrió con el manto, y diciendo á su sierva,

—Sígueme, echó á andar, abandonando la tienda de Holofernes, con direccion al valle.

CAPITULO XXX.

La vuelta á la ciudad.

Atravesaron el campamento sin que nadie las interrumpiera en su marcha.

Judith al dejar las últimas avanzadas asirias, apresuró el paso.

Al llegar el valle, no se detuvo ni un momento en el arroyo donde los dias anteriores se purificaba, y, pasando al otro lado, continuó su rápida marcha.

La viuda de Manasés iba silenciosa; en silencio la seguia su sierva.

Antes de amanecer llegaron á las murallas de Bethulia.

Allí Judith se detuvo para cobrar aliento y poder gritar:

—¡Hijos de Bethulia, soldados de Israel! abrid las puertas de la ciudad á Judith que vuelve á vosotros.

Los centinelas necesitaron oir la voz segunda vez para creer que era Judith la mujer que tomaba su nombre.

El pueblo ya no esperaba volverla á ver á pesar de que

no habian espirado aun del todo los cinco dias y no obstante lo que les habia manifestado Achior.

Sin perder momento fueron á dar aviso al príncipe Ozías y al consejo.

Estos corrieron á la puerta, y cerciorados de la verdad de la noticia, Ozías mandó que inmediatamente se avisase al pueblo.

El de Bethulia dormia en aquella hora.

El agudo son de las trompetas resonó en breve en las calles poniendo en conmocion á todos los habitantes.

Estos abandonaron sobresaltados y precipitadamente el lecho.

—¿Qué ocurre? ¿Ataca el enemigo la ciudad?

—¡No, Judith ha vuelto á nosotros y está á las puertas!

Por todas las calles se vieron instantáneamente antorchas que iban al frente de grandes grupos que se dirigian á la puerta de la ciudad.

Allí estaba ya el consejo, y allí se reunió todo el pueblo.

Judith subió á un lugar más elevado para poder ser vista y hablar mejor á la multitud.

Las antorchas se colocaron á su alrededor.

La heroica hija de Israel habló de esta manera.

—*Alabad al Señor nuestro Dios que no desamparó á los que esperan en él.*

Y por mí su sierva ha cumplido su misericordia lo que prometió á la casa de Israel, y por mi mano ha muerto esta noche al enemigo de su pueblo (1)

Estas frases dejaron absorto al pueblo que las oyó.

(1) Judith, XIII.

Al comprender su sentido recto no podia darles crédito.

La sierva de Judith estaba á su lado.

Tomó de sus manos el saco, y asiendo por los cabellos la cabeza de Holofernes la levantó mostrándola al pueblo.

Un grito general, sordo y prolongado de alegría y de admiracion, de temor y espanto á la vez se levantó de la multitud.

Judith hizo señal de silencio, y dijo:

— *Ved aqui la cabeza de Holofernes, general del ejército de los asirios, y ved aqui su mosquitero dentro del cual estaba acostado en su embriaguez, donde por mano de una hembra le hirió el Señor nuestro Dios (1).*

Si fuera posible en el pueblo asombro mayor que el que habia producido en él la cabeza de Holofernes en manos de la viuda de Manasés, le experimentara al oír sus palabras.

Pero una sospecha vino nuevamente á herir en tales instantes la mente de la muchedumbre.

¿Cómo habia conseguido Judith realizar tan atrevido designio?

¿De qué medios podia haberse valido?

El principal de que podia disponer para adquirir la confianza de Holofernes era su hermosura...

Judith se hallaba todavía adornada de sus mejores galas...

Como si su pensamiento penetrara entónces en la mente de los maliciosos del pueblo, la viuda de Manasés profirió:

— *Mas vive el mismo Señor que su ángel me ha guardado ya al ir de aqui, ya estando alli, y ya al volver de allá para acá, y que no ha permitido el Señor que yo su sierva fuera amancillada, sino que me ha hecho volver á*

(1) Judith, XIII.

vosotros sin mançilla de pecado, gozosa por su victoria, por haberme yo escapado, y por haber sido vosotros libertados.

Confesad á Él todos, porque es bueno, porque su misericordia es eterna (1).

Estas frases desvanecieron en la muchedumbre toda sombra que pudiera nublar la luz de su alegría.

El pueblo podia gozarse en su triunfo admirando el acto heroico, sin dejar de admirar en Judith las altísimas virtudes que siempre la habian adornado.

Todos se postraron adorando al Señor, y el principe Ozías, alzando su venerable acento, profirió:

—El Señor te bendijo con su virtud, porque por tí ha aniquilado á nuestros enemigos (2).

El pueblo todo repitió estas palabras del anciano.

Ozías continuó:

—Bendita eres del Señor Dios excelso, tú, oh hija, sobre todas las mujeres de la tierra.

Bendito el Señor que crió el cielo y la tierra, y te encaminó para herir la cabeza del caudillo de nuestros enemigos.

Porque hoy ha engrandecido tanto tu nombre, que no se apartará tu alabanza de la boca de los hombres, que se acordarán siempre del poder del Señor, por amor de los cuales no perdonaste á tu vida al ver las angustias y aflicciones de tu pueblo, antes acudiste á su ruina delante de nuestro Dios.

Y dijo todo el pueblo:

—Así sea, así sea (3).

(1) Judith, XIII.

(2) Ibid.

(3) Ibid.

Por en medio de la muchedumbre se abrió entónces paso un hombre en cuyo rostro se veia pintado su afan vivisimo por llegar allí donde Judith estaba.

Era Achior.

El príncipe amonita se postró á los piés de la heroica mujer, cuya grandeza de alma era superior á toda admiracion.

Judith no permitió este acto de Achior, y le dijo:

—*El Dios de Israel de quien tú diste testimonio, de que se vengaria de sus enemigos. Él mismo ha cortado esta noche por mi mano la cabeza de todos los incrédulos.*

Y para que conozcas que es así, he aquí la cabeza de Holofernes, el que con su soberbio desprecio menospreció al Dios de Israel, y á ti amenazaba de muerte, diciendo: Luego que el pueblo de Israel fuere hecho cautivo, mandaré que te traspasen los costados con espada (1).

El príncipe amonita miró la ensangrentada cabeza que Judith tenia suspendida de los cabellos, y al ver tan de cerca aquel rostro que habia llenado de pavor á toda la tierra, á pesar de tener Achior un corazon grande y aviado á los azares de la guerra, sintióse tan impresionado, que desfalleció, quedando sin sentido á los piés de Judith.

La Biblia expresa este pasaje en estos términos:

—*Y Achior, al ver la cabeza de Holofernes, angustiado de miedo, cayó sobre su rostro en tierra, y se abochornó su alma.*

Mas luego que recobrando el espíritu volvió en sí, se postró á los piés de ella (Judith), y la adoró y dijo:

—*Bendita tú de tu Dios en toda tienda de Jacob, por-*

(1) Judith, XIII.

que en toda gente que se oyere tu nombre, será engrandecido el Dios de Israel por causa de tí (1).

Judith entónces alzando la voz dijo al pueblo:

—Oidme, hermanos, colgad esta cabeza sobre nuestros muros.

Y cuando el sol saliere, tomará cada uno sus armas, y salid con impetu, no para descender abajo, sino como quien vais á acometerlos.

Entónces las avanzadas necesariamente correrán á despertar á su general para el combate.

Y cuando sus capitanes hubieren acudido á la tienda de Holofernes, y le hallaren sin cabeza revolcado en su propia sangre, caerá sobre ellos temor.

Y cuando echareis de ver que ellos van huyendo, id en su alcance sin recelo, porque el Señor los quebrantará debajo de vuestros piés (2).

Achior, que habia prometido morar siempre entre los hijos de Bethulia desde que viera la fraternal acogida que le hicieron, y con los cuales confundia ya sus más tiernos afectos, al considerar el prodigio obrado por el Dios de Israel por medio de una débil mujer, exclamó:

—¿Quién en la tierra podria dudar de que sólo el Dios de Abraham es el fuerte y el poderoso y el único que manda é impera en cielo y tierra? ¿Y quién que vea este prodigio admirable que acaba de obrar, dejará de adorarle y reconocerle como á su Dios? Yo que de antemano sabia su poder que derribó á los soberbios que quisieron humillar á su pueblo; yo que dije esto mismo á Holofernes, y que

(1) Judith, XIII.

(2) Judith, XIV.

estoy viendo como se ha cumplido la palabra que proferí en honor del Dios de Israel, ¿cómo no he de creer en él y adorarle y reconocerle como á mi Dios?

El pueblo todo oía lleno de júbilo estas frases del príncipe gentil á quien amaba ya como un hermano.

Volviéndose á Judith y luego al pueblo, el príncipe concluyó:

—Judith, tu Dios es mi Dios; yo le adoro: pueblo de Bethulia, tu Dios es mi Dios; yo me humillo del todo á su poder, y le reconozco y le adoro.

El príncipe Ozías tendió los brazos al guerrero amonita que se lanzó en ellos.

El venerable presidente del Consejo de los ancianos dijo al pueblo:

—¿Así, pueblo de Bethulia, abrazas á Achior como á tu hermano que adora á tu mismo Dios?

—¡Sí, sí! respondió el pueblo.

—El Señor Dios sea servido de mirar á este hijo suyo como le miran sus hermanos los de Bethulia.

—Así sea, así sea.

CAPITULO XXXI.

Espanto del ejército asirio.

Durante el resto de la noche los habitantes todos de Bethulia ménos los decrepitos, los niños y tullidos, incluso las mujeres y aun aquellos á quienes el hambre de tantos dias parecia haber agotado todas las fuerzas, se ocuparon en aprestar todo género de armas no ya para resistir, sino para acometer al enemigo.

Apénas rayó la luz del siguiente dia plantaron en la muralla una pica, en cuyo extremo aparecia la cabeza del soberbio general asirio.

Al asomar el sol, abriéronse las puertas de la ciudad, y la muchedumbre hebrea salió de ella con tal estruendo, que ántes que la vista la distinguiera, hirió su rumor los oídos de las avanzadas asirias.

Los centinelas de Holofernes se alarmaron, aunque no en verdad por causa de temor, sino más bien extrañados de tan inesperada salida.

En breve cundió la noticia por el campamento.

Como la de una jornada de juego y de alegría la recibió el poderoso ejército asirio.

Soldados, y capitanes sobre todo, ansiaban el momento de penetrar en la ciudad de donde habia salido una tan hermosa mujer como la que se presentara á su general, y los príncipes corrieron á la tienda de este á noticiarle el suceso.

Reunidos al rededor de la tienda que permanecia cerrada, los caudillos hablaban alto y hacian ruido para despertar así indirectamente al general á quien ninguno osaba acercarse para interrumpirle el sueño.

—Como anoche era tan avanzada la hora en que se recogió..., decia uno.

—Y en verdad que por otra parte hay motivo para levantarse hoy más tarde despues de la fiesta de la noche..., añadia otro maliciosamente.

Mas á todo esto llegaban más apremiantes avisos de las avanzadas, diciendo que los de Bethulia iban adelantando hácia el campamento.

Entónces uno de los príncipes dijo á Vagao:

—Tú que eres el eunuco de mayor confianza del general, entra y despiértale, ó avísale, si está despierto y en conversacion con Judith.

Esto último suponian los jefes asirios.

Vagao, venciendo su repugnancia y temores y atendiendo á la gravedad del caso, se resolvió á abrir la puerta y penetró dos pasos en la tienda.

Un silencio completo reinaba en ella.

El eunuco tosió é hizo algun ruido.

Viendo que nada decia su señor, llegó quedo á la pieza

donde se hallaba el lecho, y la cual estaba casi á oscuras, reinando asimismo en ella completo silencio.

Vagao adelantó algunos pasos acercándose al lecho.

Púsose á escuchar si su señor dormía, pero nada oyó, y sólo llegó á él el rumor creciente á cada instante del campamento.

No habia ya consideraciones que guardar: el caso era grave. El eunuco dió dos palmadas.

Viendo que Holofernes no le oia, se acercó más, extendiendo la mano para apartar la cortina que cubria el lecho.

Entónces sus piés tropezaron en el suelo con un cuerpo extraño.

— ¡Qué es esto! profirió el eunuco retrocediendo y con sobresalto.

Y viendo que reinaba el mismo silencio, abrió una ventana.

No entró más pronto la luz en la tienda, que salió de boca del eunuco esta exclamacion:

— ¡Señor!... ¡muerto!... ¡decapitado!...

Y con el horror en el semblante, azorada la vista, crispadas las manos y erizado el cabello, salió fuera dando alaridos entrecortados, sin poder articular palabras que expresaran el motivo de su asombro y su espanto, y excitando por señas á los jefes á penetrar en la tienda.

Todos se lanzaron en tropel en ella.

La sensacion misma y el espanto de Vagao fue lo que experimentaron á un tiempo los capitanes.

Dando todos fuertes alaridos como el eunuco, huyeron de aquel sitio de horror, desparramándose por el campamento y comunicando la noticia al ejército.

De la tienda de Holofernes pasaron algunos á la que ocupaba Judith.

No hallando á la hermosa hebrea , preguntaron por ella á los centinelas de la noche.

Estos dijeron que la vieron salir como otras noches, pero que no la vieron volver.

Ya no podia quedar duda acerca de lo que habia pasado.

— *Una mujer hebrea ha afrentado la casa del rey Nabucodonosor : porque ved aquí á Holofernes tendido por tierra y no está en él su cabeza (1).*

Estas frases proferidas por uno de los caudillos trajeron á otro gran número de ellos á la tienda del general.

Al cerciorarse de la horrible verdad de tan espantosa catástrofe, rasgaron sus vestiduras en muestra de su dolor y profunda desesperacion.

Acontecimiento tan grande no podia parecerlos sino efecto de una causa superior , sobrehumana. Apoderóse de su mente esta idea y el espanto de sus corazones , desmayó el valor de todo el ejército , y al ver á los de Bethulia que, dando grandes gritos, se acercaban, cada uno creyó que le estaba reservada la suerte de su general , y todos se dieron á la fuga, sin pararse un momento á pensar que el enemigo era débil y reducido, y que ellos eran fuertes y en asombroso número.

La Biblia describe esta confusion en estos términos :

..... *Los principes del ejército de los asirios rasgaron todos sus vestiduras, y cayó sobre ellos un intolerable temor y temblor, y fueron muy turbados sus ánimos.*

(1) Judith, XV.

Y se movió una griteria incomparable en medio del campamento de ellos.

Y cuando oyó todo el ejército que Holofernes había sido degollado, se les fué la razón y el consejo: y agitados de solo el terror y el miedo, toman por remedio la fuga.

De manera que ninguno hablaba con su cercauo, sino que bajando la cabeza, abandonándolo todo, se apresuraban por escapar de los hebreos, que oían venir armados sobre ellos, huyendó por los caminos de los campos y por las veredas de los collados.

Así que viéndoles huir los hijos de Israel siguieron su alcance. Y bajaron tocando las trompetas trás ellos con algazara.

Y como los asirios desordenados iban huyendo precipitadamete, y los israelitas los perseguían formados en un solo cuerpo, herían á cuantos podían encontrar (1).

(1) Judith, XIV. 17, 18, y XV. 1, 2, 3, 4.

CAPITULO XXXII.

Persecucion de los asirios.

Los de Bethulia se lanzaron en seguimiento de las tropas de Holofernés.

El valiente Achior iba al frente de los hebreos, blandiendo su alfanje y exterminando á cuantos enemigos de su Dios hallaba al paso.

De pronto Achior se estremece y casi viene á dar consigo en tierra.

Ha pasado rozando con él un ginete, que suelta la brida á un corcel más ligero que el viento, armada la diestra de una brillante espada, se lanza en medio de los fugitivos haciendo una verdadera carnicería en ellos.

El príncipe amonita ve asombrado el valor y temerario arrojo de aquel guerrero que viste el traje de los hijos de Bethulia.

Los israelitas que asimismo le contemplan, se preguntan por el nombre de aquel valiente cuya fisonomía no han po-

dido distinguir al pasar por en medio de ellos ligero como una flecha.

Pero el valor de aquel héroe que á tan gran distancia se adelanta de los suyos , ha de sucumbir en breve forzosamente al número de contrarios que se le viene encima.

— ¡A salvarle! grita Achior.

Y se lanza á la carrera hácia el sitio de la desigual pelea.

Algunos asirios se han rehecho al ver solo en medio de ellos al hombre que con tanta saña les hiere, y el israelita no puede con tanta espada como se dirige á un tiempo á su cabeza y á su pecho.

Ya la sangre brota abundante de varias heridas que ha recibido.

Sus fuerzas desfallecen, los golpes de su poderoso brazo son ménos certeros y frecuentes.

Los más ágiles de los hebreos han seguido á Achior que corre en ayuda de su hermano.

En breve tiempo llega el príncipe amonita, pero no tanto que logre salvarle.

El primer golpe de alfanje de Achior , al mezclarse en la pelea , cortó á cercen la mano de uno de los enemigos; mas ¡ay! aquella mano habia ya logrado atravesar de parte á parte los costados del héroe de Bethulia.

Casi al momento de llegar Achior á él, cayó del caballo, bañado todo el cuerpo en su propia sangre.

Los enemigos huyeron.

Achior quiso quedarse para auxiliar al herido, miéntras sus compañeros seguian al enemigo.

Al reconocerle, el príncipe amonita exclamó:

— ¡Ismael!

El amante de Zelpha alargó la mano.

Achior la estrechó entre las suyas.

Aquel arrojó una mirada tristísima y llena de profundo sentimiento al príncipe, y le dijo :

—Achior, yo muero... bendito el Señor Dios que me ha dado ocasion de terminar mi vida lidiando con sus enemigos...

—Pero ¿cómo quisiste adelantarte tanto?...

Ismael se sonrió tristemente, y continuó :

—¿Hallara la muerte tan pronto si no lo hiciera?

Achior comprendió todo el sentido de estas frases, y sin replicar una palabra, bajó la cabeza sobre el pecho y lloró.

Ismael le dijo :

—Hazla tú feliz y dichosa...

—¡Yo no puedo hacerlo!... profirió Achior.

—Eres noble y honrado y te cuentas entre los hijos de Israel; títulos y amor de hermano te da mi corazon; piensa como si fuera Zelpha mi viuda, y sé tú su marido como si fueras mi hermano.

No podía darse mayor elevacion de alma, generosidad más grande.

Ismael comprendió que repugnaba á la delicadeza de sentimientos de Achior el poseer la belleza de Zelpha despues de haber muerto por ella el mancebo, y trató de desvanecer sus escrúpulos para que al ménos fuera dichosa la mujer que tanto amaba.

Era costumbre entre los israelitas que el hermano casara con la viuda del hermano que habia muerto sin dejar sucesion, y por esto Ismael dió este título al príncipe amonita que ya pertenecia en un todo á la religion de los hebreos.

Achior, al ver este rasgo de la grandeza de alma del mancebo, estrechó con efusion su mano y se inclinó para besar su rostro.

Ismael, que perdía la vida por instantes, fijó los ojos en el rostro del príncipe, y exhaló el último suspiro inmediatamente despues de haber pronunciado estas frases:

—Hermano... el Señor os haga dichosos y os bendiga como yo os bendigo...

Saltaron las lágrimas de los ojos de Achior que fijándolos en el cadáver del noble Ismael, profirió:

—El Dios de Abraham guíe tu alma á su seno, y tenga en cuenta tus virtudes el día de la resurreccion de las almas.

Dicho esto dejó el cadáver y continuó la persecucion contra los asirios.

Rápida como una chispa eléctrica corrió por la Judea la noticia de la huida y dispersion del ejército de Holofernes, porque el príncipe Ozías despachó al momento emisarios que con toda premura fuesen á Jerusalem y á las demas ciudades á dar cuenta del suceso.

Así, en todas las poblaciones se aprestó y armó la juventud y todos los hombres útiles para la guerra, y salieron al campo, dirigiéndose todos hácia Bethulia para topar al enemigo.

De esta suerte los asirios tropezaban á cada paso con gente nueva que les recibia con la punta de sus espadas y lanzas y se unía á sus perseguidores.

No fuera posible contar el número de los que fueron exterminados.

El poderoso ejército de los gentiles quedó deshecho y

destrozado, y sus restos perseguidos hasta pasada la frontera de Israel.

El botin de la victoria fue grande.

Sobre esto dice el libro de Judith :

Y los otros que habian quedado en Bethulia, entraron en el campamento de los asirios, y tomaron los despojos que los asirios huyendo habian dejado, y se cargaron grandemente.

Y aquellos que volvieron vencedores á Bethulia llevaron consigo todo lo que habia sido de los asirios, de tal suerte que no habia número en los ganados y bestias y en todos los muebles de ellos, de modo que desde el menor hasta el mayor todos quedaron ricos con los muebles de ellos (1).

Arrojados los enemigos del territorio de Israel, Joaquín, sumo sacerdote de la gran ciudad, acompañado del consejo de los ancianos, se dirigió á Bethulia á felicitar á Judith, á cuyo valor se debia la gran victoria alcanzada.

La ilustre comitiva llegó á la ciudad heroica, siendo recibida á las puertas por el príncipe Ozías y su consejo, y los hombres más distinguidos entre los cuales figuraba en primer término Achior.

La viuda de Manasés iba á su frente, y seguia toda la multitud del pueblo.

Al avistarse el pontífice de Jerusalem con Judith, inclinó la venerable frente ante ella, y profirió :

— Tú eres la gloria de Jerusalem, tú la alegría de Israel, tú la honra de nuestro pueblo.

(1) Judith, XV.

Porque te has portado varonilmente, y tu corazon se ha confortado, por quanto has amado la castidad, y despues de tu marido no has conocido otro: por tanto la mano del Señor tambien te ha confortado, y por eso serás bendita para siempre (1).

El príncipe Ozías, los ancianos del consejo de Jerusalem y de Bethulia y todo el pueblo respondieron á una voz:

— *Así sea, así sea.*

Judith elevó sus hermosos ojos al cielo en accion de gracias al Señor, y luego bajó la cabeza modestamente como juzgándose indigna de la bendicion general de Israel por un acto debido, no á su valor y espíritu de mujer, sino al espíritu y fortaleza que habia en ella infundido el Dios de Jacob.

El pontífice de Jerusalem dijo entónces:

—Grandes son los despojos del enemigo; tantos, que en treinta dias no habrá recogido el pueblo todo lo que el asirio ha dejado en oro y plata y otros objetos preciosos, y lo mismo en bestias y ganados: y ¿qué parte de esto corresponde á Judith? ¿No seria justo que se le diese todo lo que perteneció al caudillo asirio, derribado por el brazo de esta mujer extraordinaria, bendita por el Señor?

Una voz general de todo el pueblo pidió que se hiciera así como decia el pontífice de Jerusalem.

El venerable Joaquin concluyó:

—Dése, pues, á Judith todo lo que ha pertenecido á Holofernes, así en oro y plata y piedras preciosas, como en todo lo demas que se conoza que fue de su propiedad.

(1) Judith, XV.

Entónces se oyó un grande rumor de gente que se acercaba á la ciudad.

Eran las mujeres de Jerusalem y de otros pueblos que no habian podido llegar tan pronto como los hombres, y que acudian á Bethulia para conocer y admirar y bendecir á Judith.

Las mujeres llegaron en inmenso número rodeando á la heroína, bendiciéndola, y entonando himnos en su alabanza.

El cántico de Judith.

CAPITULO XXXIII.

El cántico de Judith.

La viuda de Manasés se hizo traer una porcion de ramos de olivo y coronas, que repartió á las mujeres de Israel, y poniéndose á su frente, recorrió toda la ciudad de Bethulia.

El pueblo, entonando un numeroso coro al son de las cítaras y panderetas y flautas, formaba caprichosas danzas, entregado al júbilo y á la alegría despues del horrible sitio que habia sufrido.

Judith, al llegar frente á la Sinagoga, se postró en tierra delante del Señor, y entonó este cántico:

Comenzad á loar al Señor con panderos y guitarras, cantad al Señor con címbolos, entonadle un nuevo psalmo, ensalzad é invocad su nombre.

El Señor que quebranta las guerras, su nombre es el Señor.

Que puso su campamento en medio de su pueblo, para librarnos de la mano de todos nuestros enemigos.

Vino el asirio de los montes de la parte de Aquilon con

la muchedumbre de sus fuerzas: cuya muchedumbre cerró los arroyos, y sus caballos cubrieron los valles.

Dijo que él quemaría mis términos, y que pasaría á cuchillo mis jóvenes, que daría en presa mis niños, y mis doncellas en cautiverio.

Mas el Señor todopoderoso le hirió, y le entregó en las manos de una hembra que le mató.

Porque el poderoso entre ellos no fue derribado por mano de jóvenes, ni hijos de Titan le hirieron, ni le hicieron frente corpulentos gigantes, sino que Judith, hija de Merari, le desmadejó con la belleza de su rostro.

Porque se quitó el vestido de viudez, y tomó el vestido de alegría, para que saltasen de alegría los hijos de Israel.

Ungió su rostro con unguento, y ajustó sus guedejas con el bonetillo, tomó vestido nuevo para engañarlo.

Sus sandalias le arrebataron los ojos, su hermosura cautivó su alma, cortóle á cercen con un puñal la cerviz.

Asombráronse los persas de su firmeza, y los medos de su osadía.

Entónces aullaron los campamentos de los asirios cuando mis humildes se mostraron secos de sed.

Los hijos de las mujeres jóvenes (1) los atravesaron, y los mataron como niños que huyen: perecieron en la batalla delante del Señor mi Dios.

Cantemos himno al Señor, himno nuevo cantemos á nuestro Dios.

ADONAI (Dios) Señor, grande eres tú y muy esclarecido en tu poder, á quien nadie puede vencer.

(1) Los que eran muy jóvenes, porque siendo todavía las madres jóvenes, los hijos no podían ser sino muy muchachos.—Nota del P. Scio.

Sírvate toda criatura tuya: porque dijiste, y fueron hechas: enviaste tú espíritu y fueron criadas, y no hay quien resista á tu voz.

Los montes con las aguas se moverán desde los cimientos: las piedras se derretirán como cera en tu presencia.

Mas aquellos que te temen, grandes serán delante de tí en todas las cosas.

¡Ay de la gente, que se levante contra mi linaje!

Porque el Señor todopoderoso ejercerá en ellos su venganza, los visitará en el día del juicio.

Porque enviará fuego y gusanos sobre sus carnes, para que sean abrasados y padezcan eternamente (1).

Tal es el cántico de Judith al Dios de Israel despues de completada la victoria que alcanzó sobre Holofernes.

El pueblo tardó unos treinta dias en recoger todos los riquísimos y abundantes despojos del enemigo.

Reunidos estos, fueron entregadas á Judith las cosas que habian pertenecido á Holofernes.

El pueblo de Israel se dirigió en inmensa multitud desde Bethulia á Jerusalem.

En la ciudad santa se prosternó delante de su Dios en el sagrado templo levantado por Salomon.

Allí Judith ofreció al Señor toda la riqueza que habia percibido como parte que se le adjudicó del botin de la victoria.

Nada quiso guardar para sí.

En el templo de Dios ofreció todas las preciosidades y objetos ricos que habian pertenecido á Holofernes, incluso

(1) Judith, XVI.

el mosquitero en que envolvió la cabeza del caudillo (1).

En Jerusalem hubo grandes fiestas que duraron tres meses, en celebracion de tan señalada victoria.

El pueblo tributó constantes honores á Judith durante todo el tiempo de los regocijos, en los cuales se mezcló siempre la heroína sin despojarse nunca de su vestido de fiesta.

Concluidos estos dias Judith y los de Bethulia volvieron á su ciudad.

El pueblo que en ella habia quedado salió con palmas y ramos á recibir á las puertas á su salvadora.

La hermosa viuda fue otra vez objeto de las aclamaciones de la multitud.

Las más hermosas doncellas de Bethulia, vestidas con sus más preciadas galas, salieron á ofrecerle una corona de olivo y rosas, emblema de la paz y de la dicha que Israel le debía.

Judith, al penetrar en la ciudad, llevaba á un lado al príncipe Ozías; al otro, al noble y valeroso Achior.

El príncipe amonita que, formando ya parte del pueblo hebreo, habia ido con él de Bethulia á Jerusalem, llevaba impresa en el rostro una como tristeza profunda del alma, que se conocia en sus lánguidas miradas y en la sonrisa melancólica que se deslizaba en sus labios cuando no podia ménos de manifestarse regocijado con las personas que le rodeaban.

Quizá ninguno habia notado este efecto en el guerrero; mas á los ojos de Judith no pasó desapercibido.

(1) ... Todos los arneses de Holofernes que le habia dado el pueblo y el mosquitero que ella misma habia quitado de su cama.—*Judith*, XVI, 23.

Así habia estado Achior todo el tiempo de las fiestas en Jerusalem.

La mirada penetrante de Judith profundizó hasta lo más recóndito del corazon del guerrero y conoció la secreta causa que le hacia sufrir.

Verdad es que tenia antecedentes y motivos bastantes para ver claro lo que á ninguna otra persona era dado conocer.

Judith no dijo, sin embargo, una palabra al príncipe amonita.

Se dolia profundamente de su sentimiento, pero no le habló de él.

Tan discreta anduvo en esto la casta viuda como el guerrero.

Este por su parte, no sólo no hablaba del estado de su ánimo, sino que hacia todos los esfuerzos posibles para ocultarlo.

El sentimiento que experimentaba por Judith no podia ser en manera alguna correspondido; esto lo sabia demasiado Achior que conocia los votos de la casta viuda, y comprendia más y más de cada dia que no era posible que los quebrantara una mujer de sus extraordinarias cualidades.

Esta sola consideracion habria bastado á sellar los labios de Achior, si no se uniera ademas el profundísimo respeto con que, sobre todo despues de su heroica hazaña, miraba á aquella mujer extraordinaria.

Si Achior hubiese permanecido todavía en el gentilismo, la creyera con mérito bastante para ser esposa de un dios; profesando la religion hebrea, no juzgaba digno á nadie de poseer á una mujer en quien resplandecia todo el favor del Dios único y Señor de cielo y tierra.

Así miraba Achior y tal juzgaba á la casta viuda de Manasés.

Pero esta manera de verla y considerarla, no bastaba, repetimos, á extinguir en su pecho el afecto que sintiera y que tan hondas raíces echó en él desde el primer día en que admiró su hermosura y conoció sus virtudes.

Al regresar á Bethulia el príncipe amonita parecia sentir aumentársele este triste sentimiento del alma.

Tres meses habia pasado en Jerusalem viendo á lo ménos de cerca y hablando cada día al objeto de sus sueños; pero este secreto placer de su espíritu iba á concluir.

Achior comprendia que Judith no podia seguir en Bethulia la costumbre que habia tenido durante los tres meses de festejos en Jerusalem.

La hermosa viuda, que, repetimos, leia en el corazon con sólo mirar el rostro de Achior, conoció lo que pasaba en él al penetrar en la ciudad.

Era esto en el momento en que las doncellas de Bethulia se presentaron á ofrecer la corona de olivo y rosas á su heroína.

Judith fué á dirigir la palabra al príncipe amonita quizá para asegurarle de su afecto eterno de hermana y dar así el único alivio que podia á su noble y doliente corazon, cuando un grito agudo se escapó de entre el coro de las doncellas viniendo por un momento á turbar la alegría general de aquel acto.

Al grito siguió el desmayo de la más bella acaso de las jóvenes.

Judith se acercó á ella... Era Zelpha.

La viuda de Manasés volvió entónces el rostro y fijó sus hermosos ojos en los de Achior.

Este, como los que se hallaban más inmediatos al lugar de la escena, se acercó á Judith que sostenia á la desmayada doncella.

La heroína de Bethulia se inclinó hácia el príncipe amonita y le dijo:

—Eres noble y generoso, y el moribundo Ismael te llamó su hermano al espirar, haciéndote un legado...

—Legado que acepto y que sabré llenar, profirió Achior.

—El Señor Dios te bendiga, profirió Judith, y te dé toda la felicidad de que eres digno, y vivas mil años dichoso, y veas tu dicha en tus hijos y en los hijos de tus hijos.

Zelpha volvió en sí al breve rato.

Achior se acercó á ella y profirió:

—Ismael me llamó su hermano al exhalar junto á mi pecho su último suspiro, y me dió los títulos y me impuso los deberes que tiene el hermano que sobrevive al hermano con las personas que este ama ó á quien estuvo unido. La voluntad de Ismael fue que te llamara esposa mía; su voluntad será cumplida.

Zelpha oyó estas frases sin exaltacion y hasta diremos sin alegría. Miró fijamente á Achior y sus bellos ojos se llenaron de lágrimas.

Los apartó luego del rostro del príncipe, y bajando la frente lloró.

De sus labios se escapó un suspiro, y envuelto en el suspiro un nombre: era el de Ismael.

En aquel momento comprendió Zelpha lo que hasta entónces no habia conocido: el amor inmenso y la nobleza de corazon del desgraciado mancebo.

Este sentimiento comprendido por Achior fue el título mayor de Zelpha á su cariño.

Achior la amó desde entónces, si no con la viveza de un afecto vehemente, con el convencimiento de que merecia ser amada.

Acercóse á ella y profirió:

—No me atrevo á decir que logre hacerte dichosa como Ismael te habria hecho: noble y bueno era como ninguno y como ninguno te amó: yo haré por cumplir su última voluntad y porque halles en mí el apoyo y bienestar que en él habrias hallado. Ahora vuelve á tus compañeras, y entona con ellas el coro de alabanza á Judith que á todos nos ha salvado y á quien yo bendigo por mí, porque por ella me he librado del castigo que me prometiera Holofernes, y por ella vivo entre el pueblo de Israel en el cual ha querido el Señor que hallase esposa tierna y honrada y querrá asimismo que vea nacer y crecer á mis hijos.

Achior segun afirma la Escritura, fundó una familia y vivió hasta edad muy avanzada con sus hijos formando parte del pueblo de Israel.

El pueblo todo de Bethulia formando un inmenso coro y con danzas y músicas y ramos acompañó á Judith á su morada.

La casa de la rica viuda se hallaba dispuesta por sus criados como en los dias de su mayor alegría.

Judith entró sonriente en ella, recibió allí las últimas felicitaciones y despidió al pueblo y al consejo con las mayores muestras de júbilo.

Al verse sola con sus criados, dijo á estos:

—Preparad para esta noche una cena espléndida en los jardines.

Y seguidamente mandó invitar á Ozías, á todos los ancianos del consejo, y á Achior.

Ocuparon estos la mesa dispuesta con régia esplendidez, y Judith comió en otra separada con Zelpha.

Concluido el banquete y cuando hubieron despejado los convidados, la viuda de Manasés entró en sus habitaciones, se despojó de sus galas, tomó el vestido de su viudez y dijo á sus criados:

—Estas salas volverán desde mañana á su soledad y no serán por nadie habitadas.

Y dicho esto se dirigió al humilde aposento en que la hallamos al comienzo de su historia.

A las primeras horas del siguiente día, atravesaba las calles de la ciudad envuelta en su oscuro manto y dirigiéndose al huerto de Manasés.

Las gentes la seguían con la vista y admirando una vez más las altísimas virtudes de aquella alma privilegiada del Señor.

Llegó al pié del sepulcro de su marido, prosternóse en tierra y oró.

Su oracion concluyó con estas frases:

La manada de lobos carniceros que asolaba al pasar los campos de Israel y que amenazaba devorar á los hijos de Bethulia, ha sido arrojada de nuestros términos; el Señor dió poder á mi brazo y armó de fuerza mi debilidad, y el que se creía poderoso fue abatido y el que juzgaban débil ha sido fuerte. El Señor ha oído el ruego de su sierva: ya gente extranjera no me arrojará del suelo donde contigo he vivido; ya mis huesos podrán unirse al morir con tus huesos, como mi alma con la tuya en el seno de Abraham

nuestro padre. Tórtola que llora el amor de su perdido compañero en la solitaria rama del sauce de su nido, ya mi llanto no será turbado por los alaridos de nuestros enemigos; ya no seré arrojada de estos sitios de mi dulce pena, y en ellos viviré con tu espíritu los días de mi viudez hasta que el Señor sea servido de unirnos en la vida que guarda á sus hijos fieles.

La heroína de Bethulia volvió, pues, á ser la triste y santa viuda de Manasés.

El amor á su religion, el amor á su patria exaltó su nobilísimo espíritu y dió nueva vida á su corazón; libre de peligros su religion, salvada su patria, volvió á caer en la profunda tristeza de su amor perdido, guardando con su viudez y castidad aquel sentimiento profundo y constante, muestra de amor sublime que no tiene superior en la historia y que no se debilitó ni en los últimos días de su vida.

Judith alcanzó la edad de ciento cinco años, sin que ni un solo día dejara de ser ejemplo de todas las virtudes, ejemplo que vivirá tanto en las generaciones como el libro sublime que lo guarda para eterna memoria.

este pais. Faltaba que para el amor de su patria
 acompañara en la solitaria tarea del amor de su patria. Ya mi
 llanto no será turbado por los alaridos de nuestros con-
 gresos; ya no será arrojada de estos sitios de mi dulce patria. Y
 en estos viajes con la espíritu los días de mi vida que guarda
 que el honor sea servido de amigos en la vida que guarda
 a sus hijos fieles.

La heroína de Bethulia volvió, pues a ser la tierra y
 santa virgen de Manassés.

El amor a su religion, el amor a su patria exalto se un-
 dieron espíritu y dio nueva vida a su corazón. Libro
 de peligros su religion, salvada su patria, volvió a caer en
 la profunda tristeza de su amor perdido, guardando con su
 virtud y castidad aquel sentimiento profundo y constan-
 te, muestra de amor sublime que no tiene superior en la
 historia y que no se debilita ni en los últimos días de su
 vida.

Jadith alcanzó la edad de ciento cinco años, sin que ni un
 día dejara de ser templo de todas las virtudes, ejem-
 plo que vivió tanto en las generaciones como el libro sa-
 bío que se guarda para eterna memoria.

En el templo de Manassés se celebró su boda con el
 príncipe de Manassés. Y así se cumplió lo que se había
 prometido. Y así se cumplió lo que se había prometido.
 Y así se cumplió lo que se había prometido. Y así se cumplió
 lo que se había prometido. Y así se cumplió lo que se había
 prometido. Y así se cumplió lo que se había prometido.

ÍNDICE

DE CAPÍTULOS DE JUDITH.

CAPÍTULO I.—El amor perdido.	5
II.—La vida de Manasés.	17
III.—Babilonia.	29
IV.—La ambicion de Nabucodonosor.	35
V.—Expedicion de Holofernes á Palestina.	41
VI.—Achior.	47
VII.—Zelpha.	56
VIII.—La sinagoga.	61
IX.—Achior.—Donde Achior sabe el estado de Judith.	67
X.—Otro corazon que vela.	74
XI.—Medidas del consejo de los ancianos.	80
XII.—Una flecha bien dirigida y mal clavada.	86
XIII.—El delirio de Achior.	96
XIV.—Un despertar feliz.	102
XV.—Donde se descubre la mano que disparó la flecha.	108
XVI.—El amor de Zelpha.	116
XVII.—Achior é Ismael.	123

XVIII.—El hambre y la sed.	130
XIX.—Donde Judith se hace superior á los mismos ancianos del consejo.	138
XX.—Secreto designio de Judith.	147
XXI.—Judith deja el luto y viste sus galas.	156
XXII.—Celos.	164
XXIII.—Judith entre los soldados de Holofernes.	171
XXIV.—La tienda de Holofernes.	179
XXV.—La tienda de los tesoros.	187
XXVI.—La fuente del valle.	196
XXVII.—Donde otra vez engañan las apariencias.	202
XXVIII.—Complacencia de Holofernes con Judith.	209
XXIX.—El banquete en la tienda de Holofernes.	217
XXX.—La vuelta á la ciudad.	223
XXXI.—Espanto del ejército asirio.	230
XXXII.—Persecucion de los asirios.	235
XXXIII.—El cántico de Judith.	242

FIN DEL ÍNDICE DE JUDITH.

PAUTA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

Portada	2
El delirio de Achior	96
Todavía brilla la hermosura en mi semblante.	160
Volvió el rostro y vió la figura de un guerrero junto al arroyo.	198
Dame esfuerzo, Señor Dios de Israel.	220

1200
1741

18304
(eng 1847)

